

Testimonio Victoria Ardito (1960)

La infancia

Yo vivía en la Av. Victoria, concretamente en la calle El Progreso y allí estuve hasta los 24 años. Mi infancia la pasé allí y mis primeros años de vida sí vivíamos en La Florida, en donde está hoy PDVSA, por esa zona, pero nos mudamos rapidito; como a los dos años ya yo estaba allá en la Av. Victoria. ¡Eh! bueno, esos años de infancia fueron unos años muy... muy lindos, muy interesantes, porque claro, vivían mis abuelos, mis abuelos maternos, y yo vivía con ellos y mis padres. ¡Eh! mi abuelo tenía, digamos, el mantenimiento de unas empresas que hoy creo que no están en el país que se llaman las empresas Oreol; ellos comerciaban con productos químicos, con aceites para carros (el famoso aceite Castrol) que todavía existe, no sé si en Venezuela, si está no estoy segura. Pero en aquellos días el edificio donde ellos vivían, en la parte de abajo, pues, estaban las empresas y mi abuelo, digamos pues, que era el encargado de mantener, de... era el conserje incluso del edificio, era albañil, era constructor, era el *utility* de la empresa.

Mi abuelo era catalán, bueno catalán no, era de Valencia, España, pero vivieron casi que toda su vida en Cataluña y luego se vinieron para acá y, pues, era el hombre de confianza del dueño de la empresa. Cuando yo estaba de vacaciones, pues, bajaba con mi abuelo a pasear por ahí con él y cuando hacía el mantenimiento; ya los fines de semana cuando hacía un chequeo, cuando mandaba a limpiar las empresas, yo estaba siempre con él y para mí esos eran unos momentos muy interesantes porque, imagínate, una niña chiquitica metiéndose en una serie de oficinas que estaban oscuras, que iban encendiéndose las luces. Había una parte de la empresa que vendía las motos Vespa, las antiguas motos Vespa de los sesenta y luego salieron las Ciao y todas esas, dentro de lo que era la misma marca, me imagino yo; y por supuesto, para mí aquello era toda una aventura porque cuando mi abuelo estaba chequeando todas las oficinas, supervisando todo el resto, como no había nadie, era fin de semana, pues, yo lo que hacía era irme justamente a donde estaban las motos, porque había toda clase de motos, desde las motos de paseo hasta las furgonetas de carga, furgonetas de pasajeros pequeñas; y para mí eso era toda una experiencia porque yo me montaba en las motos, como estaban paradas ahí quietas, no había manera de que se pudiera caer la moto.

Todo eso para mí era un mundo muy particular. Después ellos tenían unos depósitos porque también tenían una parte que trabajaban con, o vendían, distribuían botellas de plástico, envases de plástico, entonces había de repente, pues, unos depósitos gigantescos llenos de cajas inmensas y la gran aventura, el gran reto de cada vez que iba para allá era subirme en todas las cajas, claro escapada del abuelo, subir todas aquellas cajas y llegar hasta la última que tocaba el techo y aquí te estoy hablando de que aquellos eran unos depósitos de una altura como de unos diez metros más o menos, pero como eran cajas de madera, cajas de cartón dura y eran como escaleras, entonces yo iba escalando hasta llegar arriba y la idea era que mi dedo tocara el techo; después venía el juego de mi abuelo buscándome, llamándome, entonces yo contestándole desde arriba, entonces él haciendo que me buscaba, porque él ya sabía dónde yo estaba, hasta que por fin me encontraba “¡Ah! te encontré nena”; entonces era la historia de bajar poco a poco, porque subía fácil pero bajar era... pero el abuelo me esperaba allá abajo y me agarraba.

Después habían otros depósitos que estaban llenos de frascos de plástico, entonces aquello era un mar porque tú entrabas y estaban tirados en el piso; entonces aquello era divino porque yo agarraba y me metía debajo de ese poco de plásticos y después el juego del abuelo, otra vez a buscarme, “¿dónde estás?”. Eso era cuando tendría unos cuatro, cinco o seis años y, bueno, a mis padres no les gustaba mucho que fuera para allá, porque claro en una de éstas me podía caer y qué sé yo, pero nunca pasaron esas cosas, yo siempre me divertía muchísimo. Y bueno... y pues, claro, el colegio, las amigas, las amiguitas y qué sé yo; pero yo creo que las partes más bonitas que yo recuerdo de esos años allí, de los años de pequeña, eran precisamente eso, cuando yo salía con el abuelo, cuando yo iba con el abuelo a revisar las oficinas, eso era para mí el juego más interesante, era la aventura más grande y lo que yo esperaba siempre que hiciéramos; mi papá a veces no se enteraba porque no quería, pero imagínate tú cómo le iba a decir un abuelo a la nieta que no le iba a bajar y mi mamá, pues, alcahueta también, ella me dejaba ir y era muy lindo, muy chévere, muy rico. Cuando venían las vacaciones y venían mis primas a pasar unas semanas en casa de los abuelos, pues imagínate, éramos tres en aquel entonces y tres haciendo desastres en aquellas oficinas y era divino de verdad.

Eso es quizá lo que recuerdo con más cariño, con más entusiasmo, más que los juegos en mi casa solita, porque siempre fui yo sola hasta los nueve años, salvo cuando venían los primos, que era solo (sin acento, pues la RAE lo suprimió en 2010) en vacaciones o los fines de semana muy pocas veces y bueno... La casa de la abuela que era donde yo me iba a jugar, porque como mientras mamá limpiaba o cosía, porque mamá cosía cuando yo era pequeña, entonces, pues, me iba a casa de la abuela a hacer desastres. La abuela, pues como toda abuela, era consentidora. Entonces yo hacía desastres en su habitación pero con la condición de que después se la arreglara, o sea, que imagínate de seis años haciéndole la cama que se la había deshecho, pero bueno, esas cosas del juego y de los niños y de los abuelos.

La ciudad

Bueno a mí me venía a buscar el transporte y en aquel entonces el colegio estaba relativamente cerca porque estaba en todas Las Acacias en la Av. Victoria, en unas callecitas que iban hacia arriba, ya no recuerdo como se llamaba la avenida. Entonces me venía a buscar y me llevaba el transporte, o sea, que mamá de esa parte se desprendía un poquito, se despreocupaba un poquito porque era el transporte el que me buscaba y el que me llevaba. Ahora cuando había que trasladarse realmente, nuestros traslados no eran a largas distancias, eran o al mercado del cementerio con la madre, o a caminar por la Av. Victoria cuando la acompañaba a comprar. De paseos, paseos así realmente no había (como verbo impersonal no acepta plural) muchos salvo los domingos que íbamos al Parque del Este, que aquello era divino; claro para mí el Parque del Este era gigantesco ¿okey?, porque yo era chiquitica y eran los domingos en la tarde; en una lomita, me acuerdo, que estaba cerca de un jardín que hay de plantas, en aquel entonces de plantas exóticas, justamente en esa loma hoy en día hay una figura, una escultura y nadie puede meterse allí. En aquel momento pues, íbamos los amigos de mi papá, nosotros y todos nos montábamos en la lomita, todos se sentaban, había unas fotos muy lindas en blanco y negro. La gran diversión era una loma, que no era nada alta pero para mí era gigantesca, entonces la gran diversión era rodar hacia abajo y llegar mareados completamente y pegar gritos, a ver quién hacía competencias, quién gritaba más; después de la bajada, imagínate tú, qué desastre. Pero viajar, ir de paseo y qué sé yo no, ya un poquito más grande, íbamos a los Caracas, eso era solo en agosto. Pero durante todo lo que era el año normal, el año escolar, qué sé yo, sí las distancias me parecían un poquito más grandes, tomábamos los famosos carritos

por puesto, que eran los carros normales como hoy los taxis, pero los ocupaban cinco personas: dos adelante y tres atrás, esos eran los carritos.

Cosas así que me llamaban la atención, sí. Había una, que eso se repitió durante largo tiempo y era que a mi mamá, como era española, la llamaban extranjera y se lo decían con cierta molestia, con cierta... con cierto recelo o resentimiento y a mi mamá eso le dolía muchísimo, entonces muchas veces llegaba a la casa con los ojos aguados porque le habían dicho extranjera y eso le dolía muchísimo y además que añoraba su tierra. Ella no vino a Venezuela, ni mi abuelo, ni mi abuela, ni mi papá, no vinieron porque necesitaran un país nuevo, un lugar nuevo, no. Mi padre vino de turista con una catajarra de amigos locos, jóvenes todos; vinieron a conocer Venezuela porque en Italia la vendían como un paraíso y mi abuelo en España, vino a visitar a unos amigos que le dijeron que aquí se vivía muy bien, que no tendría que tener tanto trabajo como en España. Pero resulta que en España él tenía un buen trabajo y era constructor y en aquel momento la construcción iba para arriba y él, pues, era muy buen constructor y era cotizado por la gente; pero tú sabes, a veces queriendo buscar algo mejor, no para él, sino para mi mamá y mis tías y mi tío, se vinieron para acá; primero el abuelo y después, no sé si de un año, creo, vino mi abuela con mi mamá y mi tía. Mi tío sí se quedó en España porque él no quiso venir y tenía un buen puesto allá y “para qué voy a ir”, qué sé yo, “no sé cómo van a ser las cosas”, y realmente cuando vino aquí fue muy duro para ellos.

Ellos quizás no debieron venir, porque después de unos años todos los que tenían el trabajo de mi abuelo, tenían tremendas casas, tenían dinero; mi abuelo aquí no tenía tremenda casa, no tenía grandes sumas de dinero, era tan sólo el conserje de un edificio y una empresa. Ellos vinieron o en el cincuenta y siete o finales del cincuenta y siete, principios del cincuenta y ocho, porque estuvieron en la caída de Pérez Jiménez. Ellos vinieron todos en el mismo barco. Mi papá y mi mamá se conocieron en el barco; mi papá llevaba un diccionario de español y con el diccionario español se acercaba a mi mamá y hablaba con ella, ¿por qué le llamó la atención mi mamá desde eso momento?, porque mi mamá, mi abuela y mi tía en aquella época eran, digamos en el barco, eran las primeras mujeres que entraron vestidas con pantalón. Eran mujeres de avanzada, entonces eran las mujeres que todo el mundo miraba, que todos señalaban, pero nada que ver, porque en España ya se usaban los pantalones para mujeres y ellas pensaron que lo mejor para viajar era usar pantalones y se vinieron con sus pantalones.

Entonces todo el mundo, imagínate, fueron el boom del barco y mi papá y los amigos se acercaron a ellas para conversar y otras muchachas también, pero papá sobre todo a mi mamá porque le llamó la atención y como mi abuela se iba a quedar con mi tía, mi mamá y mi abuelo aquí y qué sé yo, yo no sé si eso fue lo que hizo que también mi papá se quedara pegao. Pero a él le encantó el clima y la gentileza de la gente, la educación de la gente, el desprendimiento de la gente de aquella época, que le abría la puerta a la gente, lo invitaban a comer, le daban albergue si necesitaba; era una hospitalidad perdida hoy totalmente en la gente. Tú podías caminar por la calle tranquilamente, según cuentan mis padres, yo realmente eso no lo recuerdo, y había tranquilidad, se respiraba paz, mucha paz, eso sí lo sé y lo recuerdo. Cuando recuerdo mi infancia recuerdo esa paz. Este y eso fue lo que a mi papá le gustó, además de que se había prendao de mamá y, bueno, los amigos se fueron yendo y él decidió quedarse.

Esos fueron años muy duros, mi papá no necesitaba quedarse, mi papá tenía un trabajo muy bueno en Italia, en el que a los cuarenta años ya se habría jubilado con muy buena pensión, pero mira, se enamoró de esta tierra, de este país, le costó mucho tener un... tener algo, pero son cosas que el destino tiene; se quedó aquí, se casó con mamá y yo, como al año y medio, nació yo, después ya de la caída de Pérez Jiménez. Ese fue un momento muy fuerte para todos ellos, porque como he sabido toda la gente de esa época, pues hablaba muy bien de esos momentos; quien no tenía nada que ver con el gobierno, pues vivía tranquilo, y esa era la situación de mis padres y de muchos como ellos, venezolanos y extranjeros. Y, bueno, se quedaron, forjaron su vida aquí, nacimos mi hermana y yo, o yo y mi hermana, que ese fue el orden, primero yo y después mi hermana.

Aquella época era una época tranquila realmente, sé que mis padres luchaban mucho por salir adelante. Mamá comenzó trabajando primero como modista, después alta costura, porque eso fue lo que ella aprendió allá en España, y después trabajó como peluquera, pero ya papá no quería que trabajara, trabajaba en la casa para cuidarme a mí y entonces papá prefirió trabajar solamente él. Fueron años duros, repito, porque, bueno, le costaba, o sea, él no tenía una empresa, él iba empresa por empresa, fábrica por fábrica, porque él era técnico en electrónica, cosa que aquí todavía en aquella época no se había instaurado como tal; él siempre recuerda que cuando llegó a la aduana, los guardias nacionales que estaban revisando a la gente, cuando llegaron a él no lo revisaron, absolutamente nada, porque nada más le abrieron una de las

maletas y vieron que traía libros, el guardia nacional dijo “a él no lo toquen, trae libros” o sea, él es una persona importante, imagínate. Imagínate cómo era la concepción en esa época que mi papá entró fino, feliz de la vida, pero claro, todavía aquí estaban, no en pañales, pero estaban empezando como a despertar, a avanzar, a progresar el país y estas cosas; estos trabajos o estos estudios, todavía no se habían instaurado aquí como tal así con fuerza, entonces lo que se trabajaba era la electricidad y él trabajó como electricista por su cuenta, en alguna fábrica, qué sé yo, hasta que realmente entró Venezuela en el boom de la electrónica, de los tableros electrónicos en las empresas y todo eso y allí él entró y tuvo entonces espacio para trabajar, pero siempre por su cuenta.

En la parte laboral

Mi papá formó parte de las primeras comisiones que se instauraron en Venezuela, en Guri, para hacer la Siderúrgica del Orinoco, para hacer la represa. Él formó parte de los primeros, primeros electricistas y trabajadores que enviaron a esos lugares para construirla y para hacer todas las instalaciones y el mantenimiento de lo que hoy son todas las turbinas, que no sé, son muchísimas, casi veinte o más de veinte turbinas y por supuesto ellos estuvieron trabajando allí. Había mucho personal de afuera porque es lógico, eso no existía en Venezuela; entonces había alemanes, había ingleses, había italianos, había, este, españoles, había de muchos países de Europa, personas capacitadas, porque ya tenían estas represas. Los que no habían trabajado en represas como mi padre, trabajaban en la parte electrónica, en la parte eléctrica, todo lo que es el tablero de las turbinas, el mantenimiento de la parte eléctrica y, de alguna manera, la instalación de todos los artefactos que se instalaron y que todavía están instalados allí. El nombre de él aparece en los primeros libros de todos los empleados que tuvo la Siderúrgica del Orinoco y la represa del Guri.

Toda esa zona era una zona selvática, hoy es una zona de empresas del Estado, de gas, de carbón, de aluminio, de petróleo, o sea, nada que ver con lo que mi papá encontró cuando llegó allá que era pura selva; de hecho ellos trabajaban con unos guías indígenas de la zona porque ellos conocían la selva. Él pasó allí, creo, no sé si fueron tres o cuatro meses, porque él no soportó la selva. Eso era selva pura y vivían ellos en unos caneyes hechos de madera, por supuesto, y techo de paja; y él cuenta que muchas veces en la mañana, cuando iba a salir, no

salía del caney porque a lo mejor había soberano alacrán o una culebra merodeando por ahí, entonces pegaba gritos para que el guía llegara y se llevara los alacranes, que los agarraba con las manos, o las culebras que se les agarraba con un palito; entonces siempre andaban con ellos y cuando se tenían que hacer las rondas nocturnas, pues, iban varios guías, con uno o dos de ellos, porque claro, ellos no sabían moverse en ese espacio, en cambio los guías eran veteranos, eran dueños de la zona, eran dueños de su tierra y, bueno, esas rondas nocturnas eran a veces hasta peligrosas porque cualquier animal de selva podía aparecer, ¿okey?

Él se venía cada quince días a Caracas. Ya en aquel momento había nacido yo, era muy chiquitina y él se venía, pasaba el fin de semana con nosotros y el lunes en la mañana o el domingo en la noche, perdón, agarraba rumbo para Pto. Ordaz, que era donde vivía, y pasaba quince días allá y luego los otros quince días volvía, y eso lo hizo como por cuatro meses, pero después ya no lo soportó; yo recuerdo, bueno, yo recuerdo no, él cuenta que le ofrecieron una tierra y le ofrecieron una casa, porque ellos querían que la gente de mantenimiento y la gente que había hecho las instalaciones se quedaran mínimo tres o cuatro años, cinco años, o se quedara allí a vivir para realmente tener una gente capacitada que tuviera el mantenimiento propio de esas grandes empresas que recién habían puesto en Venezuela.

Pero papá no soportó la selva y, digamos, que le dijo que no a todos los beneficios, a todas las bondades que le ofrecían, lo estuvieron persiguiendo casi que un mes llamándolo y buscándolo, y por favor, y cartas y pa' ca que te necesitamos, pero era más fuerte que él; él es un hombre, no de mar, pero casi, porque toda su infancia y su juventud la pasó en un pueblo que tenía el mar como a media hora, entonces todas sus aventuras, todos sus cuentos y sus historias se basan en el mar, el mar era el gran personaje, meterlo en un selva, imagínate; lo que había era unos ríos grandísimos, que no, nada que ver, y los huertos de oliva y los campos llenos de frutas y venir aquí y encontrarse esa selva tan terrible no, no... y húmeda, porque Pto. Ordaz es muy húmedo, entonces no, nada que ver. Prefirió venirse acá y otra vez a caminar por las calles, a montarse aquí a montarse allá, hasta que volvió a encontrar una empresa donde pudo trabajar por algún tiempo y después se dedicó a trabajar por su cuenta.

Claro todos esos años se los vio muy duros, muy fuertes. Él no tuvo, no tenía, la necesidad de vivirlos pero estaba aquí y aquí se quiso quedar, porque después de todo odiaba mucho el frío

y era muy feliz aquí. Entonces, claro esas cosas, que ya tenía familia; mis abuelos maternos fueron como sus otros segundos papás para él; todo eso hizo que se enraizara de tal manera que ya después cuando tenía nueve años que quizá podía haberse ido, nos pudimos haber ido todos, no se quiso ir, había algo que lo hacía regresar, pero también lo hacía quedarse aquí y no nos fuimos y bueno nos quedamos aquí y bueno toda mi vida aquí; algunas veces viajé a Italia, pero él se quedó aquí y ya después tenía toda la vida aquí.

El automóvil y el día a día

Sí tuvimos carro, de hecho papá siempre, casi siempre, tuvo carro porque cuando no se había casado con mamá compartía un carro con un amigo, que era el “Isabela” que le llamaba. Yo no sé si esa era la marca o es que le pusieron Isabela al carro, pero era un carro muy coqueto, lo he visto en las fotos, verde clarito, las fotos son en blanco y negro. Eso me lo cuentan ellos, que era verde clarito, descapotable, era un carro bellísimo y se lo turnaban; la semana lo llevaba uno, el fin de semana lo llevaba otro y, así, se cambiaban, hasta que después no sé qué pasó, si el carro se fundió o qué carrizo hicieron con el carro o lo vendieron. Sí, él después cuando pudo otra vez se compró un carro para él, ya creo que casado, yo creo que yo había nacido, este... porque por razones laborales necesitaba el carro para trasladarse, de hecho el carro se convirtió en parte de su trabajo, porque ya siempre tuvo carro. Nunca compró un carro nuevo, que es lo que él siempre dice “si alguna vez hubiera ahorrado un poco más y hubiera comprado un carro nuevo, siempre hubiera tenido un carro nuevo, porque hubiera vendido ese y hubiera comprado un carro nuevo”; entonces yo me acuerdo que él siempre me decía “si alguna vez compras un carro, no lo compres usado porque jamás tendrás un carro nuevo, lo tendrás siempre usado, porque cambiarás ese por otro usado, la visión cambia, entonces yo hubiera tenido que hacer eso”, pero los carros que compró siempre eran carros casi nuevos con muy poco rodaje.

Ahora el carro más célebre, el que nos gustaba a todos, el que era más bello, el más elegante, era un carro, claro de la época, gigantesco, una carroza casi, era el famoso Osmobile, que creo que era, ¡ay! yo no me acuerdo si era de la Chevrolet o de la Ford, pero era una edición especial. Entonces ese era un carro muy hermoso, porque fue un carro de lujo y él se lo compró al dueño de una de las empresas a la cual él le trabajaba, que lo quiso cambiar porque

se obstinó del carro y no sé si tenía, no me acuerdo, sé que tenía pocos meses con el carro y se lo vendió a mi papá. Con ese carro fuimos a todas partes, con ese carro nos íbamos para Guatopo, no íbamos para los Caracas, nos íbamos a Los Próceres todas las tardes a pasear, a caminar, es decir, era el carro que nos llevaba a todos lados. Cuando venían los famosos carnavales, que nos disfrazábamos, mi mamá siempre me hacía todos los disfraces, los disfraces siempre más exóticos mamá me los hacía, se buscaba las revistas para ver cuáles eran los implementos y todo. Yo siempre iba de punta en blanco con mis disfraces y con el carro íbamos a los desfiles en Sabana Grande, en Los Próceres y, bueno pues, digamos que ese era la joya.

Ese era un carro de mucha, de mucha velocidad, de mucha potencia y mi papá, como buen italiano, amante de la velocidad ¿okey? Entonces, cuando salíamos en caravana, todos los niñitos se venían al carro de mi papá, porque como mi papá apretaba la chola, como decía, “yo apreto la chancleta y vuelo” y es que ese carro realmente volaba. Era un carro muy bueno para la época, con un motor muy fuerte y mi papá apenas le daba al acelerador y aquel carro se le levantaba; levantaba la parte de atrás y arrancaba chola y volaba, volaba, volaba, que pasábamos a todo el mundo y la gente nos pitaba, gritaba y todos nosotros, los niñitos, todos gritábamos felices y contentos, y mi papá sonreía, la sonrisa era de oreja a oreja. Con ese carro íbamos para tooodas partes, era muy arriesgado papá.

Recuerdo que en aquella época en Los Próceres, se hacía lo que hoy, lo que se han llamado los piques, pero tenían otro nombre y eran como unas pequeñas carreras, y mi papá era, era de los ases del volante. Recuerdo que en una oportunidad le iban a prestar un Ferrari y mi mamá le dijo “el Ferrari o yo” y, como mamá conocía cómo era mi papá con el pie y con la chola, entonces ella tenía miedo de que en cualquier momento se esmadrara por ahí y se quedara todo esguañingao con carro y todo y, bueno, imagínate, nos quedábamos sin papá y sin marido y nada. Entonces esa fue una disyuntiva muy fuerte para mamá; nuuunca me llevó y yo siempre quise que me llevara, porque de alguna manera me gustan mucho, igualito que a él, las carreras de carros, la fórmula 1 me fascina; y bueno “o el Ferrari o yo” y ganó yo; y el Ferrari se fue pa'l cipote y nunca más volvió; dejó eso y, bueno, se dedicó a su trabajo y sus cosas y a correr cuando tenía oportunidad en las carreteras del interior con su Osmobile que duró mucho años.

Recuerdo que mi tío en aquel momento se compró un Chevrolet que parecía, se parecía mucho al Batimóvil y entonces nosotros llamábamos el Osmobil y el Batimóvil y cuando salíamos juntos era muy cómico que el Batimóvil, que tenía que ser potente, siempre se quedaba atrás porque mi tío no corría, no le gustaba y mi mamá era (suspiro); entonces lo, qué sé yo, pasábamos y como a la media hora nos parábamos a esperar que llegara el tío con su Batimóvil. Pero era una época muy linda, para mí fue muy linda, porque evidentemente es la infancia, no hay problemas, no hay preocupaciones, aunque yo percibía los problemas de dinero, percibía esa incomodidad, esa molestia de no poder hacer más, pero eso se diluía en los juegos de la infancia, en los amigos, en los domingos que íbamos al Parque del Este, en los amigos italianos con papá, entonces ya esas cosas como que la tensión bajaba, ¿verdad?

Papá siempre fue como que el líder del grupo, entonces lo que papá decía todos los demás lo hacían; entonces, mamá, yo me acuerdo que se molestaba porque ajá “a nosotros es tu padre, pero cuando vamos a los otros sitios es la mujer”, porque los otros compañeros era la mujer la que trabajaba y tenía el sustento más fuerte. Los esposos, pues, no habían logrado calar todavía y no tenían un buen empleo. En cambio mi padre sí lo tenía y no dejaba que mamá trabajara; empleo en el sentido que él iba por su cuenta haciendo, arreglando artefactos y después arreglando los grandes tableros electrónicos de las empresas de pasta, de tejidos, de vidrio, de los botellones, todas esas empresas que en una época se fueron instalando en Venezuela; pues papá recorrió casi todo el país, llamado por los que lo conocían para hacer las instalaciones de los equipos que venían de Italia, de Alemania, de Suiza, y trabajaba con algunos ingenieros; mi papá no era ingeniero, era técnico en electrónica, pero siempre supo tanto o más que los mismo ingenieros. De hecho, una vez cuando era pequeña, tendría como diez, once años, tuvo un accidente muy terrible que lo protegió Dios realmente, por culpa de un ingeniero recién graduado que puso una herramienta en un lugar de un tablero que no correspondía y estalló todo, toda la fábrica se quedó a oscuras y los dos, la explosión pues los golpeó a los dos, pero el que salió más golpeado fue mi papá, se quemó todo el pecho y el brazo y esos fueron meses sin percibir un centavo, pagando todos los gastos él porque no había seguro; entonces yo recuerdo que mi abuelo nos ayudó mucho y después de que mi papá se recuperó y volvió otra vez a trabajar, hizo todo lo posible por pagar hasta el último centavo a mi abuelo y mi abuelo muy molesto.

Pero son esas cosas, y así transcurrió mi infancia, pues, una infancia entre la niñez de uno, como siempre, es niño ingenuo y esa situación que yo sabía que estaba atrás de mucha lucha, de mucha intensidad pero de mucho ocultamiento pa' que yo no me enterara. Esos fueron los años en que mi hermana era chiquita y también había nacido ya mi hermana y la situación era muuy dura para nosotras, no tanto para el resto del país que vivían de una manera más o menos holgada y, bueno, esa era la situación; y ese carro simbolizaba realmente la fuente de trabajo, siempre fue el carro la fuente de trabajo, con ese carro se fue a todas partes, es un carro que le daba lo que él le exigía. Ya, pues, con el tiempo se fue quedando obsoleto, no se encontraban los repuestos y lo tuvo que cambiar por un Malibú, que todavía lo tiene. Un Malibú de seis cilindros, que es otro camastrón, que todavía lo tiene, todavía lo cuida muchísimo.

Y sí, la fuente de trabajo para todo, para todo, para todo, para todo, era el carro, sin el carro él no tenía trabajo porque a veces hacía trabajo en La Victoria, en Maracay, y el carro era la vida; de hecho cuando yo estaba haciendo mis prácticas docentes en el pedagógico, yo tenía que hacer, yo estaba empezando a dar clases en un colegio en Sabana Grande y las prácticas las tenía en Ruiz Pineda en Caricuao, entonces yo salía, recuerdo a las diez y media de la mañana de las prácticas, de clase, y papá me esperaba con su Malibú a las puertas del liceo y yo estaba entrando a otra clase de práctica de la especialidad en el mismo liceo con una profesora, entonces yo hacía media hora y los muchachos me venían a tocar la puerta del salón para decirme “su papá está allá abajo profesora”, entonces yo salía, me despedía, salía esmachtetá, me montaba en el carro y mi papá en diez minutos, en aquella época por la Francisco Fajardo, llegaba hasta el colegio que estaba en Sabana Grande; la hora de entrada mía al salón era a las diez y veinte, pero yo había hecho un acuerdo con la monja pa' entrar a las diez y media y a las diez y media en punto estaba entrando en el salón; si no hubiéramos tenido el carro yo no... porque era una hora de camino de Caricuao hasta Sabana Grande, casi dos horas hasta Los Dos Caminos, donde yo vivía después de que nos mudamos de la Av. Victoria, o sea, que sin carro hubiéramos perecido todos.

La ciudad y el espacio

No había tanto tránsito, no había tantas colas por ningún lado, no había bulevares que se habían construido. Por ejemplo, Sabana Grande era una avenida principal donde estaban todas las boutiques chic de la época y no era boulevard, al ser boulevard congestionaron más el tránsito, inventaron los famosos elevados para descongestionar un poco el tránsito, porque ya, claro, la gente tenía ya quizá más poder adquisitivo y compraban más carros. Nosotros siempre tuvimos un solo carro en la casa, pero era más fácil trasladarte en toda la ciudad porque no había tanto volumen de carros y aun cuando habían hecho varios bulevares y que cerraban unas vías principales, como el boulevard de Catia, el boulevard de Sabana Grande, que eran bulevares que eran transitables pero de repente ya no podía pasar ningún carro, entonces claro, eso también fue eliminando algunas de las famosas circunvalaciones de los autobuses que te recorrían de punta en punta la ciudad. Y, bueno, se comenzó a cambiar un poco lo que es el tránsito en la ciudad y en ese momento empezó a ser un poquito más complicado trasladarse de un lado a otro, aun cuando había, existieron ideas, pues, para descongestionar el tránsito de la ciudad, cada vez muy, muy, muy sutilmente se fue congestionando, no como de unos años para acá que se ha vuelto un desastre.

En aquellos días todavía podíamos rodar, papá daba vueltas por toda la ciudad por el trabajo y no tardaba tanto en llegar, salvo las horas pico, que si por ejemplo venía de Mariche, que había las empresas de fábrica, en aquel entonces había muchas allí, de esas de dulces, de chocolates y esas cosas, que exigían grandes maquinarias; entonces, por supuesto, ese era el trabajo de papá, arreglar las maquinarias, y a veces sí en horas pico tardaba un poco. También recuerdo que en esa época ya empezaba a ponerse un poco violenta la ciudad. Los rateros estaban a la par, estamos hablando de los años setenta, casi ochenta y donde nosotros vivíamos en la Av. Victoria antes de mudarnos a los Dos Caminos, ya esa zona se estaba poniendo peligrosa, porque se estaba construyendo lo que hoy es San Agustín del Sur, entonces hubo un momento muy difícil por eso nos mudamos.

A partir del setenta y cinco, setenta y seis, setenta y siete, la situación en esa zona donde yo vivía en la calle Progreso, en toda esa parte de allí en donde estaba una famosa bomba de gasolina, donde están los ciegos todavía, esa zona se fue poniendo un poco peligrosa y ya a las seis de la tarde tú no podías circular por esos lugares, por el resto de la avenida sí, no había rollo, pero por ahí no, ya asaltaban. Los domingos en la mañana era peligrosísimo andar por

ahí y más en la tarde, y a mí me asaltaron varias veces, a papá lo asaltaron muchísimas veces cuando llegaba tarde después de las seis, muchísimas veces con pistola en mano; te estoy hablando del año setenta y cinco o setenta y seis, setenta y siete, setenta y ocho; entonces ya, llegó un momento que a pesar de que vivíamos bien, era necesario salir de allí, era necesario salir de allí porque yo ya iba a salir de bachillerato, ya iba a empezar la universidad y eso exigía unos horarios distintos, aun cuando yo siempre tomé mis horarios en la mañana para esos problemas. Pero había que salir, había que salir y de hecho fue necesario y fue productivo irnos de ese lugar y mudarnos donde vivía hasta que me casé, porque yo ya podía llegar de noche, evidentemente iba a llegar de noche, por las clases, por infinidad de cosas y fue mejor para nosotros, con mucha tristeza porque había pasado toda mi vida en la Av. Victoria, imagínate, la Av. Victoria que llevaba mi nombre; estudié allí, los dos colegios donde estuve fueron allí, casi todos mis amigos y amigas estaban ahí, aun cuando papá no me dejaba salir a ningún lao, pero era la cosa de los amigos del colegio, los compañeros de clase y las escapadas que uno se hacía de vez en cuando y estábamos todos ahí.

Irme de ahí significó romper con todo eso y comenzar en un sitio totalmente nuevo y en una vida totalmente diferente porque ya estaba terminando el pedagógico y ya estaba empezando a trabajar y, bueno pues, yo tengo muchos recuerdos bellos de la Av. Victoria que no es nada en comparado con lo que es ahora, destruida, calles rotas, en algunas partes muy sucia, es muy peligroso. En lo que es la Av. Victoria que está cercana a lo que es la Roca Tarpella que es donde está hoy una policía, no sé si es la que antes era la Disip, no sé cómo carrizo se llama ahora, ese es el Helicoide que durante muchos años; el Helicoide fue el hábitat de todos los damnificados de que si el terremoto, que si las lluvias, a todos los mandaban para allá arriba y claro eso también hacía que la situación se hiciera más delicada, porque entonces la gente que no tenía trabajo tenía que salir a buscar los reales como fuera ¿okey? Estaba el Helicoide y al lado estaba una montaña que hoy es San Agustín del Sur, pero del lado de nosotros no había sino puro monte; entonces allí se escondían los malandros, ahí se escondía la policía y entonces cazaban a los malandros, los tiros, las balas pegaban en el edificio y eso también nos obligó a irnos de allí, porque muchas noches era escondernos en un pasillo del apartamento que llevaba al baño, a escondernos todos allí a mitad de la noche porque la balacera era terrible; entonces cuando uno subía al techo del edificio encontrabas las balas pegadas en los

casquillos, y las mismas balas en el techo incrustadas en lo que era el asfalto en la cosa esa para impermeabilizar los techos, por eso hubo que salir, sino no nos hubiéramos ido; era el espacio de toda la vida, tanto de ellos como mío, pero había que salir. Evidentemente la ciudad ya estaba cambiando, teníamos que cambiar, papá cambió el carro, eso también significó un cambio distinto a aquel carrote inmenso, a aquella carroza en donde yo me echaba a dormir, ya no era la carroza, ya había que compartir el pequeño espacio con mi hermana y, bueno, claro, son cosas que van pasando y que van cambiando y que, bueno, de alguna manera te obligan a hacer cosas que no querías.

Tiempo de ocio

Ya después de un tiempo dejó de frecuentarse el Parque del Este, ya no salíamos tanto porque el salir incluían gastos, entonces la situación era difícil y, o íbamos al parque o a Los Próceres a pasear o íbamos a la playa, ya eso se fue escaseando cada vez más y nos quedamos los domingos en la casa, domingos y sábados enteros en casa; en la tarde se veía un poco la televisión y los domingos también, no había muchas cosas que hacer ... hasta que en un momento por un golpe de suerte papá pudo comprar un terreno en Boca de Uchire, que había que rodar y parte de los amigos de los italianos compraron allí, ahí en un sitio donde también había otros españoles, italianos; se hizo como otro grupo de amigos y entonces ya de ahí en adelante todos los fines de semana, a rodar dos horas y media hasta el terreno; primero íbamos al hotel que era muy económico, el terreno se lo vendieron a locha, no sé a cuántas lochas por metro, una cosa reevaluada y papá con mucho esfuerzo fue construyendo la casa; primero fue el terreno, cercarlo y qué sé yo y luego se hizo la casa y después todo lo que fue el resto de la construcción de la casa, los porches, los garajes; pero eso fue unos esfuerzos, unos ahorros, ese señor trabajaba y ahorra y todo lo invertía en la casa y las cosas iban más o menos.

Como en el setenta y tres, que fue el agosto que pasamos mi mamá, mi hermana y yo solas porque papá estaba trabajando y venía los fines de semana, y a raíz de ese agosto mi mamá le dijo a mi papá “nunca más vuelvo a quedarme sola en el agosto”, porque, claro, los amigos todos, todos hacen eso, se quedaban las mujeres y los niños en la playa y ellos se iban a la casa a Caracas, trabajaban y el fin de semana venían; pero nosotros estábamos aislados de todos

ellos, entonces mi mamá estaba sola en aquella inmensidad con nosotras dos. Yo tenía trece y mi hermana tenía ¿qué? ocho o nueve, no, más pequeña, como cuatro o cinco años. De ahí en adelante ya la adolescencia se centró en ese espacio, era el desahogo de todos, de mi mamá de las labores de la casa, para hacer las labores de la otra casa; de mi papá de su trabajo para hacer los trabajos de la casa, pero era como distinto o ameno, alegre y para mí era mi desahogo de todas las rabias que pasaba porque no me dejaba ir pa' ningún lao, de los estudios, de la cosa. Era el mar, la playa, el lugar, realmente se convirtieron en un espacio necesario para los cuatro, de hecho esa casa ya no la tenemos, se tuvo que vender por situaciones muy fuertes en la zona debido a violencia, a secuestros, en fin, la violencia general del país. Entonces esas casas así eran, por supuesto, el ojo claro para todos los malandros y robaban los carros, robaban las casas, secuestraban a la gente. Durante las noches escuchabas tiros por todos lados, entonces ya, bueno, se vendió la casa, eso significó para nosotros casi que la muerte, porque ya no era el espacio abierto donde tú te ibas a rehacer y a recomponer. Ese espacio ya no existió más nunca y había que ver cómo salías adelante en medio de la ciudad que crecía de manera desmesurada y violenta; entonces Boca de Uchire se convirtió en el gran espacio de los recuerdos donde volvemos de vez en cuando, lloramos, conversamos y nos regresamos otra vez a nuestro presente, ya un poco más duro ¿verdad? Y bueno, esa Caracas se fue distanciando de lo que era realmente para nosotros, para todos, en aquella época.

El autocine

Nunca fui al autocine; los vi siempre de pasada, iban los padres pero yo no, eso no era para niños, eso era para adultos. Entonces yo me quedaba en casa de mi abuela, que para mí, yo creo, que era mejor, quedarme en casa de mi abuela que sentarme allí y a ver una pantalla gigantesca. Ellos sí iban los fines de semana en la noche y no siempre, algunas veces, en el mes porque no había dinero. Yo me quedaba en casa de la abuela que para mí era fascinante porque era sábado en la noche, veíamos películas en la casa con la abuela, me consentían, cenábamos en casa de la abuela, este... recuerdo que mi abuela siempre hacía la leche en polvo, el sábado en la noche hacía leche y la leche era leche Klim, que nunca más vino aquí, yo no sé si la llegaste a conocer; entonces ella me preparaba un vaso de leche biiiiiien sabrosa,

biiien dulcita, porque esa leche era dulcita, bueno y eso y ya, a dormir, en un sofá cama que llevaban pa'l cuarto, entonces yo dormía con ellos.

Bueno y aquello para mí era ¡uff! divino, era mejor y me recuerdo que le decía a mis papás “¿y ustedes no van a ir esta noche al cine, no se van a ir al cine, no van al cine?” a ver si tanto fastidiaba que los convencía y se iban al cine; precisamente era pa' eso pa' que se fueran y yo poderme ir a casa de mi abuela y mi abuelo, y allí era muy rico porque entonces cenaba una comida sencilla pero que para mí era un manjar y en la mañana siguiente comía con mi abuelo los famosos desayunos de mi abuelo, que esos eran almuerzos porque comía sardina frita, este... con huevos revueltos y las sobras del día anterior él las cocinaba y hacía una magia ahí, y ese era mi gran almuerzo. Entonces que al autocine no fuera, eso nunca me importó, nuunca fui al autocine y siempre los vi de pasada, veía la gran pantalla, los carros abajo; de repente alguna vez sí me llamó la atención, pero nunca fui, nunca, nunca, y recuerdo que el último autocine que vi de pasada era el que quedaba en la Av. Sucre de Los Dos Caminos, pegado a la Cota Mil, que luego lo tumbaron e hicieron unos edificios de lujo bellísimos, ese creo que fue el último autocine que quedó; no sé si por la Trinidad había algún otro que también fue de los últimos, pero el último que yo vi fue ese.

Mis padres iban al autocine de noche, yo creo que ellos se iban como a las siete, me imagino que para ver la función de la noche de las ocho, de ocho a diez. En realidad nunca regresaban tarde, regresaban temprano, pero para mí era fascinante quedarme a dormir en casa de la abuela. Pero entonces esa era la hora en la que ellos se iban, siempre en la noche, cuando ya terminaban de cenar y todo, se iban.

Yo no iba mucho a las salas de a pie, yo creo que si fui durante toda mi infancia y mi adolescencia, habré ido tres veces al cine e iba con mis abuelos, con mis padres no porque no había real, pues, y mi abuelo ahorraaba, porque mi abuelo era amante del cine. En España todos los domingos sin falta en la tarde él llegaba del trabajo, que trabajaba hasta la una; almorzaba, se bañaba, descansaba y en la tarde se iban todos al cine, siempre; era el regalo pues, todos los domingos en la tarde cine y recuerdo a mi mamá contarme las películas que veía en el cine. Aquí no podían hacer lo mismo pero como a él le fascinaba tanto el cine, a él le gustaba mucho que la familia estuviera reunida, qué sé yo, entonces agarraba y cuando tenía suficiente

dinero, agarraba a todos los nietos y nos llevaba al cine; el cine al que íbamos era siempre al Radio City, que allí me acuerdo que vi la película de Bambi, casi siempre eran películas de niños; entonces íbamos a ver las películas de Walt Disney, entonces fui a ver Bambi, otra que se llamaba Aventuras en la nieve y no me acuerdo si vi dos más que no las recuerdo ahora. Ya de grande sí fui al cine, también pocas veces porque no me dejaban salir, entonces fui como dos veces con amigas que mis papás conocían a los papás de ellas; escapada un par de veces y después ya luego tres veces con un permiso rogado y arrodillado, casi. No fui mucho al cine realmente, me gustaba mucho el cine, pero no podía ir porque no me dejaban y no había real tampoco, empecé a ir después ya de grandecita, ya bastante grande ya, porque además teníamos un cine cerca y entonces no había problemas, salíamos de la casa en Los Dos Caminos y nos íbamos al Centro Comercial el Trébol y ahí había un cine.

Testimonio Irma Godoy (1949)

La infancia

Mi papá era de Trujillo y mi mamá de la frontera, del estado Portuguesa. Mi papá era de Campo Elías y mi mamá de Viscocuy. Ellos se conocieron y entonces mi papá, tú sabes, con esas ideas que la gente tiene, y en ese entonces mucha gente así se vino, emigró de su campo con mi mamá buscando mejorar, mejor calidad de vida, para instruirse, se vino para Los Teques que era lo más cercano a Caracas, pues. Nací en Los Teques, estado Miranda, el 04 de enero de 1949 y después nosotros nos mudamos para Caricuao; teníamos como siete u ocho años más o menos, entonces se muda la familia para Caricuao, pero yo ingreso a un colegio, a un colegio, una casa hogar, un colegio de monjas, interna, y ahí hice toda mi primaria. Bueno, y entonces salía era en vacaciones y, bueno, cuando nosotros estábamos en el colegio hablando de eso, de una vez, eso quedaba en la casa hogar María Antonia Bolívar de la congregación de Santa Catalina de Labouré de la Medalla La Milagrosa. Eso pertenecía a la parroquia La Vega, anteriormente todo eso pertenecía a la parroquia La Vega que era la Hacienda La Vega, después fue que fue creciendo la población y dividieron el sector que llamaban Paraíso, lo volvieron parroquia Paraíso, parroquia La Vega y parroquia Paraíso.

Nosotros, la gente, el colegio estaba exactamente al frente de la pantalla del Auto Teatro Paraíso en todo el frente y entonces el primer nivel del colegio, el patio, daba con el patio de ellos y había un terreno quebrado y había un muro alto; entonces del lado de allá del muro era el Auto Teatro Paraíso. Entonces en el segundo nivel del colegio estaba la cocina y el comedor y en el tercer nivel era lo que le llamaban las celdas de las monjas, que eran las habitaciones particulares de cada monja y el salón de estar y la capilla. Bueno, en ese sector había un pasillo como decir aquí y las celdas estaban a lo largo del pasillo. Bueno, a las niñas después de tercer grado, a veces los sábados, los domingos, ellas averiguaban bien qué películas iban a pasar y la película empezaba cuando comenzaba a anochecer y entonces las que se portaban bien y las niñas grandes después de tercer grado, porque era un colegio de puras niñas, nos colocaban en el pasillo a todo lo largo, en todo el frente del Auto Teatro Paraíso. Esa fue mi primera experiencia en el autocine, o sea Auto Teatro. Me acuerdo yo que estaban en ese momento pasando unas películas españolas, bueno eso era lo que ellas nos permitían ver.

Marisol, Marisol era una niña española que cantaba muy bello, una niña prodigio y un niño prodigio que se llamaba, también español, Joselito; esas eran las que nos permitían ver. Creo que también inclusive no sé si... bueno y entonces, ¡umm!... la película se llamaba *Un Rayo de Luz* de Marisol y *Ha llegado un ángel*, creo, y nosotros las veíamos ahí en el pasillo que daba totalmente al frente del Auto Teatro Paraíso. Sí y entonces esa fue mi primera experiencia en el Auto Teatro y se escuchaba, se escuchaba, en ese momento no había tanta contaminación sónica como ahora, después sí que salí del colegio, sí fui a otro cine, a otro autocine, auto teatro, cine móvil.

La adolescencia

Después salí de un colegio de monjas al liceo Fermín Toro que era totalmente contrastante, total y absolutamente contrastante, porque donde yo vivía no había liceo y entonces ese fue el que consideró mi papá más apto. Consiguió el cupo allí que era aquí mismo, pues, en el Liceo Fermín Toro. Bueno, en el Liceo Fermín Toro estudié hasta tercer año, repetí segundo año, o sea, que estuve cuatro años allí. Yo tuve la dicha, la inmensa dicha de tener unos excelentes profesores, con ellos estuve de vista, trato y comunicación durante cuatro años. Yo entré al orfeón del liceo y mi maestro del orfeón era Antonio Lauro. Antonio Lauro fue, yo tengo inclusive la foto del liceo donde él me firmó el carnet de que yo era del orfeón y cuando yo entré en el primer año en el liceo, sus hijos estaban estudiando en el liceo, inclusive conocí a sus hijos Leonardo y Natalia. Antonio Lauro le compuso un vals a su hija que se llama Natalia, bellísimo, en guitarra; ella era pelirroja y Leonardo era blanquito. Ellos estaban, creo, que uno en cuarto y otro en quinto, él como que estaba en quinto y ella en cuarto. Claro, no hubo esa amistad, pero sí de vista “hola ¿cómo estás?” y eso, y ella también estaba en el orfeón y él también, y él también se aplicaba en el piano, porque el maestro Lauro también tocaba el piano. Ahí también conocí, a quien tuve la dicha, a mi profesor de artes plásticas, fue Bracho, sabes quién fue Bracho ¿no? Premio Nacional de Pintura, maracucho. Bueno, era irascible, mal carácter, era querre querre, peleón, él fue mi profesor de artes plásticas, educación artística se llamaba antes. Entonces, bueno, yo cuando salgo de allí por motivos de que yo quería comenzar a trabajar rápido, porque, claro, nosotros éramos muchos hermanos, éramos nueve, nueve hermanos, entonces yo quería independizarme, tener mi propio dinero ¡jejeje!, entonces estudié; me fui a estudiar enfermería. Entonces, anteriormente uno estudiaba

enfermería ¿verdad? Tres años, dos años, dos; entonces, uno salía de enfermera graduada o sea como bachiller medio en enfermería, ahora eso... entonces uno salía muy jovencito, entonces yo salí jovencita a trabajar.

La ciudad y el espacio

Bueno, yo me desplazaba bastante, porque, bueno, yo vivía en Caricuao, no había autopista, no había metro y entonces nos teníamos que venir en autobús a las cuatro y media de la mañana para poder estar aquí a las siete de la mañana, aquí en El Silencio, en un autobús, que eran unos autobuses rojos que eran de unos portugueses. Entonces, salíamos de Caricuao y entonces pasábamos por un puente de guerra, porque no había autopista; pasábamos por el puente de guerra, que era el río que venía, San Pedro, el río San Pedro que venía de Las Adjuntas, ya el Río Las Adjuntas y pasábamos y entrábamos por la carretera vieja; por la carretera vieja pasábamos por Mamera, llegábamos por San Martín y después hasta llegar aquí. Sí, era un recorrido grande. Bueno, y entonces, aquí en el liceo, me movía, aquí había comedor, almorzaba y había clase mañana y tarde; en la mañana, almorzaba y en la tarde había clase también y, bueno, entonces, me movía así. Después de los diecisiete años comencé a trabajar en la Maternidad Concepción Palacios.

El tiempo de ocio

A los diecisiete años yo era muy dada a trabajar, me criaron con esa idea ¿no? Yo en mi tiempo libre no iba a bonchar, tenía que trabajar en el negocio de la familia, tenía que trabajar en el negocio de la familia. Mi papá tenía un negocio que tenía tintorería, que tenía... los domingos era sellado de cinco y seis y teníamos que ayudar ahí todos los domingos para que mi papá descansara. O sea, no salía mucho si no era a trabajar y trabajar ¿ves? Y bueno, ya a los dieciocho, diecinueve años sí empecé a salir más. Entonces, a los veinte sí ya tuve mi novio, me comprometí con él y sí salíamos más, ahí sí comencé a salir más. Salíamos a... yo salía que si para excursiones que si pa' Colombia, que si pa' Pamplona, en excursiones que organizaban en donde yo trabajaba, entonces yo era la que le llevaba a mi papá o a mi mamá, a mis hermanos; entonces ya así cuando estuve... ya empecé que si a salir pa' Puerto La Cruz, Playa Colorada, todas esas cosas ¿tú ves?

El automóvil

En mi casa no había carro, nosotros éramos de escasos recursos. Mi papá era la única fuente de trabajo y nosotros teníamos que trabajar en el negocio de la familia, que se llamaba “El Refugio”, allí en Caricuao en la UD2. Nos movíamos en autobús, solamente en autobús y me recuerdo que una vez fue para El Encanto, fuimos la familia en el tren, entonces tenía como dieciséis, diecisiete años; este uno lo agarraba e iba a Los Teques, en ese momento uno lo agarraba en Los Teques, agarraba el tren, entonces, se iba hasta allá que era un parque, un bosque y había una piscina. Mi hermano pequeño que tenía en ese momento como diez años tan entusiasmado estaba que se lanzó a la piscina allí en El Encanto, que era heeelada, era súper fría porque era una zona muy boscosa y casi que se ahoga, tuvieron que llamar a un rescatista para sacarlo y darle auxilio y todo eso. Entonces, no se permitían radios, no se permitían radiotransmisores, imagínate aquello, para no contaminar, para uno escuchar los pájaros, la naturaleza, el viento. Entonces, uno salía otra vez, agarraba el tren de El Encanto hacia Los Teques y en Los Teques agarraba carro hasta Caricuao, hasta Las Adjuntas y de Las Adjuntas hacia Caricuao ¿ves?

El autocine (volver a vivirlo)

Yo luego fui al autocine cuando tenía como veinte años, prácticamente, lo que pasa es que yo venía de una familia muy... mi papá con unos valores... ¿verdad? Y entonces yo salía era con mi novio, pues, que estaba comprometida y entonces sí fuimos a un cinemóvil, uno que estaba en la Cota 905, que era el Cinemóvil Paraíso. Porque era Auto Teatro Paraíso y Cinemóvil La Paz, que estaba más o menos por donde está actualmente Galerías Paraíso, el centro comercial, un poco más arriba por ahí estaba, bajando la Cota 905 o subiendo. Ahí sí íbamos porque nos quedaba cerca, porque mi novio vivía en el Ruiz Pineda y yo vivía en Caricuao. En ese tiempo él tenía una camioneta, azul, ranchera, azul cielo, Chevrolet, bueno, y es que no iba a ir yo sola, iba con toodos mi hermanos y las hermanas de él. Íbamos como con dos hermanas de él y como con tres hermanos míos, ¡jejeje!, era así, así era la cuestión ¿tú ves? Entonces “¡ay vamos!” entonces él se llevaba dos de sus hermanas y yo llevaba dos de mis hermanos y como era una camioneta ranchera cabíamos todos ahí. Entonces, allí comíamos cotufas, comíamos

una cosa que siempre, que todavía lo hay pero... unos chocolates que se llaman Miramar, que son frutas envueltas en chocolate, me gustaban muchísimo.

Promocionaban el autocine muy poco, tal vez por radio, porque por televisión... muchas personas no tenían televisor en ese momento, ¿ves? Yo creo que la gente se pasaba el dato o la cuestión. Después sí, después de que me casé sí, yo me casé en el setenta y dos, entonces nos casamos y sí íbamos al autocine Los Chaguaramos, el autocine Los Chaguaramos, porque allí había una fuente de soda que se llamaba Cristal y entonces hacían unos sánduches, clubhouse ¿no?, con tomate y bastante cremita así, mayonesa y ¿qué más? ¡Ah! y había refresco, como yo no tomaba licor ni mi novio tampoco era así muy tomador, yo creo que no vendían licor, sí a lo mejor llevaban licor encapillado como le llaman, escondido, pero yo creo que no había expendio de licores, no había. Pero el que más le gustaba, que le gustaba a mi esposo era el de El Cafetal, porque ahí había restaurant a la carta; entonces abajo estaba el restaurant que uno podía comer en la barra y entonces uno podía comer comida, comida completa y ver la película. Entonces, eso le gustaba a él muchísimo, porque en el otro cine comía nada más que cotufa, pues, y chuchería, en vez uno allí llevaba a la familia. Recuerdo una vez, inolvidable fue, que llevamos a todos, mi esposo, yo y mis dos hijos Juan Alberto y Lubalis Prato, a ver la película King Kong, fue como inolvidable ¿no? Porque, claro, mis hijos estaban pequeños y entonces en aquella inmeeeensa pantalla, grandísima, era bien grande y el espacio del Cinemóvil El Cafetal, creo que se llamaba, o Cineauto, era una rampa grandísima, porque estaba el Centro Comercial El Cafetal, que era lo único que había por todo eso, no había más centro comercial, ni más negocios de nada, era lo único que había. Entonces, ahí la gente a veces podía pasar inclusive a comer; entonces, la gente podía pasar e ir a comer como un restaurant, pues, y unos iban a comer y se iban o se quedaban viendo la película; entonces “¿pa’ dónde va? –Pal restaurant a comer-” y entonces tenía acceso. Ese era el cineauto preferido, el más preferido porque había comida.

Ahora el que está allí en Santa Fe, que estaba, allí vendían pollo en brasa, había pollo en brasa ¿ves? Yo lo recuerdo porque como mi esposo era muy comelón, a él le gustaba ir más al cineauto porque él era pegado a un carro, todo era a un carro. En ese momento teníamos un LTD dorado, que se le subían los vidrios así, tú sabes, eléctricos, muy hermoso él, bello, precioso el LTD. Entonces, uno iba, se comía su pollo en brasa mientras veía la película. Me

recuerdo yo que una vez hubo como una oferta que pasaban *Cupido Motorizado* la película, la primera versión, fue en los años ochenta, creo, y entonces todo el que tenía un Volkswagen podía entrar a ver la película gratis, podía ver... pero me imagino que no todos los Volkswagens que llegaran, porque imagínate se llenaba el cineauto de Volkswagens ¿y la entrada?, no, yo creo que había como una especie de límite, los primeros veinte o no sé cuántos, a ver la película *Cupido Motorizado*, la primera versión; entonces tenían entrada gratis y entonces claro el que tenía por entrar gratis... y el que tenía Volkswagen se encompichaba para ver la película, porque si tenía el Volkswagen “¡ayyyyyy vamos a ver la película!” entonces se coleaba, se metía pues, ahí al cine por ver eso. Yo creo que la última película que vi así en el cine Cafetal, fue en El Cafetal, fue como en los años... en el años 2000, dos 2001, 2002, la película *Escorpión*, creo que fue la última, porque yo me recuerdo que ya mi hija estaba en amores con su actual esposo y entonces fuimos como la familia, con el novio, fue un amigo que se llamaba Fabio y entonces a mí no me gustaba salir mucho con ellos, porque tú sabes, de lamparita allí que llaman, pero se presentó la ocasión, y creo que esa fue la última vez que fui para el autocine.

El autocine no es igual, es otra magia, era otra cosa, porque yo me acuerdo que cuando uno iba al autocine te ponían el micrófono aquí y también se escuchaba, pero había cierta... Había un espacio con unos escalones de madera, de madera creo que eran, no eran de metal, me acuerdo que eran de madera con techo, ¿verdad?, para que las personas que no quisieran estar dentro del cine se pudieran sentar ahí, como una... en ese sitio techado. No era igual, era mejor, era mejor porque si de repente, a veces mi esposo se iba con mi hijo, terminaban de trabajar, por decirte algo, ellos trabajan por esa zona, por eso es que siempre íbamos más a El Cafetal, aunque yo ya vivía en El Valle, pero ellos, por ejemplo, terminaban de trabajar, mi esposo y mi hijo, entonces ellos por ir a comer, para relajarse, descansar, iban al Cineauto de El Cafetal y entonces comían, estaban cenando, veían la película, se relajaban de un día de trabajo y después se iban para la casa. Entonces después me llegaban con un pollo “mira lo que te trajimos” y a mí no me llevaban.

Me recuerdo una vez que fuimos, cuando anunciaron que venía el cometa Halley, nos fuimos todos para allá, porque como eso es arriba, alto, entonces ahí hacían el mercado de los corotos los sábados y los domingos; me recuerdo yo que fuimos toda la familia, inclusive los amigos

de mi hijo, uno se llamaba Majo. Nos fuimos a ver, porque allá como no había mucha construcción todavía, porque eso fue hace qué, como veinte años, no o más, como veinticinco años, que “va a pasar el cometa Halley, lleven sus telescopios para que lo vean”; entonces nos fuimos para allá, para el espacio que el cineauto prestó, el espacio para que la gente fuera a observar el cometa Halley que iba pasando y entonces eso se llenó de carros. Todo el mundo pasó allí la noche y que mirando y yo no sé si lo vi, si lo vi bien, todo el mundo viendo, no se vio bien pero pasamos la noche allí. Pero fue muy bonito, muy hermoso porque se veían todas las estrellas y por allí no había casi residencias, no había edificios, entonces no había luces y se podía ver, eso era grande.

Bueno y yo te digo sinceramente, yo soy cinéfila, siempre de pequeña en Los Teques íbamos al cine Guaicaipuro; en Los Teques había un cine que se llamaba Guaicaipuro y todavía creo que está el espacio y dice Cine Guaicaipuro, pero creo que allí está funcionando el cine pero creo que lo agarraron un grupo de... *Pare de sufrir*, una cosa de esas, creo que no está funcionando, pero entonces íbamos. Cuando estaba recién casada nos mudamos por aquí por donde está la esquina de Angelitos e íbamos al cine Royal, al cine Ritz, con la barrigota, yo ya estaba embarazada. El Royal quedaba frente a la plaza Los Capuchinos y el Ritz quedaba en la plaza... en la Av. San Martín cerca de unos chinos, eso sí.

Yo veía el autocine como romántico, como una magia, diferente, como otra cosa, era ir al cineauto en carro ¿no? Había como más intimidad; por ejemplo, las parejas y muchos cuentan muchas cosas que se hacían en los cineautos, porque uno estaba aquí y aquí está la otra pareja y hacían cosas y en las películas se ve. Pero sí había cierta magia, cierto romanticismo y entonces llegaban también porque había un servicio self-service que llegaba hasta tu carro y te hacía los pedidos, porque también había servicio al carro, te iba la muchacha. También había... ¡Ah! bueno también se estilaba las muchachas vendiendo cigarros, tú sabes vendiendo cigarros así por los puestos de los carros, se podía fumar ¿no? En ese momento, beber creo que no, claro me imagino que los otros llevarían su aguardiente, su ron, su anís, que se tomaba mucho, pero no era esa cosa masificada. Siempre el cine tiene como una magia: la pantalla, apagar las luces, entonces tú estás en oscuro, no es igual, no es igual; yo cuando empezó a decaer la cuestión del cine. Yo soy cinéfila desde pequeña, claro en Los Teques iba a ver Pedro Infante, qué sé yo... Libertad Lamarque, Sarita Montiel, todas esas cosas. Entonces

nosotros en Los Teques, en Los Teques, cuando estaba en la primera infancia, antes de entrar íbamos siempre los domingos al cine y eran todas las películas mexicanas, Jorge Negrete, Pedro Infante, Miguel Aceves Mejías, entonces todo eso. Después de que vivía ya en Caracas, allí en Caricuao, era muy difícil porque ahí no había cine, claro yo paso mi infancia en el colegio, pero entonces nos toca eso.

No sé... yo creo que me gusta más el cineauto que el cine, sí definitivamente la magia es más... más sublime y sobre todo para las parejas, porque si en el cine hay intimidad, imagínate en un cineauto o un auto teatro. Porque había autocine, auto teatro, cinemóvil, autocar, cinecar y creo que fui al Cineauto del Este, sí fui, ¿qué película fue? No sé, creo que no sé si vi ahí *Volver al futuro*, la película *Volver al futuro*. Yo creo que esos nombres que ponían para diferenciarse porque el único Auto Teatro era el del Paraíso, después el de El Cafetal, supuestamente eran dos, pero yo creo que era el mismo, era el mismo dividido en dos pantallas, entonces pasaban dos películas ¿ves?, que era el mismo, como que era la misma entrada el I y el II, como dos salas pero de cineauto, ese es cinemóvil y el otro autocar, cinecar. Bueno, el de allí de Santa Fe era por donde está actualmente lo que llaman el Hospital San Juan de Dios, uno agarra como para donde está el Hospital de Dios, actualmente, Santa Fe Norte, uno agarra como el Hospital San Juan de Dios por esa vía y entonces en vez de agarrar para el San Juan de Dios, uno seguía derecho; lo que más recuerdo es que allí había pollo en brasa ¡jejeje! porque ese era... como era así tan distante aunque mi esposo trabajara por esos lados y entonces a veces él me iba a buscar en el trabajo o me encontraba con él, entonces íbamos, porque era como más fácil, no había esas colas, claro a veces se hacían colas para entrar pero qué cola se iba a hacer si eso era un cupo limitado de carros. Siempre a veces se formaban zaperoquitos y esas cosas, pero no mucho, todo era más sano.

El autocine era muy bello, sinceramente era muy bello, porque, por ejemplo, uno iba y no era solamente... acuérdate que el cortejo es un ritual ¿no?, no era una cosa así... yo lo recuerdo muy hermoso porque entonces mi esposo era como muy caballero. Entonces, cuando estábamos de novios no era, no era... no, era vamos a comer un helado, primero comíamos helado; entonces después íbamos a comer y comíamos, era como más... digamos más... pareciera como un cortejo más sutil, más hermoso, más bello... se presta, a mí me encantaría que volviera. Claro ahora uno se mete en internet, compra el ticket por internet, aparta las

entradas, entonces es un estrés, dígame en el Sambil, casi nuuuunca hay entradas, mi hermana. Entonces, claro, ya uno si quiere ir, ya tiene que ir comprar los tickets por la cuestión, por internet, si quiere entrar a la hora, entonces si no hay, hay que dar cuatrocientas vueltas en el Sambil para poder entrar, entonces ahí lo que venden es pura cotufas y chucherías, no venden comida, pero claro... el cine siempre es maravilloso. Yo soy cinéfila, ahora voy con mi nieto.

Testimonio Ximena Hurtado (1955)

La infancia/adolescencia

Vivíamos por Los Caobos, en la Av. Libertador. Bueno... cómo la recuerdo: no había tanta población como ahorita, había una heladería llamada Castellino cerca de Plaza Venezuela, donde se iba en las tardes con mi madre. Qué más veía... se hablaba de las discotecas, pero yo no tenía acceso, de hecho no, cuando me gradué de bachiller, yo me gradué de 17 años de bachiller, fuimos a una discoteca llamada Eva a hacer lo que era el fin, el acto de fin de curso. Bueno, creo, que fue la única vez que fui a una discoteca; pero era algo muy sano, yo no puedo decirte que vi drogas, ni vi nada, lo normal del whiskey, de lo que era el alcohol, pero normal dentro de lo racional. Éramos gente menor, todo el mundo de la misma edad más o menos, no había ese auge de nada como las drogas, como puedas ver ahorita; lo más grave es que alguien pasara de tragos, que alguna muchacha “quedara” entre comillas, que significa quedar embarazada fuera de matrimonio, que alguna compañera quedó, entonces, tú la veías desaparecer del salón, de todas partes y después alguien decía “es que tú sabes... ella quedó, ella tuvo un bebé”, así, ¡shh! ¡shh!, como, como, cómo te digo, como lo más grave. Sí sabíamos que existía gente, los varones, sobre todo, que fumaban marihuana, era lo más grave que te puedo decir que yo recuerde de mi tiempo de bachillerato. Cuando estudié en el Núñez Ponte, que era un liceo público, el J.M. Núñez Ponte, había unos cuantos muchachos como una especie de... en esa época le llamaban patotas, lo que sería una pandilla, que fumaban marihuana y tomaban alcohol, tomaban ron a los alrededores del liceo, que había una que otra licorería, una especie de abasto donde este señor les vendía a los muchachos licor, pero tampoco era algo que llegara... o sea, nunca hubo un acto de violencia, nunca hubo un acto de violencia y eso es lo que puedo recordar.

Yo de niña leía mucho, lo que pasa es que socialmente yo no soy una persona, digamos, este, típicamente integrada. O sea, no tenía los grupitos, ni acceso mucho a lo que era la vida social de las demás niñas. Yo estaba en mi casa con mi madre que era educadora y escritora, entonces yo lo que hacía era leer muchísimo. Veía televisión, ya a esa edad teníamos televisión, mi madre en contra de su voluntad me la compró, ella no quería; claro leí menos cuando comencé a tener televisión obvio, pero siempre me gustó mucho leer y estaba en la

casa viendo la tele cuando mucho, y sí leía el periódico, ya tenía cierto hábito, que ella me inculcó, de leer el periódico.

Con mi madre íbamos, a ver qué edad tenía yo, 8, 9 no, bueno no sé, íbamos a Sabana Grande, paseábamos mucho por Sabana Grande. Es lo que yo recuerdo, porque, bueno, Sabana Grande era lo que caminábamos. Íbamos... sí sabes dónde me llevaban desde pequeña, al Museo de Bellas Artes y al de Ciencias Naturales, no pelábamos un domingo; había un heladero de helados Efe en lo que ustedes llaman ahora la plaza de los Museos, se llamaba Plaza Morelos, ahí estaba Bellas Artes y el de Ciencias Naturales y un heladero de Efe, la marchantica le decíamos en esa época. Entonces, claro, a veces iba mi padre porque mi mamá había hecho algo muy importante como llamarlo mil veces pa' que fuera con ella, entonces íbamos, pero normalmente íbamos las dos. Veíamos todo el museo, yo me aburría, pero iba, porque no había de otra, creo que algo le queda a uno de eso aunque... es un ambiente ¿ves?, un ambiente diferente. Es lo que más recuerdo y como te comento, pasear por Sabana Grande, pero creo que allí ya tenía más edad, creo que ya allí era como a los once años.

Yo brinqué de colegio en colegio, de liceo en liceo, porque cuando yo cumplí cuatro años estábamos llegando a Barcelo de España, ese mismo día, estuvimos viajando entre España y Venezuela tres veces ¿no? Como hasta mis siete u ocho años, tal vez más, fueron tres. No tengo un recuerdo muy sólido de un solo sitio, recuerdo, tal vez más recuerdo a España, más recuerdo Madrid, los reyes magos allá, los diciembres en Madrid, Galerías Preciados, El Corte Inglés, porque mi madre comentaba y las amigas ¿no? Y la Zacha, la criada, que siempre tuvimos una criada, porque allá era diferente, nos favorecía el cambio y llegamos como si tuviéramos una posición económica mucho más holgada de la que en realidad aquí podíamos tener y entonces siempre había una criada y no estaba yo tan sola.

Yo no tuve escolaridad en España, eso sí, solamente íbamos y yo todavía no tenía escolaridad, no iba al colegio pero... yo recuerdo, mucho más, incluso, un invierno porque cuando llegamos, una de las veces, no recuerdo si fue la primera, nevó en Madrid y bueno el gran, ¿sabes?, el gran acontecimiento, la nieve. Mi mamá feliz yo recuerdo, no sé si recuerdo o me han contado tanto que salió al balcón “¡ayy nieve!” y se resbaló y cayó sentá y no le pasó, por supuesto, nada más que el ataque de risa de que “me caí” y tal, pero sí. Para uno era una

experiencia muy bonita lo de la nieve y yo recuerdo, mira, los momentos más bonitos allá. Vivimos en García Morato, vivimos en Serrás 43, son las direcciones en Madrid donde vivimos. Nuria, mi primera amiguita, la recuerdo, y a sus amigos. A la mamá de Nuria yo la recuerdo en una mesa así, era bailarina de flamenco, se montaba a practicar y yo la veía con las castañuelas y me encantaba, me encantaba. Todo lo que hicimos fue eso, viajar por España, viajar incluso a Francia, viajamos a Italia, eso que llamaban tour, en turismo, en un autobús grande que para la época le decíamos autocar, no sé si se llama autocar todavía. Eso es lo que más recuerdo, es lo que más llena mi mente ¿sabes? Incluso creo que es voluntario no recordar mucho de Venezuela sino la época feliz, donde yo siempre recuerdo haber sido feliz fue en España, tanto en Vigo como en cualquier parte de España que yo recuerde haber visitado.

Con respecto al espacio y Caracas

Poco veníamos al centro pero... no había esas colas, yo no recuerdo que hubiera las trancas y las colas. Las calles estaban más limpias, eran grandes, podías ver árboles, podías ver a los dos lados de la calle. Yo recuerdo que había luz y no había nadie durmiendo en las calles, no había personas en situación de calle, no había buhoneros que yo recuerde, tal vez los había pero no por donde yo, digamos, transitaba. Porque, claro, andábamos, primero vivimos en Sebucán, que es hacia allá, pero no es el Sebucán de ahora, era mucha más, no rural, pero menos elitesco como puede ser ahora y luego vivimos, como te comento, en lo que era la Av. Libertador, en la parte de la Plaza Venezuela, luego subimos a vivir en la Av. La Salle, esa era mi zona. Y no, yo no veía, no había esas grandes colas, tampoco había ese gran... sí había inseguridad, había lo de siempre, qué te digo, no tanto como uno ve hampa por todos lados, el tema de los motorizados, qué es eso, no... un motorizado era un señor que andaba con un casco haciendo su trabajo, no, no un... ahora tú te aterras cuando oyes la moto y ¡ishhhh! no, no, no había tanto temor. De verdad, en general no teníamos miedo, teníamos, oía yo decir “no porque en la época de antes la gente dormía con la puerta abierta” pero yo creo que uno siempre oye de los mayores eso, que la época de antes siempre era la mejor, entonces los de ahora, este, pensamos que la época de cuando estábamos chamos era “qué divino” porque de verdad veías las, yo recuerdo la Av. Libertador y la veías completa por los dos lados, bonita, todo lo veías limpio, no sé, no había tanta gente; yo creo que ahora hay mucha gente, hay mucho carro, y tú te metes en una cola y aquello es la corneta, la cuestión, hay mucha gente.

El automóvil

Nunca tuvimos carro. Yo recuerdo que vivíamos en un sitio bastante humilde en Sebucán, en una calle, en lo que llamaban un callejón. Era una calle de gente bastante pobre, porque era lo que mi mamá pudo comprar la casa ¿no? Había dos o tres familias con carro y eran “los que tenían carro” entre comillas, un camastrón viejo o lo que fuera, pero tenían carro. Lo que tomábamos como colectivos no eran estas camionetas, sino carritos por puesto, que era un Sedán, un carro, y te sentabas atrás y adelante dos personas, claro ibas así como pegado de las personas, pero había educación “buenas tardes, ¿puedo pasar?”. Carrito por puesto, no era camioneta, las camionetas vinieron después, no sé en qué momento empezaron a llegar, de verdad. El carro daba estatus. Nosotros en esa calle éramos como veinte familias, bueno que yo recuerde, tal vez eran menos, porque vivíamos hacia arriba, entonces hasta abajo ya ni no nos atrevíamos a bajar, porque ahí sí se decía que había lo que llamaban y que malandros, unos varones grandotes así que tomaban y ese era el gran horror que hacían. Tomaban, trancaban la calle en Semana Santa para echar cocos y jugar dominó de noche, y mi mamá como tenía que trabajar se molestaba mucho, mucho; el ruido no la dejaba dormir. Pero lo más grave que tú veías que hacía un hombre era tomá y pegarle a la mujer, ahí tú no oías que si violó, que si asesinó, que si degolló y todos los horrores que oyes ahora. Lo más grave que yo recuerde era eso “a no, que fulano le pega a fulanita” y eso sí, que no le tocaran a su marido porque dicen “ese es mi marido”, entonces más bien si se metía alguien “usted no se meta que ese es mi marido, si quiere me mata”, da igual y de alguna forma esos seres vivían normal, entre comillas, pero vivían tranquilos, porque no llegaban a más.

El autocine

Una vez fuimos al autocine, yo no me recuerdo mucho, yo debo haber estado bien pequeña. Era en La Carlota, eso sí me acuerdo, había ahí un aeropuerto pequeño que ahora es lo que es, pero en esos tiempos había unas avionetas, creo que era privado y había un autocine en La Carlota. No me recuerdo qué nos llevaron a ver, pero fue un evento familiar con mi mamá, una amiga, qué sé yo. Recuerdo que había esa cuestión para escucharlo al lado, la bandeja en la ventanilla del automóvil con las cotufas y esas cosas, pero es todo lo que recuerdo. Íbamos a conocerlo, era como ir a conocer algo nuevo y distinto, porque lo normal era que fuéramos al

cine de a pie, dado que incluso nosotros no teníamos carro. Entonces, íbamos siempre al cine Canaima, que era algo que lo encontrarás así en los papeles de la historia, llegó el cinerama a Caracas y nos llevaron al Canaima a ver el cinerama y no sé qué. Pero sí, sí hubo cierta conmoción en la casa porque era el autocine, era la primera vez que íbamos a ver el cine dentro del carro, esa era la experiencia.

Normalmente al cine ibas el domingo, ya ibas con tu ropa de domingo. La ropa de domingo era especial, era distinta, era un poco más elegante, no la usabas en la semana. Creo que el evento del autocine también respondió a los mismos parámetros porque también era un evento de fin de semana, creo que de domingo, no te puedo jurar si no fue sábado o el domingo, pero en todo caso era un evento de fin de semana y ahí sí la ropa era diferente, el arreglo y qué sé yo. Te arreglabas con más esmero, como si ibas a un teatro, como si en esos tiempos ibas a la ópera o que una opereta, o qué sé yo, tenías que llevar una ropa correcta, una ropa distinta, con cierta elegancia, con cierta exigencia, si era el hombre tenía que llevar corbata, saco, ahora no.

Lo que yo recuerdo que hacían después en el autocine cuando a mí ya no, jamás ni en sueños me hubiesen dejado ir, era que iban y no veían la película... de parejas, iban parejas en los carros... ya más o menos quedó implícito, ¿verdad?

Existía el cine Lido, en Sabana Grande existía el cine Broadway que era un cine, estaba el Canaima que era por los Palos Grandes cerca del Coney Island, eso es la avenida ¿qué?, donde está el Parque del Este, en la Rómulo, existía el Coney Island, el Teatro Canaima ¡emmm!... ya te digo, porque al centro no veníamos, yo sé que existían cines en el centro, veníamos entre semana era a hacer diligencias.

El autocine fue eso, la novedad y más nada, porque no, no recuerdo yo que hayamos insistido, ni que hayamos buscado, o sea que mi mamá haya dicho “¡Ay! vamos a volver, qué emoción vamos a fulanita”, no, o sea, tenía bastante amistades con carro y eso, pero no, no repetimos la experiencia, me imagino que no le llamó la atención.

Testimonio Raquel Molina (1954)

Infancia y adolescencia

Yo viví como desde los dos años hasta los ocho cumplidos, los siete, no estoy muy segura, en la Av. Sucre y después a esa edad a los ocho y algo nos mudamos para El Cafetal. Mientras viví en la Av. Sucre no era así como que, a ver... como que muy divertido a no ser que saliéramos con mi mamá que era con quien salíamos, pues. No salíamos con más nadie sino con ella y cuando salíamos con ella, salíamos eran los fines de semana, o sea, que entre semana, de lunes a viernes era el colegio y estar encerradas en el apartamento y los fines de semana, pues, mamá nos llevaba a la peluquería porque... o sea, nos quedábamos con ella ahí y después entonces íbamos a comer o nos llevaba al cine, o nos llevaba al parque Coney Island que a mí me encantaba, que era como una especie de Bimbolandia. También había otro parque que me encantaba pero a ese nos llevaba muchíiiiisimo menos, debe ser porque era caro, porque nos llevaba muy pocas veces, pero quedaba más cerca de donde vivíamos, que era El Tolón y ahí sí era como muy restringido que ella nos llevara, de hecho al Coney Island nos llevaba muy pocas veces y a mí me encantaba, pero no, no nos llevaba.

Y, bueno, la infancia transcurría así y de vez en cuando nos llevaba para el Parque del Este, o sea, una cosa así muy rara y una vez que nos llevó al Parque Los Chorros, no sé... no sé si eso sería cuando estábamos en la Av. Sucre o en El Cafetal. Cuando nos mudamos a El Cafetal, como la casa tenía terreno, salíamos menos todavía, o sea, era algo así como que “bueno tienen un terrenito atrás entonces ya no tengo que llevarlas al parque ni nada de eso” pero sí íbamos al cine o a mamá le gustaba mucho las... cómo es que se llama... la zarzuelas, las operetas y mamá nos llevaba mucho a las zarzuelas también. Entonces íbamos al Teatro Municipal o al Teatro Nacional que era donde pasaban las operetas y las zarzuelas e íbamos a ver eso que, bueno, eso era una pasión de mi mamá, entonces básicamente uno iba a lo que mamá le gustaba hacer.

Pues, de la infancia percibía un entorno un poco restringido, puesto que estábamos como muy encerradas y más allá era donde mamá nos llevaba, del resto, pues, uno no podía... Ahora cuando entramos a la adolescencia ya es otra cosa, a pesar de que estábamos con mamá, pero era como que estábamos o yo estaba más alerta del entorno ¿no? Este, y bueno, realmente que

nos pasábamos el tiempo con los amigos que nos visitaban a la casa y también, pues, la cuestión de la visita. El tema de la visita era un tema que estaba presente desde la infancia hasta la adolescencia, sólo que, claro, cuando uno entra a la adolescencia, como a eso del tercer año, del segundo año incluso, comienzan las fiestas y ahí comienza mi obsesión y mi fiebre por la fiesta. Yo hacía cualquier cosa, o sea, sacar lo mejor que yo podía en las notas y ese tipo de cosas para que mamá nos dejara ir a las fiestas, que claro siempre eran los cumpleaños de alguna compañera, pues, y esas eran a las fiestas a las que nosotros íbamos. Recuerdo que una vez en una verbena, porque también íbamos a las verbenas, todo este tema era ya dentro de la adolescencia y el colegio donde nosotras estudiábamos, que era un colegio de monjas, que fue el colegio donde estudiamos realmente el bachillerato. El colegio inventaba muchas reuniones, que si verbenas, que si convivencias, que si palestras y a mí me encantaba estar metida en todo eso porque además lo hacían conjuntamente con el colegios de curas, entonces era el momento, bueno, divertido pues.

Para mí realmente lo mejor fue la adolescencia, que es donde más se hacían cosas. Además en ese mismo colegio la Madre Encarnación, que era como una madre de muy avanzada, inventaba también el cine-fórum, pasaban unas películas. Eso era los viernes y había un cine-fórum después de la película. Entonces eran muchas actividades que por lo general se generaban a raíz del propio colegio y entonces, claro, también digamos que era un círculo que se movía colegio-hogar, tú sabes, amigos-colegio-hogar. Sin embargo, tú sabes, también uno podía vivir un poco lo que era Caracas en la medida en que tú veías o salías a casa de las amiguitas, que nos llevaban porque íbamos a estudiar alguna materia y por lo general todos vivían que si en la zona del colegio que era Los Dos Caminos, Santa Eduvigis, Los Palos grandes; pocos vivían en El Cafetal, o ninguno, mejor dicho, ninguno vivía en la zona de El Cafetal que era la más alejada.

El espacio y la ciudad

Nosotras tuvimos en un tiempo transporte, que nos llevaba al colegio y para mí era eterno, realmente era eterno, yo no sé si es porque tenían que buscar a los demás compañeros; pero sin embargo, aunque después nos iba a buscar mi mamá, realmente era lejos, realmente era lejos. O sea, pensar de ir de El Cafetal al colegio donde estudiábamos, que era en Los Dos Caminos,

se sentía como bastante lejos, no sé si es que no había un acceso directo, la cosa es que era un camino largo, pues. Entonces todas las distancias se hacían en aquel entonces como en trayectos largos. Yo me acuerdo cuando nos recién mudamos a El Cafetal, aquello era literalmente monte y culebra, solamente había las pocas casas que había construido en aquel entonces lo que se llamaba El Banco Obrero, que en esa casa es donde justamente he vivido prácticamente toda mi vida desde los ocho años. En ese momento los amigos nos visitaban en la mañana y se iban en la tarde de cinco a seis, porque eran como “vamos a pasarnos el día allá” porque era bien lejos, pues, con decirte que había un punto que era un redoma gigantesca, que hoy en día es Plaza Las Américas, entonces era una redoma gigantesca en donde volaban avioncitos y eso sí, todos los domingos aquel fastidio, aquel ruido y que ¡ñiiuuuuuum ummm ummm! que era del motor de los avioncitos que volaban en esa época. Venía gente de lejos a volar ahí en esa redoma de tierra, porque era tierra, eso era pura tierra, a volar los avioncitos por control remoto, o sea, eso era como un acontecimiento que la gente venía a ver volar los avioncitos de los otros y los que tenían los aviones a volarlos.

Pequeñas íbamos, como te decía, al Parque del Este, hacíamos las visitas a los amigos. Eso era lo más frecuente, visitar a los amigos, eso era como que lo más frecuente. Mamá tenía a unos amigos en el 23 de Enero y los visitábamos; y tenía unos amigos en Sabana Grande y los visitábamos; y unas amigas en Las Palmas y las visitábamos. Por lo general, eran sábados, si no iba a la peluquería o domingos. Eventualmente íbamos al cine que a mí me encantaba ir a las salas de cine. Luego, luego no... también cuando éramos bastante pequeñas, ella nos llevaba al autocine, pero llegó un momento, o sea, cuando estábamos chiquitas, yo creo que como unos siete años o seis años, algo así, que nos llevaba esporádicamente al cine y yo me quedaba dormida, o sea, yo me quedaba dormida en el autocine porque es que yo me sentaba en el asiento de atrás y los carros eran demasiado grandes y a mí no me llegaba, o sea, yo no veía bien la pantalla y me quedaba dormida; yo llegué a pensar que es que nos llevaba a ver si es que yo por fin me dormía, ¿no? Pero después, cuando era más grande, nos llevó con mucha más frecuencia al autocine, más que a los cines de sala.

En el caso de la familia mía, yo recuerdo cuando estaba en la Av. Sucre de Los Dos Caminos que teníamos carro, un carro que usaba mi mamá y mi tío. Mi papá aparte también tenía un carro que era de él, pues, que tenía un chofer que se lo manejaba y cuando él venía los

domingos, venía con su carro, pues. Y ese carro que tenía mi mamá era un carro gigantesco. Así, pues, lo que yo me recuerdo es que yo me trasladé siempre, siempre en carro, hasta que yo salí de bachillerato que fue cuando yo comencé a usar los medios de transporte y ahí sí te puedo decir, el poco tiempo que los usé, los medios de transporte, porque yo me trasladé en cola todo el tiempo. El transporte urbano, o sea, los usé muy poco, los transportes urbanos, bueno porque después me parecía que para llegar más rápido mejor me iba en cola. Pero así fue que conocí y mira las distancias eran... pues, yo sentía que eran eternas, que yo nunca iba a llegar si tenía que ir a la universidad. Nunca me olvidaré cuando hice los exámenes de admisión para la Católica, fue horrible porque además el único autobús que había era uno que era la circunvalación, pasaba por la Cota 905 y aquello era interminable, o sea, eran como dos horas y media para llegar a la Universidad Católica. Eso te da una idea de cómo se percibía la distancia, tú tenías que calcular una hora en traslado, pues, sencillamente por las paradas, por la ruta del carrito. Pero antes, pues, no, antes siempre nos trasladábamos en el carro de mi mamá. Nunca hubo culto hacia el carro, el carro era un instrumento para trasladarnos y ya, en el caso de mi mamá, pues, y después yo heredé eso también.

En la infancia, eran los espacios de ocio que ya te nombré y en la adolescencia, pues. Mira, lo más divertido eran las fiestas y, como te había comentado, las fiestas se generaban por el mismo círculo del colegio. En el colegio, tenía, las amiguitas que cumplían años, sobre todo en esa época donde se cumplían los quince años que es en noveno, entonces fue una época de fiesta. Después de los quince venía la costumbre de hacer fiestas y después eran por los dieciséis, así que... El colegio generó muchas actividades también, actividades que tenían que ver con el cine-fórum, que tenían que ver con convivencias, retiros espirituales, convivencias con el colegio de al frente que era el Colegio Claret, de padres claretianos, que era de varones; las palestras, las excursiones. Entonces, bueno, esas actividades giraron en torno a eso.

Pero también, luego, en cuarto año, cuando uno tiene como esa posibilidad de ir a estudiar con una amiga, no es que uno iba solo a estudiar. Mi madre nos dejaba en el sitio donde íbamos a estudiar. Yo tenía una amiga que ella vivía en Altamira, ella tenía bastante... ella gozaba de mayor libertad, entonces con ella yo salía a otros lados. Entonces íbamos a su casa y después bajábamos que si al León o íbamos a Canaima, que antes había un centro comercial que se llamaba Canaima y había un cine que se llamaba también Canaima y allí había también

un bowling que se llamaba Pin Cinco. Entonces era el bowling, era el cine y luego había también después una discoteca que se llamaba Walter Point y como que empezaba a funcionar desde las cinco en adelante. Entonces, cuando ya estábamos como cerca de quinto año, entonces le decíamos a mamá que íbamos a estudiar, como hasta las diez, diez y pico y entonces íbamos allá como de cinco hasta las ocho y media, por ahí, nueve, y rapidito pa' la casa de ella, para que cuando llegara ya estábamos ahí, ya habíamos estudiado, ¡Jejeje!

En la adolescencia, tiempo familiar no pasábamos casi, realmente en la infancia y los domingos. Bueno, los domingos era el detalle en mi casa que el domingo, por lo menos alrededor de las once hasta las tres, uno tenía que estar en la casa, o sea todos, mi hermana, qué se yo, mi primo, porque iba a estar mi papá y era la comida con toda la familia; eso sí, pues, hasta que tuve treinta y pico de años, pues, era sagrado, la comida del domingo familiar.

El autocine

La primera vez que fui al autocine no la recuerdo, no me acuerdo bien cuándo fue la primera vez, pero recuerdo... yo te voy a decir como aspectos anecdóticos, por ejemplo, mi mamá cuando decía "bueno vamos al cine", pero claro estaba la señora que nos cuidaba, estaba ella y nosotras dos, entonces ¿qué hacía ella?, nos vestía ya con la pijama, cuando éramos más pequeñas, nos vestía con la pijama y me imagino que si estaba un poco corta de dinero nos decía "escóndanse en la parte de atrás" en el piso, bien apretadas hacia el piso, nos ponía así como una cobija encima e íbamos al autocine, pues, y después ella nos decía "yo les aviso cuando salgan, ustedes se quedan quietecitas allí"; entonces, bueno, entrábamos al autocine y nos decía "bueno ya se pueden salir". Bueno, entonces, nos sentábamos en los asientos y veíamos el cine. Yo me acuerdo que fuimos mucho al autocine, la verdad es que bastante porque a mi mamá... yo pienso que a mi mamá le encantaba, saqué la conclusión de que a ella le encantaba, a mí no me encantaba porque para mí era terriblemente incómodo, primero porque tenía que pararme, me apoyaba en los asientos, yo fastidiaba porque les hablaba muy cerca y estaba pegada del asiento, decía que no le dejaba escuchar la película, me volvía a sentar atrás, entonces no veía sino la nuca de mi mamá o de la señora que nos cuidaba, o sea, era muy fastidioso para mí ir al autocine realmente, ¿no? Pero cuando la película era así como

muy buena como las de Cantinflas, entonces me quedaba como parada, trataba de estar callada para no fastidiar a mi mamá y bueno, ahí era cuando me gustaba realmente ir al autocine.

Ahí vimos muuuuchas películas de Cantinflas, muuuchas películas de Walt Disney y, por supuesto, era obligatorio también ir al autocine en Semana Santa a ver películas que tenían que ver con Jesucristo y todo eso. En la adolescencia fuimos mucho menos que en la infancia, porque claro ya ahí no era vamos al autocine y ya eso es lo que hay, sino que “bueno quieren ver tal película”; y bueno, realmente fue poco lo que fuimos al autocine con mi mamá. Sin embargo, yo me acuerdo que recién graduadas de bachillerato, que ya podíamos salir y un poco solas con un grupo ¿no?, la amiga mía, mi primo, mi hermana, unos amigos, todos en cambote, ahí cuando estábamos pelando, increíblemente pelando, esperábamos los días que se podía ir a un precio en el carro y bueno, nos metíamos todos y, bueno, como dicen, de mediecito en mediecito, juntábamos la entrada y podíamos ir al cine, pero era cuando realmente estábamos pelando porque si no íbamos a una sala de cine, pues. Esa promoción era como precio de carro, decía “precio por carro tanto”, entonces tú veías aquello que era un vacilón porque todos los carros, por supuesto, era precio por carro, y tú veías que cada carro, bueno, pues, ¡jejeje! le salía la gente por la ventana de la cantidad de gente que metían en los carros y entonces, claro, también era un problema, ¿por qué? Porque después entonces no había dónde sentarse, los autocines tenían un sitio que ellos tenían de asiento para la gente que, bueno, que no quería estar en el carro, entonces eran biiiiien incómodos, por cierto, eran de madera, pues y entonces ahí ya tampoco tenías dónde sentarte porque, imagínate tú, si en un carro íbamos doce personas y cada carro metía más o menos lo mismo, te imaginarás que había gente de repente sentadas delante del carro en el piso a ver la película. Uno del grupo era el que tenía carro y allí nos metíamos todos, pues. Nosotros veíamos en la cartelera o que alguien decía hoy es precio por carro tanto y están pasando tal cosa, entonces ¿no?, en ese momento, es que uno iba al cine, siendo jóvenes ¿no?

A mí me parecía que era muy fácil acceder al autocine, como desde pequeña estaba yendo al autocine, me parecía. Es más, también me di cuenta, como mi mamá pasó por todos los autocines, me di cuenta que había autocines más cómodos que otros, había autocines que eran como en subida, tenían como unas subidas grandes, un espacio, otra subida grande, entonces eso no permitía que ningún carro fastidiara, ¿sabes? Y la visibilidad era bastante buena, mejor

que en otros autocines. También la comida influía, porque ¡ah! la comida te la traían al carro y prendían las luces, bueno había uno que otro que tocaba corneta que no era permitido, pero como buen venezolano, pues, sino le paraban rápido tocaba la corneta y entonces venía el mesonero ¿no?, pero había sitios donde realmente era malo lo que vendían.

El nombre del autocine que más me gustaba no lo recuerdo, pero yo sé que no quedaba muy cerca de la casa, no sé si era por Santa Fe o algo así, yo creo que era por Santa Fe. Me gustaba la disposición de cómo estaban los carros, o sea, cualquiera podía ver, aun cuando estuviera en la parte de atrás, porque yo siempre pensé que el que se sentaba atrás era el que estaba más incómodo, no sé, esa fue siempre mi idea. Aunque después cuando yo manejé, porque yo dejé de ir mucho tiempo al autocine, pero cuando después yo fui madre, yo también llevé a mi hija al autocine, sobre todo cuando estaba pelando también, o sea, yo siempre asocio autocine-pelazón; entonces ¡jejeje! en ese momento yo era chofer y también me parecía incómodo estar con el volante allí adelante, no sé yo creo que no era como muy cómodo, a lo mejor el copiloto sí disfrutaba más del autocine.

Imagínate tú que si íbamos al cine de sala, aquello sí era vamos a ver qué nos ponemos y bueno, pues, aquello era arreglarse, era acicalarse de verdad, pero si íbamos al autocine, no. Yo creo que por eso es que mamá nos llevaba a cada rato, porque no había que vestirse ni nada, todo lo contrario, ella nos ponía las pijamas y ya estaba listo. Bueno, para ella era como algo de resolver rápido algo, “les pongo las pijamas y de aquí las acuesto en la cama” y no había que vestirse de ninguna manera, todo lo contrario, era muy cómodo. Ir al autocine implicaba absoluta comodidad. Pero en la adolescencia no pasaba lo mismo, en mi adolescencia, pues, mira te ibas con los amigos y por más que sea cuando te vas con los amigos te arreglas un poco, ¿no? Y bueno, también recuerdo haber ido una que otra vez con algún amigo, pero era un poco incómodo, ¿sabes? cuando ibas sola con un amigo... porque si te llevaba para un autocine era porque te quería meté mano, entonces ¿qué decidió uno?, uno decidía no ir al autocine, pues, así de sencillo, al no ser si a uno le gustaba que le metieran mano ¡jajajaja!

Mira en el autocine veíamos lo que en ese momento estuviera en cartelera, que fuera... que nos llamara la atención, pero no recuerdo. A lo mejor veíamos alguna película cómica, pero no

recuerdo ahorita alguna película que hayamos visto en grupo que, o sea, que la idea era ir a ver esa película. Mira, tú quieres que te diga... yo creo que cuando íbamos en grupo al autocine, era con la idea de echar broma chica, o sea en verdad, más que de ver la película. Yo no conocí un autocine donde pudiéramos bailar, la verdad, sino nada más que era comer algo ahí, que si estábamos y que pelando lo comprábamos antes, porque en el autocine a veces era muy costoso, entonces comprábamos antes algo en un kiosco, una cosa así para llevarlo al autocine. Yo no recuerdo que hubiera otra cosa así de atracción, o sea, que yo hubiese conocido ¿no? En los autocines podías comer hamburguesas, arepas, sándwichs, parrillas, ese tipo de comidas, clubhouses.

Yo conocí el autocine Los Chaguaramos, el autocine de Prados del Este, el autocine de Santa Fe, el autocine Cinecar, ¡ay díooos! ¿Dónde quedaba el Cinecar, el de El Cafetal?, ¡ummmm! esos son los que recuerdo. Yo te voy a decir que uno se movía muy hacia el sitio donde uno vivía, qué quiere decir esto, que si vivíamos hacia el lado este, entonces nos movíamos mucho hacia el lado este. Tengo entendido que había un cine en El Paraíso, yo no me acuerdo de haber ido al autocine del Paraíso y había un autocine también en... dónde es que quedaba, más lejos, pero no me acuerdo dónde es que quedaba y había, bueno, el de Los Chaguaramos que era como mucho más lejos del sitio donde nosotros vivíamos. Luego, claro, estaban los cines que eran relativamente más cerca, que estaba el de Prados del Este y el de Santa Fe, que esos eran más cerca y luego, claro, El Cafetal y el Cinecar, chica, que no recuerdo dónde quedaba.

El autocine en la infancia y en la adolescencia son dos cosas distintas, porque se tienen distintas percepciones, diferentes. Cuando se es niño tú percibes de una manera lo que te rodea y cuando eres adolescente es otra cosa; primero porque cuando era niña del carro no salíamos, para nada y quizás eso era lo que me parecía a mí más terrible; estaba ahí metida, encerrada y no era posible salir hasta que llegáramos a la casa, pues. En cambio, en la adolescencia era todo lo contrario, o sea, no sólo llegabas y estabas en el carro, sino podías salir, de hecho hasta salíamos y echábamos broma ¡jejeje! Llegábamos al punto hasta de echar broma a ver quiénes estaban haciendo cosas en los carros y les tocábamos las ventanas y ese tipo de cosas ¡jejeje! O sea, era un vacilón, pues, era otra cosa totalmente diferente; en la adolescencia era como más divertido, como tú ves, íbamos a todo menos a ver películas.

Si yo tuviera que escoger entre otra actividad y el autocine, yo escogería otra actividad realmente, porque el autocine, pues... al no ser que uno estuviera con los amigos y que estuviera echando broma, era como la última alternativa que tenías y que asistías porque estabas realmente pelando, pues ¿me explico? Y porque no había otra cosa que hacer y reuniendo entre todos daba justo para entrar al autocine. Eso en la adolescencia y en la infancia porque nos llevaban sencillamente, ¿no? Pero cuando yo tuve carro, para que tengas una idea que eso fue cumpliendo los diecinueve años, yo no volví al autocine, yo no volví al autocine, o sea, yo me olvidé del autocine hasta que fui madre prácticamente, porque había otras alternativas mejor que el autocine, ¿me explico?

Bueno, en la adolescencia el autocine era la alternativa de “estamos pelando, somos varios, vamos” ¿sabes?, entonces claro, claro, si había dinero para pagar cada uno el cine, nos íbamos a una sala de cine, que para mí y no sé si también del resto que nos acompañaba, era mejor que ir al autocine, primero porque estás sentado muy cómodo, o sea, unos asientos cómodos, oyes muy bien; ¡ahhh! esa era otra cosa, el aparatico se ponía en el lado del que manejaba, entonces claro, de repente si tú estás sentado diagonal al asiento de atrás no escuchabas bien, entonces si le ponías más volumen entonces el que está de piloto, entonces, se sentía que estaba atormentándole el sonido porque lo tenía allí en la pata de la oreja, ¿sabes? Entonces son elementos que parecen tontos, pero quizás para una persona necia como yo, no era tan tonto. En cambio, en una sala de cine tú veías muy bien la pantalla, escuchabas muy bien y estabas sentado muy cómodo, ¿no? Y tenías, incluso, la oportunidad de voltear y comentar, una persona como yo que “¡Ah! mira tal cosa” en cambio, no sé. En el carro era algo como que cada quien en su lado y no sé, es como que... que cada quien muy metido en su cuestión y no muy cómodo, pues.

Entonces la alternativa era esa, pues, en última instancia bueno, vamos al autocine. Además había películas que sólo las estaban pasando en determinados cines, yo recuerdo, estábamos jóvenes, la verdad no me acuerdo si en la adolescencia, cuando hicieron un cine en Caurimare. Un cine muy cómodo, grandísimo, pero cónchale no pasaban buenas películas, ¿sabes? Y uno siempre decía “cónchale por qué no pasarán tal y tal película aquí y que lo tenemos tan cerca y no tenemos que ir tan lejos”. Siempre teníamos que ir a Chacaíto, al cine de Chacaíto o teníamos que ir al cine de Broadway, ahí cerca en Sabana Grande, esas salas ¿no?, o las salas

de cine de Canaima, o la sala de cine de Altamira y lo que era cerca. Ese que hicieron ahí, pues, a veces uno iba por ir al cine, pero no porque estuvieran dando una película que uno quisiera ver, porque las películas así como que aquellas tremendas películas las daban en esos cines y a veces, entonces, las daban también en los autocines. Pero fíjate tú que los autocines no tenían como que la primicia de las tremendas películas, sino ya cuando estaban... bueno a veces esperábamos eso también “bueno vamos a esperar que pase la fiebre y la pasen en un autocine y sea el día que podamos entrar por precio por carro”, ¿no? Ese tipo de cosas.

Testimonio Irma Rangel (1951)

Los padres

Mis padres, mi papá era de Los Andes y mi mamá de Los Teques, pero la mayor parte de sus años fueron ya criados en Caracas; yo también criada en Caracas toda la vida. De... qué recuerdo de la niñez, digamos que hasta los 10 años, Caracas era una ciudad muy tranquila, no vemos el tráfico que vemos hoy en día y las diligencias eran como más fáciles de hacer, eran más fáciles, a pesar de que no estaba todo tan, este, computarizado como está ahora y todo; sin embargo, no sé por qué era más fácil, era menos volumen de personas. A mis padres siempre les gustó más la capital, quizá por las oportunidades que ofrecía. Mi papá era militar y mi mamá fue ama de casa.

Moverse en la ciudad

Bueno, había transporte público, autobuses, había un autobús que le llamaban circunvalación y daba un gran recorrido por Caracas, este... en ese entonces se pagaba que si una locha o algo así por el recorrido y este... camionetas así no existían, siempre era un carro de cinco puestos que lo llamaban carrito por puesto y los carros libres, particulares así más carro particular de la familia. Mi familia tenía carro particular. Bueno el carro era de utilidad porque yo sé que llevaba a mi papá al trabajo cuando él estaba activo y los fines de semana salíamos en familia a visitar familiares. Se acostumbraba mucho los domingos visitar a dos o tres personas de la familia, también los sábados a hacer mercado, era una rutina y se iba con el carro. Ir a la playa se hacía pero no con tanta frecuencia, podía ser una Semana Santa en casa de un familiar que tuviese una casa en x sitio, en x playa, ese tipo de viajes siempre lo hicimos en carro particular de la familia y no recuerdo que fuera taaan largo, no.

En ocasiones se organizaba un domingo subir al Ávila y subíamos como treinta o cuarenta personas de la familia y cada quien llevaba de comer un plato y allá se compartía, sí. Aparte de eso bueno, más que todo eso, pasar un rato en la casa de un tío, de una tía, eso se acostumbraba mucho. A mí me gustaba jugar pelota, montar bicicleta, patinar y había espacio, siempre donde viví había espacio (Altamira) y lo podía realizar bien.

La ciudad ha crecido de una manera muy desorganizada y por eso es el caos que tenemos últimamente. La población ha aumentado excesivamente y no hay vías nuevas, son las mismas vías, por eso es que cada vez el tránsito es más insoportable.

El autocine

La primera vez que fui al autocine, recuerdo que yo tenía como ocho años, la primera vez que fui a un autocine que estaba en El Paraíso, cerca de La India del Paraíso. Fui con mi hermano, su novia, mi hermano mayor, su novia este... Tenía gran expectativa, recuerdo el nombre de la película... ¡ay!... era el lobo... el lobo, sí, sí, era una película muy bonita, este, y sí me gustó mucho; veía la pantalla inmensa, aquello era muy bonito, ver el cielo de fondo, ¡ujum!... estaba en la parte de atrás del carro, escuchaba bien, creo que había mucho movimiento con el audio, con lo que teníamos porque si como que se se... de pronto venía un sonido, un ruido, una cosa así, interferencias, sí y tenían que como acomodarlo. En el autocine había como un cafetín, se acercaban y ofrecían a los clientes comida, sánduches, por lo general, refresco, sánduches. En ese autocine no había para que los peatones se pudieran sentar, era de puros carros, pero sí recuerdo posteriormente ya otros autocines a los que fui; estaba el de Los Naranjos, en la subida de Los Naranjos y el otro era... creo que era por Los Ruices, algo así, ahí sí recuerdo que habían unos sitios donde, bueno, había personas, pero te estoy hablando de unos años después, había como más población y entonces sí había gente que se bajaba y veía como de unas gradas, se sentaban ahí y también había servicio del cafetín hasta el automóvil.

Recuerdo haber ido otras veces, ya años posteriores después de los doce, catorce, ya iba entonces con amiguitas; me acuerdo que había una vecina que los domingos acostumbraba a, este, ir al cine y cenábamos después de ver una película, ahora recuerdo que es un autocine que estaba en Las Mercedes, creo que donde estaba El Tolón. Más tarde, posteriormente, con amigos también, más grande llegué a ir con amigos. Uno podía ir en ropa informal al autocine, en esa época se acostumbraba si uno salía a arreglarse bastante, ahora no, ahora la gente es más informal, pues, entonces si uno iba al autocine tenía esa comodidad de no pensar mucho en cómo ibas a vestirte. En ocasiones prefería el cine normal y en otras ocasiones prefería el autocine, justamente por esa informalidad. El autocine tenía una desventaja, si llovía, te podía interrumpir, si era muy fuerte la lluvia, oye, te interrumpía mucho la película para poder verla,

sé que a veces había problemas con el sonido. De la sala normal... a veces la aglomeración de gente, por lo menos, por lo menos los días domingos había que pensarlo, y todavía actualmente pensarlo, para ir por las colas, las inmensas colas, la verdad resultaba fastidioso. En el autocine si lograbas tu entrada, ya tranquilo. Para el autocine se pagaba en la entrada, se pagaba y listo subías, y siempre como en el cine normal se trataba de encontrar un buen puesto, una buena ubicación, ahí, pero bueno. La mayoría de la gente no se bajaba del carro, eran realmente muy poquitos los que se bajaban, era privado, luego salías y ya; que es verdad, el cine normal tenía esa particularidad que podías compartir más.

En el autocine había las tres censuras, A, B y C y, creo, que lo que más pasaban era... cónchale yo creo que B y C, se iban más por ahí.

Bueno, a mí me gustaba particularmente el autocine cuando estaba pequeña, me divertía, pues, este... cómo te digo, a veces iba acompañada de amiguitas, hasta podía echar más broma que en un cine, ¿ves? Y me parecía práctico, muchas veces me parecía práctico.

Testimonio Edgar Laya (1957)

Padres

Mi papá es de San Vicente, El Jaguar, estado Apure y mi mamá es de Cocorote, San Felipe, estado Yaracuy. Yo soy nacido y criado aquí en Caracas; mi papá llega a Caracas a través del servicio militar, llega a Caracas en el año... 50-51, llega a donde llamaban Conejo Blanco y prestó su servicio militar ahí en el Servicio de Caballería. Después se quedó aquí en Caracas y, bueno, conoció a mi mamá. Mi mamá vivió aquí en Caracas en La Planicie, en el 23 de Enero y bueno se conocieron y se casaron en el año 1955, se residenciaron en Caño Amarillo; yo nací y me crié, nací y me crié en Caño Amarillo, por eso es que conozco mucho el centro de Caracas, bueno, lo conozco por toda la broma que eché en mi infancia ¡jejeje! Este... bueno y de ahí se quedaron residenciados aquí en Caracas, pues. En Caño Amarillo viví hasta los 27 años.

Trasladarse en Caracas

Nosotros vivíamos prácticamente en el centro de Caracas, pues, para nosotros movilizarnos no teníamos problemas porque para dónde íbamos, nos íbamos a mover, uno se agarraba un autobús, un carrito por puesto; existían los carritos por puesto a 0,25-0,50... 0,50 y los autobuses pagábamos 0,25; yo me recuerdo mucho, porque lo hacíamos mucho. Nosotros los fines de semana nos íbamos a la Plaza Paguita, nosotros vivíamos detrás de la iglesia de Paguita, todavía mi mamá tiene su casa ahí, en Caño Amarillo. Nos íbamos a la Plaza Paguita, agarrábamos el autobús de la circunvalación que íbamos al Estadio Universitario, a ver siempre, todos los fines de semana, íbamos a ver béisbol y entonces para eso era una de las partes para movilizarnos.

Yo estudiaba en el San Rafael de Paguita, que queda allí mismo al lado de la iglesia; estudiábamos, no salíamos de allí de la zona del centro y para todas partes que queríamos movilizarnos nos movíamos tranquilamente. Es más, yo llegué a conocer el metro, ¿el metro?, el tren de La Encantada, yo me llegué a montar en el Tren de La Encantada, que salía desde Caño Amarillo e iba para Los Teques, tengo muchos, o sea me recuerdo mucho porque cuando el tren pasaba por, a la altura de... lo que llaman ahorita el Guarataro, el Guarataro y no me

acuerdo cómo es que se llama el otro... ¿Los Eucaliptos? Los Eucaliptos, creo que es, le zumbaban piedras al tren cuando pasaba por ahí. Yo me llegué a montar, claro, se echaba como cuatro horas, era un paseo ¡jejejeje! e iba tres o cuatro horas, se echaba, y era un paseo que uno se iba hasta La Encantada, llegábamos hasta Los Teques, o sea, cosas, vivencias. Yo conocí la Aduana Postal que estaba en Caño Amarillo, el correo, lo que es Ipostel ahora, estaba en Caño Amarillo, pero era el correo que se llamaba Correo de Venezuela, tenían... era la Aduana, la aduana aérea, creo, que es que es la que viene, que es el correo y el correo postal estaban ahí en Caño Amarillo, que todavía creo que sigue una parte de la aduana en Caño Amarillo.

Yo tengo un lugar que conocí mucho que era Miraflores, nosotros entrábamos a Miraflores porque mi abuela trabajaba en Miraflores, entonces nosotros íbamos mucho de niños ¿no?, íbamos mucho a Miraflores. Ya después que uno es adolescente ya pa' entrar era otra, era más restringida la broma y nos conocíamos, conocíamos todo lo que era esa parte. Yo conocí mucho esa parte de Caño Amarillo, la parte esa. Estaba el Fermín Toro e íbamos siempre a las canchas, había unas canchas de basquetbol, siempre íbamos a hacer deporte allí en esas canchas, el... lo que es ahora el regimiento de la guardia de honor, que es el campo ese, el campo de béisbol, también practicábamos béisbol ahí. Yo estudiaba en Caño Amarillo, en la Escuela Municipal Bolívar, ahí mismo en Caño Amarillo y aparte de eso, claro, que eran las zonas que más frecuentábamos. Íbamos con frecuencia al Sierra Maestra a los campos de béisbol, porque nosotros practicábamos mucho, practicábamos deportes, pues, mis hermanos y yo; es más yo jugaba quécher y es más, tengo una operación en la rodilla a raíz de esas lesiones, de tanto movimiento me operaron una rodilla y era a raíz del desgaste de la rodilla y, bueno. Normalmente salíamos porque era la zona, siempre si íbamos al estadio, si íbamos al este, íbamos al Parque del Este, esos eran los sitios en esa época que había, no había como ahora esos grandes centros comerciales. Anteriormente los centros comerciales eran centros comerciales pequeños, ahora bueno, ya es otra era. También íbamos a los parques, había un parque que estaba en... San Martín, donde es la estación La Paz, parque de atracciones mecánicas, y había uno en El Conde; en Parque Central también íbamos, íbamos con mucha, con frecuencia a visitar esos, a esos... nos llevaban a esos parques, pues. Cuando lo llevaban a uno, qué bueno uno estaba ya más grande, ya era al Ávila y subíamos al Ávila con mucha

frecuencia, íbamos mucho al Ávila, existían el... lo que era Los Venados, que todavía existe, pero no como era antes, Los Venados antes era un sitio para acampar, tenía una cantidad de cosas que uno iba y pasaba uno el día jugando, Los Chorros, el Parque Los Chorros.

El automóvil

Mi papá tenía carro y no le gustaba manejar, tenía una camioneta pero nunca la manejaba, y es más tiene carro todavía y no lo maneja, no le gusta. El vehículo hacía falta por, porque éramos una familia grande, éramos seis hermanos. Nosotros somos seis hermanos, mi mamá y mi papá son ocho y normalmente el carro siempre lo manejaba, se lo manejaba un hermano de mi papá, un hermano de mi mamá o un sobrino, siempre alguien de la familia, pues, entonces porque era una necesidad. Cuando mi papá “oye vendí el carro” cuando vendió el primer carro “¡uuy! y ahora papá cómo hacemos” pa’ ir pa’ la playa que eso era uno de los viajes más largos que uno hacía que era bajar a La Guaira; eso era, ¡nooo! eso era un maratón para uno.

Mira, este, yo tengo también cuando... recuerdo mucho cuando estaban haciendo el... Las Trincheras de Puerto Cabello, para bajar de Valencia a Puerto Cabello, oye pasar por ahí, aquello en carro, aquello era terriible porque tenías que esperar porque estaban trabajando, las demoliciones, toda esas cosas que... porque nosotros íbamos para el interior, siendo mi papá y mi mamá del interior, las vacaciones de nosotros nos íbamos era al campo. Por ejemplo, me fascinaba irme al estado Apure, porque nosotros nos íbamos de cacería, a pescar, íbamos a los ríos; bueno, aquello era para uno ¡nooo! “vacaciones, cuándo me voy, vámonos” hasta que, bueno por fin, nos íbamos.

Pero era así, pues, y el carro totalmente una necesidad para la familia movilizarse, no era un lujo en ese tiempo y tener un carro para mi papá eso era ¡nooo!, costosísimo. Cuando viajábamos, siempre que íbamos, cuando viajábamos, era a visitar a la familia, reunión de familiares y compartíamos parrilladas. Al Junquito, pa’l Junquito íbamos con mucha frecuencia, porque mi tío tenía una casa en El Junquito; entonces nosotros íbamos con mucha frecuencia, subíamos al Junquito a compartir en familia, se hacían reuniones, todo siempre, pero siempre compartíamos mucho en familia. Es más, mi familia es muy unida, yo tengo... nosotros somos, ahorita estamos todos regados, ahorita tenemos dos hermanos aquí en Caracas, uno que está en Guanare, uno en Barquisimeto y dos en Yaracuy; entonces cuando

nos reunimos, bueno, nos vamos y nos ponemos, es más, nos ponemos a hablar, coye, cuando estábamos muchachos, las travesuras, las cosas que, bueno... Cuando nos íbamos al Llano durábamos hasta un mes en El Llano, porque eran las vacaciones, eran un mes por ahí.

El autocine

Mira, yo de muchacho, muchacho adolescente, sí fui al autocine, 14-15 años íbamos al autocine. Estaba... mira había un autocine aquí en, no me recuerdo muy bien los nombres, aquí en la Cota Mil había un autocine cuando uno salía en... en la salida de ¿Sebucán? Sebucán, Sebucán... yo creo que sí, creo que era en la salida de Sebucán que había un autocine, estaban los que llamaban los Cinemóviles del Cafetal, estaban en El Cafetal arriba. Conocí también el que estaba en la Cota 905, entrando, pasando La India, en toda la entrada había... había también un autocine, había autocines en la parte de... había otros, ¿Prados del Este? No... Prados del Este eran los del Cafetal, en Los Naranjos, en la subida de Los Naranjos, que estaban que eran los del Cafetal, que eran los que estaban arriba, los que estaban aquí en Santa Fe Norte, no me acuerdo, no me acuerdo cómo era el nombre; pero en Santa Fe Norte también había unos que uno pasaba por donde está ahora un Automercado Tía, creo, que es... Mi Casa, sé que por la Aguerreverre pa'riba, ahí también íbamos al autocine, no habían urbanizado toda esa zona, tendría yo ¿qué? 13-14 años más o menos por ahí.

La primera vez que fuimos al autocine nos metimos en la maleta, porque íbamos muchos ¡jejejeje! Íbamos como ocho en el carro, en el carro de un amigo... de un tío, de un tío; entonces nos llevó "no, son muchos, no pueden pasar todos", entonces, claro, después salimos y después, bueno... entonces nos pusimos a inventá ¿no?, metiéndonos en la maleta ¡jejejeje!, o sea bromas, pero yo ya tenía como 15 años más o menos, 14 años, 16 años, cuando esas travesuras. Para ir al autocine nos íbamos porque uno llegaba al autocine, a los cines y comprabas ya igual que como en un cine, tenías las ventas de dulces y broma, entonces ya no...

A mí el autocine no me gustaba mucho, porque no es igual que en el cine, porque tú en el cine, oye, está la gente ¿ves?, en cambio, en el autocine es como si estuvieras en una cola, sentado ahí, lo mismo, o sea, no sé, pues, no me agrada mucho. Dígame ahora que uno maneja que lo agarra, que se la pasa metido en esas colas, menos quiere uno estar metido en un carro. Pero sí,

de verdad los autocines funcionaron, en el tiempo que yo estuve, funcionaban, fallaban mucho los sonidos ¿ves?, que es algo que, que no debería y tenían los servicios, servicio de ir al carro que te llevaban lo que tú pedías, pasaban y vendían, te vendían el refresco, la... o sea las cosas, la hamburguesa, el hotdog ¡jajajajaja!, sí, o sea, esas cosas, que uno se, que uno acostumbraba, pues, a comer en los cines.

Íbamos mucho a ver películas de niños y pasaban aquellas películas de Hércules, Sansón, aquellas películas que pasaban en Semana Santa, que, coye, eran espectaculares; en los años de... en lo que eran los meses de enero las películas de navidad que pasaban que eran unas colas, bueno... interminables. Yo conocí mucho cines de los que, que iba con mucha frecuencia y había un teatro, el Teatro Venezuela, ese que inauguraron, que recientemente inauguraron nuevamente aquí en la Av. Sucre; nosotros nos íbamos a pie desde Caño Amarillo y eso era por toda esa avenida caminando los muchachos, nos íbamos un grupo, seis, siete muchachos, nos íbamos para el cine, porque normalmente nos íbamos a los cines del centro de Caracas, como nos movíamos en todo el centro, salíamos de Caño Amarillo, llegábamos de Caño Amarillo a la esquina de Solís y de la esquina de Solís ya de allí pa' teníamos cine lo que uno quería, cuando uno quería.

En el autocine siempre las funciones eran de noche, yo nunca llegué a ir a un autocine de día, porque no, no se veían bien las películas. Ahí ya sí eran películas, ya más de otro género, no eran ya infantiles, porque ya era otro género porque uno ya ¿qué?, yo tenía ya, ya 15-16 años, ya eran otro tipo de películas que... acción, me recuerdo mucho cuando uno iba a ver las películas de Kung fu, que ¡jejeje!, sí. Cuando íbamos al cine íbamos a compartir; muchachos, en el autocine casi siempre también íbamos un grupo de amigos “mira vámonos pa'l autocine” y nos íbamos cuatro, cinco, nos íbamos pa'l autocine. A veces íbamos hasta dos, tres carros y nos bajábamos en el autocine y nos sentábamos, porque tenían igual sus salas de estar como en un cine, pues, normal y nos sentábamos y uno se comía cualquier cosa. Pero siempre íbamos en grupo, yo nunca me recuerdo haber ido así al cine, así de una o dos personas, siempre íbamos un grupo. Ese autocine era, el de... sino no me falla la memoria era el de que estaba en la Cota Mil en Sebuacán, saliendo de Sebuacán. Había unos, creo que era ese mismo, que sí tenían sitio para la gente cenar y tenía la parte del cine, donde estaba la sala y había unos, había uno que tenía una sala de juegos, había uno que tenía una sala de juegos, no recuerdo

bien, tenía maquinitas cosas de... y era porque, claro, había gente que llevaba a los niños y entonces los niños se cansaban, se fastidiaban y se iban, no tan niños, muchachos ya... Entonces uno ya era otro, era otro tipo de diversión, porque uno, uno ya estaba más grande, uno no se iba pa' una discoteca entonces "¡ah! No, bueno, vámonos pa'l autocine" y nos íbamos pa'l autocine.

Eran comunes los autoservicios, te llevaban las hamburguesas, las tostadas, en ese tiempo no eran sino tostadas, las arepas, las hamburguesas, el perro caliente y, bueno... Era normal encontrarlos. Anteriormente había muchos restaurantes, por ejemplo en la zona de... de La Hoyada, de La Hoyada no, eso es Quebrada Honda, lo que es la parte atrás de donde está la Torre Viasa, por esa zona, por esa zona había mucho, mucho restaurantes que uno iba y te atendían en los mismos carros. La mayoría de los restaurantes, pues, tenían el estacionamiento en frente y uno se paraba y si tú querías te bajabas del restaurant y si no te atendían en el mismo vehículo y en los autocines también había ese servicio. El carro era importante también para uno salir a hacer vida social como ¡jajajaja! uno salía y tenía que usar necesariamente el carro porque uno iba y tenía que coye... que trasladarse como es hoy en día, si uno no tiene un carro, uno menos puede salir de noche, si uno tiene un carro oye... pero en un taxi, uno no sabe qué taxi vas a agarrar, si es que consigues porque tampoco los hay como como...

Testimonio Nelson Ochoa (1950)

La infancia

Yo realmente nací en Zaraza, estado Guárico y muy pequeño, de meses, me trajeron para acá para Caracas, tú sabes, la familia, por supuesto mejoras, mejores condiciones socio-económicas, ¿no? Este... nos ubicamos en la parroquia La Pastora y allí prácticamente transcurrió mi infancia y mi adolescencia. En ese mismo sector estudié primaria, en la escuela Enrique Chaumer, de allá del sector. Bueno, la infancia mía transcurrió, no digamos que un poco traumática, porque no fue traumática, fue una época en que prácticamente yo estaba pequeño, en la época de Pérez Jiménez y yo recuerdo perfectamente que estaba ya cayendo la dictadura, ¿no? Y este... hubo, cómo se llama, un traspaso, vamos a decir, a la democracia de Rómulo Betancourt. En esa época, fue una época bastante dura que yo viví, porque yo viví en un sector que prácticamente era un sector, que cómo se llama, que había muchas protestas desde el punto de vista político, ¿entiendes? Bastante, bastante protestas políticas y de muchos acontecimientos, un poco... ¡jeje!... en el sentido político un poco traumáticos, vi enfrentamientos, inclusive, de guerrilleros y digamos el gobierno.

Tiempo de ocio

Este... en esa misma época, fíjate, en la zona donde yo vivía, te voy a hablar un poquito ya del cine, que eran los cines en realidad en esa época, no estaban concentrados en los barrios, había muy pocos cines en los barrios; en La Pastora había un cine que se llamaba el cine Plaza, estaba en todo el frente de La Pastora, en todo el frente de la plaza de La Pastora y había un cine también en Lídice, que se llamaba Cine Lídice. En Catia había un cine, hablándote de las parroquias, ¿no? En Catia había un cine que se llamaba Cine Catia, que actualmente hay un... hacen teatro, ¿no? Lo redimensionaron y están haciendo teatro allí. Pero digamos que en esa época que el cine estaba un poco incipiente aquí y prácticamente no se desarrollaban películas aquí en el país, no hubo apoyo, pues, por la parte privada, ni por la parte gubernamental. Más bien, yo creo, que el cien por ciento de las películas, en esa época, era importado y qué era lo que se veía en esa época de mi infancia, se veía más que todo cine mexicano, ¿ves? Cine mexicano y, claro, por supuesto, que cine norteamericano que siempre nos penetró.

Generalmente uno veía por la edad y por la propaganda que tenía, porque vamos a decirlo así; películas vaqueras y películas mexicanas. De esas yo me acuerdo de Luis Aguilar, Tony Aguilar y esas cosas, este... Películas, cómo se llama, que tenían cierto grado de violencia, me refiero a las mexicanas, pero que a la vez eran películas un poco así como picarescas, chistosas, tenían su sazón de chiste y toda esa cosa. Y bueno también en esa época, yo creo, que pasaban películas inclusive de Cantinflas, Tin Tan y, bueno. Eso en cuanto a la diversión que había en esa época para uno, yo me acuerdo que el cine como que costaba un medio, una locha, no recuerdo exactamente, imagínate pues. Pero en algunos barrios sí había cine, ¿ves? Ya más o menos en la época de los sesenta para allá, digamos, empezó la concentración de los cines más que todo en la parte de... hacia la parte del este de la ciudad, por supuesto, ¿no? Por la cuestión de los ingresos, eso era obvio, que fueran trasladando los cines más hacia partes más... a lo mejor un poco más seguras y con más capacidad de recursos por la gente que podía asistir allí a los cines, pues, sobre todo en el este.

En cuanto a lo que yo hacía en esa época, bueno, fíjate que yo inclusive llegué a vender, me ayudaba vendiendo, hasta yo me acuerdo que en una época, muchacho, yo muy muchacho, vendía, inclusive, arepas en esa época, tendría yo como doce años más o menos. Porque era una época... era bastante compleja desde el punto de vista económico porque venía de una transición de un gobierno este... del gobierno de Pérez Jiménez a una época que fue bastante un poco compleja. Desde el punto de vista político, muy dura, porque en esos años inclusive hay una división, divisiones políticas de Acción Democrática donde surge el MIR y ya estaba el Partido Comunista en escena y ellos se unen e inclusive se van pa' las guerrillas a hacerle frente al gobierno que en esa época, yo me acuerdo, era el gobierno de Rómulo Betancourt.

Este, pero, sin embargo, fue una época desde el punto de vista, digamos, de la música, de la moda, del ambiente; fue bastante, si se quiere, bastante simpática, aunque te voy a decir, claro, había lo que se llama el efecto demostración de la cultura, que todo nos llegaba de afuera, todos los enlatados y a través de las mismas películas y todo eso, ¿no? Tú sabes que hay una cosa que si es cierta, la cultura tiene una... la cultura en parte de nosotros no fue una cultura, digamos, propia... sino una cultura que nosotros nos apropiamos desde afuera o sea que nos venían en enlatados, sobre todo en las películas, tú sabes que las películas tienen mucha carga ideológica, cultural e ideológica, y un país dominante en esa época como lo era los Estados

Unidos, lo que nos mandaba pa'ca era puros enlatados de contenido ideológico y con violencia, inclusive; era un patrón de esa época y no es de esa época nada más porque todavía lo sigue siendo, ahorita las películas, te digo, que parecen una fábrica más bien de chorizos que son enlatados pero eso, bueno... eso es así.

Te hablaba de la época de los años sesenta, hay mucha camaradería entre la juventud y había, claro, debido a la seguridad, bueno no es que había mucha seguridad, pero había un poco más de menos incidencia de, la inseguridad tenía menos incidencia que ahora. Claro, había menos... cómo te digo, menos población en un sentido, en otro sentido uno tenía, claro, tenía acceso a la escuela también. Pero siempre se fueron gestando grupos, tú sabes, grupos que estaban al margen de la violencia, digamos, pero nunca en los barrios se veían esos enfrentamientos tan bárbaros que se ven ahora, o sea, que la droga prácticamente no estaba tan penetrada como está ahora, había poco penetración, ahora hay mucha, mucha penetración de la droga, bueno, debido a varios factores, sociales sobre todo.

Este... bueno, después yo en esa época, a los doce años, empecé a estudiar en un colegio de curas, estudié en dos colegios de curas, estudié en San Francisco Javier, que es un colegio de curas y después estudié en otro colegio de curas que se llamaba Monseñor Arias. Pero, inclusive, en esa misma época, o mejor dicho, en la primaria yo era monaguillo, fui boy scout, fui monaguillo... tuve una formación, digamos, ciudadana un poco importante. Este y, bueno, estudié en dos colegios de curas y después de eso en el Fermín Toro, que es otro, que era otro ambiente en el sentido de que la... de... no de la educación en sí, porque las materias ya todas estaban formalizadas, era lo mismo, sino en el sentido del ambiente, cómo se llama, de los mismos compañeros, ¿entiendes?, o sea, había una cuestión un poco menos conservadora que en los colegios religiosos, la cuestión un poco más conservadora y más vigilante, si se quiere.

Bueno, en esos años, mi papá era una persona que fue músico, pero músico sobre todo en el estado Guárico, un músico, digamos, de pueblo, pero la proyección de él fue muy buena porque allá había pocos músicos y él formaba parte de un grupo musical el cual se desplazaba por todo el territorio y por toda la región y a los estados aledaños. En parte, él me enseñó algo de eso y en realidad, en mi etapa ya de pubertad, empecé ya con el cuatro, empecé a tocar cuatro, este, luego, la bandolina, después la guitarra y ya un poco más de adulto, el arpa y

también aprendí un poco de piano, ¿ves? O sea, esa fue, más que todo, mi juventud y, el deporte, que me gustaba mucho el deporte; sobre todo en los liceos donde estudié siempre hacía deporte, era una materia obligatoria pero también optativa, tú podías seguir y bueno me gustó bastante el voleibol y me dediqué más que todo al voleibol y al béisbol. La verdad, la juventud mía fue bastante sana, eran unos valores que desde pequeño me atrajeron bastante, aparte de los valores culturales, sobre todo de la música. Este y, bueno, eso en parte y ahorita todavía forma parte de mi vida, por supuesto porque todavía toco algo. En los años sesenta, inclusive, ya estando así en el Fermín Toro, formamos un grupo de, estaba muy de moda Los Beatles, formamos un grupo de música moderna y tocábamos en varias partes por ahí, no desde el punto de vista comercial, sino desde el punto de vista de un amigo, alguno del grupo tenía un cumpleaños en su casa, tenía una fiesta, una celebración e íbamos y tocábamos y pasábamos el tiempo, y así fue transcurriendo el tiempo hasta que después entré a la universidad, empecé a estudiar en la universidad, economía.

La ciudad

La ciudad no era tan traumática como es hoy en día a pesar de que tenemos el metro, pero claro por el volumen de gente. En aquella época, me imagino, que existían seis millones de habitantes, más o menos lo que yo me... entre seis y diez millones de habitantes en la etapa de primaria a la etapa de secundarias, pues, más o menos, así por ahí, entre seis; y en ese lapso de tiempo, un lapso de tiempo que... qué te diría yo, entre diez y doce años, entre los años sesenta y los años setenta y pico, pues, ya en el setenta y pico ya tendría como unos catorce millones, no recuerdo la cifra pero por ahí andaba. Claro, el sector transporte tenía sus fallas, claro, todavía las tiene, pero había más capacidad de desplazamiento en el sentido que no, o sea, todo era más... había mucho menos tráfico y las cosas siempre te quedaban muy cerca. No había esa descentralización que todavía existe, había un poco más de centralización, desde el punto de vista de cómo se llama de las... de las instituciones del Estado. Fíjate, no sé... yo veía que sí había buen... uno llegaba, se montaba en el autobús, existía lo que se llamaba la Circunvalación, y tú te montabas por lo menos en la Av. Sucre y agarrabas hasta Petare y te metías por Santa Mónica y te metías por todos esos lados. Eso era una circunvalación bastante grande, por medio le dabas la vuelta a Caracas, sí en verdad.

Y bueno, como te digo, el traslado era fácil y rápido, claro siempre había sus colas porque había la limitación, como siempre ha existido, como te dije, del transporte. Existían en vez de los autobuses se llamaban carritos por puesto, de cinco puestos, ¿ves? Entonces tú hacías tu cola para agarrar un carro, pues, un carro por puesto que eran cinco puestos y, bueno, no era una cosa que era tan cómoda, pero tampoco era incómoda, la gente lo que le interesaba era en verdad desplazarse y llegar al sitio donde iba, pues. Pero en esos momentos, uno se desplaza para Sabana Grande y era rápido, se desplazaba para el centro, bueno, rapidísimo. Espacios culturales, ni siquiera existía el Teresa, el complejo del Teresa Carreño, no existía nada de eso, los espacios culturales aquí eran prácticamente, si se quiere, pocos. Un Ministerio de la Cultura tampoco existía, existía un instituto en los años setenta, por ahí, que eran INCIVA, creo que era el INCIVA, que era donde se canalizaba el programa cultural, pero no había esa facilidad de ahorita desde el punto de vista cultural, bueno desde el punto de vista de todo ahorita hay más facilidades, desde el punto de vista educativo, desde el punto de vista económico, desde el punto de vista cultural y hasta desde el punto de vista político, ahorita hay más, es más accesible todo.

En esa época no había ni siquiera, sobre todo, la cuestión, había cierta movilidad social, sí la había, de gente... bueno, mucha gente se vino del interior, el simple traspaso de gobierno, la simple transición del gobierno de la dictadura hacia la democracia hizo que mucha gente se viniera del interior, de las zonas rurales a las zonas urbanas y eso, claro, eso comenzó a crear un caos a nivel de los cinturones de miseria de Caracas y allí prácticamente fue donde empezó más la... cómo te digo, el problema social, sobre todo de acumulación, de muchos habitantes, sobre todo de las zonas de, no le quiero llamar así, pero tradicionalmente han sido, le han dicho, las zonas marginales. Eso empezó a crecer, empezó a crecer y comenzó el caos desde el punto de vista del espacio que es lo que nos interesa. A partir de allí todo fue una especie de paradoja, el petróleo, empezó a exportarse más petróleo, empezó la paradoja de país rico, país pobre, o sea fue una cuestión un poco que uno vivió en ese ambiente, vivió en ese dilema y en esa contradicción.

En cuanto al cine, aquí, ya en los años sesenta, cuando empezó la penetración de la televisión, ya el cine empezó a perder un poco de auge, ya la gente iba al cine, por supuesto, pero en menor medida, porque ya la gente tenía televisión en su casa, aunque en blanco y negro, ya la

tenía, entonces uno ya a través de eso, uno ya en familia veía la televisión y se quedaba un rato más en su casa, pues, había programas, ciertos programas que uno veía y los veía en familia y a cierta hora “son las siete de la noche, va a empezar el programa” y se reunía la familia, y eso era a nivel general, a nivel general de toda la sociedad. Y, bueno, hizo en parte también que se empezaran a desconcentrar los cines hacia... los que estaban en los barrios se comenzaron a desconcentrar hacia la parte más central o hacia el este de la ciudad, como te expliqué.

Yo me acuerdo, ya en los años setenta, bueno, el boom del cine aquí, después de todo ese cine mexicano, después del cine, de la penetración del cine norteamericano, ya en los años setenta y cinco, diría yo, ya en el cine nacional, empieza ya el boom del cine nacional, pero yo creo que ya en los años setenta empieza, pero claro no tan fuerte como en los años ochenta, ochenta y tres por ahí, ya en los años ochenta, ochenta y tres por ahí, ya cuando mandaba Luis Herrera Campins, existían aquí menos de cien salas de cine en toda la zona, en toda el área de Caracas menos, menos, pero claro tú te ponías a ver las estadísticas en esos tiempos del cine nacional, o sea, todavía de diez películas que habían, ocho eran extranjeras, cuáles eran: norteamericanas, cine italiano y cine mexicano, eso eran los tres, las tres, cómo te digo, digamos, los tres países de donde más se importaba películas.

Nosotros nunca exportamos, pero después, para ciertos festivales, qué sé yo. Cuando en el cine, en el año ochenta y tres, que se empiezan a ver aquellas películas sobre todo de Cabrujas, qué sé yo, y *Cuando quiero llorar no lloro*, un libro pero que lo hicieron película, qué sé yo; *Sagrado y obsceno*, *Compañero Augusto*; *La quema de Judas*; bueno, hubo un boom bastante bueno en esa época, en los años ochenta, del cine venezolano, porque en cierto sentido hubo una facilidad de financiamiento y se creó también una fundación para el cine que te daba financiamiento. Eso en el año ochenta y tres, de ahí pa' lante, pero después, fíjate tú, eso empieza a perder auge, porque recuerda que primero salió a la palestra, vamos a decirlo así, el VHS, después sale el... cómo se llama, el DVD y por más que sea ya tú tienes el cine en tu casa y eso empezó a acabar con todos los cines, a desplazarlos, lo que yo diría.

Hoy los cines no son buenos... no son buena inversión, pues, y se fueron desplazando también hacia los centros comerciales; tú conseguías por lo menos aquí cerca en la Plaza Bolívar por lo menos cuatro o cinco cines, tenías el Junín, tenías el... bueno el Junín no, el Junín está más

hacia abajo pero en el mismo entorno, en la misma área tenías el Junín, tenías el Rialto, tenías el Principal, tenías el Continental, tenías el Ayacucho, todos esos cinco cines aparte de otros que estaban por allí; pero, fíjate, ese era, claro, eso era en esa época, pero ya después el cine dejó, empezó a ser algo ya marginal desde el punto de vista de la inversión, para ese tipo de inversión y las películas venezolanas tuvieron, cómo te digo, un boom en esa época, porque también la ley pretendía que se metieran en cartelera el cincuenta por ciento de las películas venezolanas, pero cómo las ibas a meter si no había producción nacional, muy poco verdad.

La vida en familia

Desde el punto de vista familiar había más reunión, más unión de la familia. A pesar de que siempre la gente estaba trabajando, pues, pero había más convivencia familiar, porqué, bueno porque, bueno, no sé. Eso se traía de gente que venía del interior, porque tú sabes que la gente del interior es muy apegada en parte a su terruño y en parte a su familia y esos valores se trajeron para acá, para Caracas. En realidad nosotros éramos, fíjate, que nosotros nos reuníamos siempre los días festivos, siempre había reunión de la familia; yo me acuerdo que siempre por lo menos a fin de año, siempre, siempre, era una reunión de mi mamá, mi papá y todos los hermanos, aun estando casados se reunían en la casa, siempre, siempre. Claro, después eso se fue perdiendo un poco porque cada quien, digamos, se fue liberando desde el punto de vista del espacio, se fueron pa' otras... se fueron mudando, se fueron para otros sitios y entonces, claro, eso fue alejando un poco las reuniones que tradicionalmente se venían haciendo y eso fue como un patrón en todas partes, sobre todos en los barrios, eso es un patrón que la gente, yo me acuerdo, siempre iban se hacían reuniones e íbamos de casa en casa y estaba la familia completa, nuestra familia, no completa, pero sí gran parte de la familia; compartíamos todo, sobre todo las reuniones, las fiestas, pues, eso era muy familiar y muy entre, entre familias, cómo te digo, familias del mismo sector.

Era muy bonito, ¿ves? En ese sentido uno dice que recordar es vivir, bueno sí, en esa época, ¡caramba! Se vivió una época que uno disfrutó como joven, porque era... había más, cómo te digo, más unión, más acercamiento, inclusive entre los amigos. Ahora fíjate, ahora uno, los amigos, los que fueron amigos de uno en esa época, uno no se consigue, prácticamente se

llama por teléfono “hola, ¿cómo estás, cómo te va?” y tal, pero eso fue algo, qué te digo, fue maravilloso.

Cuando la familia salía, nos íbamos más que todo hacia la playa o íbamos hacia un río siempre, pero más que todo a esos sitios y, bueno, en ocasiones, por lo lejos, nos íbamos algunas veces de viaje para el estado Guárico, para Zaraza, que allá teníamos familia; entonces en épocas de vacaciones también algunos días, alguna semana, nos íbamos para allá. Cuando íbamos a esos paseos no era tan largo, porque para esa época ya existía la carretera vieja de La Guaira que era un trayecto más largo, un poco más complicado para llegar, pero ya existía la autopista y siempre íbamos por la autopista y era rápido, rápido. Claro, depende, claro, si ibas para ahí, para las playas que existían, que eran prácticamente pocas, Catia la mar, que era Macuto y en esa época los Caracas, bueno... sí existían, los Caracas era mucho más lejos, pero esas eran las playas que más que todo en esa época que uno frecuentaba y era rápido, era rápido y el volumen, me acuerdo, que el volumen de carros era poco, era poco. Era mucho más fácil, no había esas trancas increíbles que hay ahorita.

El automóvil

Mi hermano tenía un carro, en esa época él tenía veintialgo... porque ya trabajaba y me acuerdo que trabajó muchos años en un ministerio y luego lo jubilaron de ese ministerio y todo, trabajó toda su vida allí. Pero sí en esa época tenía veinticuatro o veinticinco años. Yo creo que con ese carro había una relación utilitaria y simbólica, las dos cosas creo, porque muchas veces el carro pasa a ser una necesidad ¿no? Claro, en aquella época, quizás, se veía el carro como un lujo porque mucha gente, quizás, no sé, no tenían los ingresos para comprar un carro, a pesar de que los carros, bueno, un carro en los años sesenta te costaba cuatro mil bolívares, cuatro mil bolívares, sí. Mi primer carro yo lo tuve en el sesenta y siete por ahí, un carro nuevo que costaba que sí... por lo menos un Volkswagen te costaba cuatro mil bolívares, cuatro mil bolívares te costaba un Volkswagen en esa época, fue el primer carro que yo tuve a los dieciocho años, ya yo estaba trabajando. Yo a los dieciocho años precisamente, yo empecé a trabajar por ahí por la Florida, en una notaría pública que había por ahí, allí empecé a trabajar. Pero, fíjate, a pesar de eso, también en los años setenta yo trabajé en la Renault, que

era automóvil de Francia, ya no existe en este país, ya se fueron hace tiempo, y ya el carro te costaba doce mil bolívares.

En esa época en verdad, los precios, o sea, había muy pero muy, no había inflación prácticamente, aquí de los años cincuenta hasta los años ochenta.... Setenta y dos no había inflación, después del primer gobierno de Carlos Andrés Pérez por el boom petrolero, la guerra de Yom Kippur, allá en medio oriente, hizo que, mejor dicho, el embargo petrolero que le hicieron los árabes a los Estados Unidos hizo que los precios del petróleo se multiplicaran por cuatro y por cinco y aquí entró una cantidad tan grande de dinero que, bueno... que allí empezó la inflación en este país. Empezó, claro, una inflación del dieciséis por ciento, yo me acuerdo fue la más alta en aquellos años, mucho menos de la que fue en los años ochenta y tres, el viernes negro, y de allí pa' lante vino una devaluación bastante grande con Herrera Campins que devaluó la moneda y, bueno, allí comenzó la inflación de verdad ya con... fuerte un poco fuerte.

Bueno, pues, fíjate, ahora el carro, siempre el carro fue de necesidad, utilitario y algo que también... pero en estos momentos, fíjate, en estos momentos ya a pesar de que siempre la gente vio el carro como algo, como una especie de un lujo, porque siempre lo vio así, muchas veces pasó a ser como una cuestión de primera necesidad por el mismo problema del transporte que siempre ha existido en este país y, claro. Hoy en día, el carro hay que hacerse una interrogante “¿el carro será de necesidad?” sí la es, pero lo que pasa es que ahorita es una cuestión esnobista sobre todo entre los jóvenes. Uno cuando está trabajando y es joven lo primero que uno quiere comprarse es un carro, así en tu casa hayan dos carros, tú quieres tener tu carro. Es como la gente que quiere tener en cada cuarto un televisor, para qué, antes las familia se reunía, como te decía, con un solo televisor en la sala y veían una misma película, ahora no, ahora cada quien tiene una computadora en el cuarto y tienen un televisor en el cuarto y eso pasa actualmente; lo mismo pasa con el carro.

Bueno, y ese es parte del caos que hay ahorita que, bueno, ahí sí ya el volumen de carros es bárbaro, pero claro gracias al petróleo, somos un país petrolero de los primeros en el mundo y la gasolina está subsidiada y es casi regalada, prácticamente. Bueno, sí, tuve mi primer carro prácticamente a los dieciocho años y yo lo utilizaba, claro uno siempre a esa edad, imagínate,

con un carro a los dieciocho años ya pa' su liceo, bueno yo ya estaba saliendo ya, porque yo trabajaba y estudiaba en la noche, yo estudié en el día pero después me puse a estudiar en la noche y trabajaba en el día y, bueno sí, yo me recuerdo de una juventud bastante chévere, como decía uno en la época.

El autocine

La primera vez que fui al autocine, o sea la fecha no me recuerdo exactamente, pero la primera vez que yo fui a un autocine no fue con el carro mío propio, sino yo me acuerdo que mi hermana tenía un novio y yo fui de acompañante ¡jejeje! Yo fui de acompañante y yo, esa fue la primera vez que yo fui a un autocine y yo fui con mi hermana, el novio de ella y yo. Mira, me acuerdo que... sí porque los autocines me acuerdo que en cierta época ya existían, no recuerdo exactamente, dieciséis o diecisiete años, algo así, no me acuerdo. Bueno, fíjate, el autocine era una cosa que a la vez para el que tenía carro, por supuesto, era más cómodo, porqué, porque tenía más privacidad; llegabas, te estacionabas e inclusive podías comer lo que tú querías dentro del carro, tenías esas ventajas, tenía sus ventajas y tenía sus desventajas, por supuesto. Aunque yo te digo, los autocines se prestaron para muchas cosas ¿no? Porque ¡jejeje! inclusive había parejas que iban para allá pero bueno, lo que menos hacían era ver la película, ¿entiendes? Sí, bueno, y había gente, inclusive muchachos, que se bajaban del carro en el autocine y era para ir a ver al otro carro qué sé yo ¡jajajaja!, las pasiones y tal.

Sí, sí, el autocine se prestaba en realidad para muchas cosas. El autocine de aquí, todos estaban más dirigidos hacia la parte del este; o sea, sí hubo autocines, me acuerdo que el paraíso en la Cota 905 había un autocine, allá también fui, uno que estaba en la Av. Andrés Bello, autocine Las Palmasm creo que se llamaba, era sí... era aceptable, por ahí por donde está el Parque Arístides Rojas, por ahí en frente, por ahí quedaba el autocine, en la Andrés Bello. Otro cine que quedaba al final de la... en la Rómulo Gallegos, en Los Dos Caminos, un autocine también muy grande allí en Los Dos Caminos. Había otro autocine, creo, que en Los Chaguaramos. Había varios autocines, ¿no? Y, bueno, eso igualito que los cines de plaza, así de... fueron perdiendo auge, precisamente por el boom de todos, del VHS, del DVD, del cine en la casa, pues, y no solamente eso sino, fíjate, aparte de eso, antes de que, de la desconcentración de los cines, la televisión, acuérdate que la televisión era prácticamente un

telecine, pasaba películas de cine, entonces le quitó mucho auge al cine en sí, a los largometrajes, pues, al cine, pero el cine también fue a la casa porque había televisoras que te pasaban telecine y era como un cine en la casa, igualito y después fue que empezó a salir el VHS, que le quitó a la televisión ya parte y después el DVD que acabó con todo, acabó con todo, pues, y eso pasó también con... fíjate que ya autocines no hay.

El autocine sí, sí tuvo todas sus ventajas por la comodidad, no te bajabas del carro, no tenías que estar agarrando un bus para ir al cine y después venirte otra vez en autobús o en carro, ibas en tu carro, agarrabas en la puerta de tu casa, te montabas y te ibas, pagabas en el cine y otra vez en la puerta de tu casa. Había una cuestión de comodidad bastante importante y más seguridad por su puesto, ¿entiendes? Tenías más seguridad en ese sentido porque estabas en una propiedad tuya y que, claro, a pesar de que en aquella época había menos inseguridad en ese sentido. Normalmente el autocine se promocionaba por prensa, normalmente en las carteleras estaban los autocines y te pasaban las mismas películas, películas en promoción, películas nuevas. Acuérdate que el autocine pertenecía a un mismo circuito; en proporción, lo que eran las salas de cine a lo que era el autocine era una diferencia bastante... sí.

El autocine lo mercadeaban como una cuestión de comodidad y una serie de cosas, muchas veces en cuanto a los precios era un poco... ¡eso era otra cosa! Mucha gente no iba al autocine ¿por qué? Porque muchos no tenía carro y no tenían los recursos, porque el autocine, en los cines por lo menos centrales, para la época de los años ochenta, una entrada te costaba cinco bolívares por lo menos por decirte en el cine Rialto, cine Plaza, el cine Junín, el cine Principal, que están aquí en el casco central o estaban, todavía quedan allí las fachadas; el Principal ya tú sabes que es una broma de teatro ahorita; bueno, mientras que en el este era el doble, diez bolívares la entrada. Entonces, fíjate la diferencia, por la cuestión del mayor poder adquisitivo y no, y que la mayor concentración de salas de cine estaba hacia el este, pero era por eso, pues, fíjate habiendo mayor población hacia el centro había menos salas de cine y menos concentración hacia el este, porqué, por el factor ingreso y el poder adquisitivo, digamos. Entonces, había muchos más, fíjate la cosa es invertida, mucha más población, menos salas de cine, menos población, más salas de cine, ¿ves? Y así con los ingresos, cinco bolívares y allá diez, aquí costaba cinco y allá diez.

Yo luego fui al autocine con mi novia, sí porque, claro, yo iba con la novia. A mí lo que más me atraía era lo que estaba en cartelera, si había una película que había ganado cuatro o cinco Oscars pues yo no la veía, pero quizá había otra que sí me gustaba. Yo no iba por el tipo de sala que era sino por la película. La emoción era hacia el tipo de película que estaban pasando, por lo menos a mí me gustaban mucho las películas musicales, me gustaban... yo me acuerdo que yo fui a ver, fíjate tú, yo me acuerdo que esa la vimos, creo que fue en... por allá por el este en un autocine, no me acuerdo si fue en los Chaguaramos y era *Fiesta (Fiebre del) de Sábado por la Noche* de John Travolta, fíjate tú, ya ni me acuerdo, la fui a ver con la que actualmente es mi esposa, imagínate tú, eso hace bastante tiempo, treinta años, sí, más o menos. Lo del autocine sí fue bueno, pero mucha gente no iba porque no tenía los medios, no tenía el vehículo y muchas veces no se tenía recursos para ir al cine normal, y fíjate en el autocine era un poco más elevado porque estás pagando estacionamiento y tal y qué sé yo, comodidad, pues, comodidad.

Ahora no sé, después de cierto tiempo uno dejó de ir para el cine. Yo tengo tiempísimo que no voy al cine, o sea, todavía existen los cines por allí por los centros comerciales, se desplazaron para los grandes centros comerciales. Claro, aquí en el centro hay cines, aquí hay un cine en la Baralt que se llama cine Caroní, no sé, no me acuerdo, no, no sé, como que lo cerraron, es por eso, porque ya no tienen razón de ser, fíjate tú, ya salió otro... nosotros estábamos hablando del VHS, pero ya salió el BlueRay, ¿es la cosa?, ¿así se llama? Es otro formato que tienes que tener el aparato y la película se ve en otra dimensión, otra cosa, entonces toodo eso, el cine como tal desapareció, las salas de cine y pero...

¡Ah! bueno pero ahorita aquí en Venezuela se puede decir que hay un boom, pero otro boom, hay otro contenido, desde el punto de vista del contenido, aunque te digo el contenido de las películas venezolanas en los años ochenta fue buena. Fueron películas críticas, claro, yo digo películas desde el punto de vista de su contenido eran películas que tenían... todas las películas tienen contenido político, todas las tienen, pero desde el punto de vista social eran críticas; bueno Román Chalbaud o Rodolfo Santana, todas esas. Porque antes de ese boom de cine así en Venezuela no existía el largometraje, existían Tiuna Film y Bolívar Film, que lo que hacían era pasar cortometrajes de noticas en los cines, inclusive, trabajaban para los cines y para la televisión y hacían documentales, pero ellos no te hacían largometrajes, puro

cortometraje, no te hacían largometrajes como se comenzaron a hacer en los años setenta y después en los ochenta que fue cuando se le dio, cómo se llama, el financiamiento ya un poco más al cine. Bueno, una película te costaba ya para esa época, hacer una película en los años ochenta, ¿sabes cuánto te costaba?, un millón quinientos bolívares, que era bastante plata. Bueno a ellos les daban veinte millones de bolívares y por lo menos hacían doce películas al año. Fue el boom que yo te dije de las películas de *El Retén de Catia*, *La quema de Judas*; por lo menos *Cuando quiero llorar no lloro*, es una película muy interesante porque te plantea tres escenas, la escena de... son tres Victorinos, tres escenas de tres clases sociales distintas, clase media, clase alta y clase baja; por eso te digo que tienen un contenido político bastante importante, tuvo vigencia sobre todo en los años en que aquí estuvo la insurrección armada de los años sesenta, setenta y parte de los ochenta, que en los ochenta fue una cosa muy desastrosa que fue cuando bombardearon Cantaura y prácticamente se acabó todo allí, ¿ves?, pero eso es más o menos la realidad.

Ahora el cine, yo te digo, el cine desde el punto de vista artístico es algo muy... también si tú te pones a ver es el reflejo de una sociedad, porque tú te pones a ver el contenido de las películas, como te decía, norteamericanas, o sea, la carga de violencia es tal que fíjate lo que está pasando ahorita en Estados Unidos y la misma televisión. O sea, la carga ideológica es muy, muy fuerte. Entonces todos esos estereotipos te van hacia una persona que no está culturalmente bien formada desde el punto de vista de su conciencia o políticamente bien formada, o sea, sobre todo eso va más dirigido a la juventud, ¿entiendes? Entonces eso ahí es donde le saca provecho un sistema que se quiera imponer de esa manera. Fíjate tú, que dicen que Hollywood en una época, bueno, siempre, pero yo creo que siempre más bien, Hollywood es una sociedad, vamos a decir así, que siempre ha dominado gente con mucho dinero y prácticamente era una clase dominante que estaba allí y las ideas de una clase dominante son las que persisten en una sociedad y son las que ellos van a difundir. Eso tiene su trascendencia, ¿ves? Su trascendencia desde el punto de vista social y político por supuesto. Entonces, yo te digo, yo cuando... otra cosa que te iba a decir, yo por lo menos, las películas que compro ahora, son películas más que todo clásicas que el contenido es otro, tienen contenido y cómo te digo, no hay esa carga de violencia que hay ahorita, porque las películas de ahorita la cuestión es como una moda, que hicieron una se pasó de moda, hicieron la otra, el contenido es muy...

en verdad el contenido es muy vago, muy pueril, muy vago, no te deja un mensaje positivo, sino más bien te deja un mensaje que incide negativamente. Entonces por eso es que yo no compro esas películas. Habrá algunas que quizás, no sé... pero no, siempre he buscado las películas sobre todo clásicas que son películas que el contenido es distinto.

Del autocine recuerdo, sobre todo, la fuente de soda, existía el servicio de fuente de soda, sí. Te pasaban por tu automóvil y ellos te ofrecían, una muchacha con una bandeja, te daba y te dejaba la bandeja como si fuera uno de estos autoservicios, te dejaban la bandeja ahí y bueno eso era muy bueno porque... más generalmente qué te vendían: hamburguesas, perros calientes, sándwichs, cosas así y refrescos, y cosas de esas y chucherías.

Bueno generalmente en el autocine te pasaban las mismas películas que te pasaban en las otras carteleras de los cines de plaza, vamos a llamarlo así, de la plaza, pues. Yo me acuerdo que había un cine que no recuerdo si era por la Cota Mil que se veía, había el autocine Los Ruices. En Los Ruices había otro autocine también que era que tú veías que era uno de los más grandes, claro hacia el este, cuando pasaban una película que era un poco prohibida, que tenía cierta censura yo me acuerdo que muchos muchachos se ponían del lado de afuera, porque se veía la pantalla y bueno, veían, ¿ves? Pero, generalmente, las películas de cartelera todas te las pasaban, porque como te digo, todas eran de los mismos circuitos, entonces ellos rotaban la cartelera, eran circuitos que eso era así.

Mi experiencia en el autocine en realidad fue buena, porque como te dije anteriormente, por la comodidad, por la, o sea, por la comodidad de traslado y por la seguridad y quizás para muchos por la intimidad, ¿me entiendes? Por la intimidad que tenías, tú podías fumarte un cigarro ahí, en cambio en un cine tú no podías fumar, podías fumarte un cigarro en tu carro. Yo no fumaba y nunca he fumado, pero personas sí lo hacían, que fumaban en el carro, que comían en el carro como te dije. O sea, el carro tú lo convertías en una cuestión muy tuya, muy privada y ahí tú hacías lo que tú quisieras. Por eso te digo que había mucha gente que iba pa'l cine no a ver películas sino a, bueno, a... ¡jajaja!, este, bueno, a distraerse quizás, a echar cuento, a hablar, a discutir, a pelear, inclusive, sí... imagínate eso se prestaba para todo como te dije... ahora ya no tienen esa opción. En las salas convencionales tú te comías tus cotufas, te comías tus chucherías, pero allí estaba prohibido fumar, acuérdate, y en muchos casos

también siempre había una persona que era el control interno que siempre se pasaba con una linterna y ya no había esa privacidad que había, desde ese punto de vista, que existía en un autocine. Esa es una de las cosas más marcadas ahí. Cuando no tenía carro, por supuesto, que iba al cine, pero cuando tuve carro entonces iba al autocine, pero con menos frecuencia, no siempre tampoco, como te dije, yo tenía el tiempo más dedicado hacia la música.

Testimonio Aníbal Pacheco (1950)

La infancia

Mi mamá era de Caracas y papá de Río Chico, de San José de Río Chico, tengo entendido. Vino a Caracas a trabajar, eso era lo que se decía, luego montó su negocio, en fin. Estuvo trabajando en la Cervecería Caracas en ese entonces y luego se vino con sus padres, su familia, su mamá y aquí se hizo... eran varios hermanos ellos. Yo en mi infancia viví primero en Caracas, eso sí nací ahí en lo que se llamaba el 18 de Octubre que hoy en día es 23 de Enero; luego a raíz de la caída de Pérez Jiménez hay un desplazamiento y entonces nos vamos a Guarenas; sí porque eso lo tumbaron para hacer los bloques y la urbanización 23 de Enero y entonces vivimos un tiempo allá, allá nos establecimos e hicimos, ¿ves? Yo estudié mis primeros tres grados allá, cuatro y luego en Guarenas, en un sector que llaman la Guairita concretamente. Papá montó negocios allí y bueno se desarrolló ahí un buen tiempo. Luego en el 59, en el sesenta por allá, yo regreso a Caracas con mi mamá y mi papá se queda y, luego, él más tarde se viene, porque él ya tenía otra... se habían separado y ya tenía otra relación. Lo cierto es que... sí bueno, después de ese momento, me vine a Caracas y no me he vuelto a desplazar a otro lugar, salvo vacaciones, etc., pero normalmente mi lugar de residencia ha sido Caracas.

La ciudad

La ciudad para mí... bueno... esta es una ciudad que siempre ha sido de contrastes, ya eso es, si quieres, un lugar común decirlo. Una ciudad de contrastes porque tiene mucha... como todas las grandes ciudades y países latinoamericanos, pero especialmente ciudades latinoamericanas, la falta de la anarquía, es que lo que sea, la razón que sea de tipo político, económico, cultural etcétera, se ha convertido, pues, en una suerte de... de qué te diría yo, de... hay mucha variedad ¿no? en cuanto... no hay una uniformidad, tenemos urbanizaciones, las grandes urbanizaciones de clase alta, clase media, etcétera, y tienes las urbanizaciones populares, si le quieres decir, Simón Rodríguez, etc., etc. y tienes el cinturón de ranchos que se han creado y crecido de una forma anárquica, ¿no? Entonces, bueno, unas circunstancias que uno no las puede cambiar; bueno, se puede con el tiempo, pero ya ahorita eso es una situación. Pero aparte de eso, la parte socio-política, socio-económica, la vida era... dicen que ningún

tiempo pasado fue mejor, siempre hoy en día será mejor que ayer, ¿verdad?, pero los recuerdos tienen algo que como esos momentos que uno ha vivido, esas experiencias, entonces uno siente que de una manera u otra uno estuvo muy comprometido con ese presente y hubo cosas muy maravillosas.

Caracas se podría vivir, yo creo que todavía se puede vivir, pero hay quienes, claro, exageran la nota, pero sé en Caracas se puede vivir porque tiene muchos... siempre ha tenido lugares de esparcimiento, recreación, ha tenido sus, sus... que han ido variando con el tiempo; por ejemplo, uno de los lugares más emblemáticos de Caracas, en los años sesenta y algo más, era la Calle Real de Sabana Grande, ahí convergía todo el mundo, los ricos y los pobres y todo el mundo porque era el lugar de mayor... era la avenida de mayor, cómo te digo, atractivo y tenía algo, tenía su magia. Luego, cuando crean el Centro Comercial Ciudad Tamanaco, entonces hay un desplazamiento, empezaron los malls, los centros comerciales y, entonces, claro, hay un desplazamiento; entonces ya Sabana Grande no tiene el atractivo ni el... cómo se llama, sí, no tiene el atractivo ni la... ni el prestigio, la imagen que tenía y hay un desplazamiento dentro de la ciudad.

Mira con respecto a... hay muchas cosas interesantes que uno recuerda con mucho cariño. Aquí había dos grandes orquestas que eran la Billo's Caracas Boys y Los Melódicos y, entonces, Los Melódicos, incluso, eran más accesibles que la Billo's. Ellos se presentaban acá en el Coney Island que estaba ubicado en lo que hoy en día es la estación La Paz del Metro de Caracas. Entonces allí se formaban unas pachangas bien sabrosas los domingos, ¿no? Y entonces uno salía, yo salía del trabajo y, entonces, uno salía corriendo y fui fui fui, un bañito y después una carrerita allí y una carrerita acá ¡jejeje! y, entonces pero en fin... compartiendo con los compañeros. En general, mira... qué te digo, por ejemplo con respecto a las fiestas, aquí anteriormente siempre ha habido, siempre ha habido la gente que no... es decir la delincuencia y muchos factores que siempre han estado allí, latentes y de alguna manera u otra se han manifestado; pero hoy en día hay otros factores, está el incremento del narcotráfico, existe el sicariato y otros factores que hacen, pues, que la vida se haga un poco más difícil, ¿no?

Pero en los años sesenta, en los años 75 yo tenía quince años y empezaba a ir a las fiestas y la pasaba de lo rico aquí siempre. Aquí la música que más se escuchaba aparte de la Billo's y los nacionales, era la música de La Sonora Matancera y entonces uno iba a una fiesta y estaba una guaracha y entre esos estaba, pues, la famosa Celia Cruz; o sea, que eso era emblemático ya y, bueno, después muchos otros. Uno escuchaba mucha música de épocas anteriores que eran por ejemplo de la misma Sonora Matancera, papá tenía todos esos discos y tal. En la casa se escuchaba José Luis Moneró, Rafael Muñoz, que eran grandes bandas; lo que quedó, pues, de aquello de las grandes bigbands de Nueva York. Entonces, aquí después hubo un boom de música puertorriqueña, ¿verdad?, que es lo que hoy llaman "salsa dura", que quedó; entonces Johnny Pacheco, las pachangas de Johnny Pacheco, la charanga y otros más; Orlando Marín y su timbal este... en fin, muchos otros que se me escapan sus nombres. Pero lo cierto es que hubo un movimiento, Mon Rivera y su plena de República Dominicana, o no, mentira, de Puerto Rico igual; entonces después orquestas como Joe Cuba, de ahí fue de donde salió un sexteto, de ahí fue de donde salió Cheo Feliciano que es muy conocido, o sea muchos, muchos, muchos más. Lo cierto es que esa era la música que nosotros más escuchábamos, tanto en los fines de semana en el barrio, como en el transcurso de la semana con las fiestecitas del liceo; los matinée que hoy en día son unos... okey, muy, muy buenos.

O sea, la ciudad siempre ha sido disfrutable, ha tenido sus momentos álgidos, ¿no? Pero yo creo que también eso tiene que ver mucho... hay muchos factores culturales, económicos, sociales, políticos, pero también es que no hay un... Por ejemplo la prensa no ayuda mucho, han estado de espaldas al problema nacional porque la gente, es decir tanto... la mayoría de nosotros, salvo, hay excepciones, lógico; pero quienes pudieran hacer algo, contribuir a que la ciudad fuera más vivible, menos sufrible y mejor, porque tiene que ver con su gente, serían los medios de comunicación, de información, más no de comunicación, porque uno dice comunicación pero eso es una falacia, un mal uso del término es de información o difusión y fíjate que había, que hubo muchas oportunidades. Últimas Noticias que ha sido, que se ha vendido como el periódico del pueblo, resulta que, inclusive, fíjate que hay una subestimación y una mala... que inclusive decían que era el periódico de las cocineras, ¿me entiendes? O sea, que siempre ha habido esos estigmatismos, estigmatizando a la gente. Pero lo que yo quería significar es lo siguiente: que ellos magnifican los hechos, hacen amarillismo y yo creo que

eso incide en el muchacho que está... que tiene conducta desviada, delincuencia, etcétera, que tiene esa disposición o ya está incluso en el delito. Entonces esa notoriedad de alguna manera... él quiere pues tener esos minutos de tinta en su... yo considero que eso es dañino porque no es un amor por el país, por la ciudad, sino que ellos están en sus intereses, pero parece como si ellos fueran extraterrestres, no tuvieran familia, no tuvieran hermanos, no tuvieran... entonces es lamentable. Pero mira, yo en general, siempre he amado la ciudad y la seguiré amando, ¿no? Y siempre, claro, hay una renovación, siempre, siempre, claro, pero quizás en los mejores años, así como para uno sentir y compenetrarse con su lugar es, precisamente, eso, la adolescencia, la infancia y la adolescencia.

Cuando yo regreso de Guarenas, me residencio en el 23 de Enero, porque yo vivía para el 18 de Octubre, pero cuando ya vinimos era otra cosa. Entonces era el 23 de Enero, en el sector Sierra Maestra, el Observatorio, todo eso; el carnaval aquí en Caracas era excelente, o por lo menos la Diego Ibarra y muchos otros lugares, Capuchinos, casi todas las plazas se hacían y, bueno, aquello del carnaval que pasaban las carrozas y lanzaban caramelos y, entonces, en fin, había una fiesta, pues. También para ese entonces existían el famoso carnaval temprano, que era carnaval con agua y esas sustancias, y eso llegó un momento en que eso degradó porque a veces la gente abusaba pues, e, inclusive, había funcionarios militares que sacaban el arma, la pistola o la daga y le metían a cualquiera, era claro, eventual, eso no era... pero pasaba, pues, entonces ya la gente, en fin, ya no pasaba... el que no le gustaba mejor que no saliera para evitarse problemas en la zona y ahí hice mi vida hasta cerca de los veintisiete, veintiocho años. Ahora en los años... estamos hablando del setenta y ocho, más o menos, lo cierto es que ahí me mudo al Junquito, papá había hecho un negocio por allá, tenía una casa y entonces nos notificó que él quería habitar esa casa con la familia y yo le dije bueno... estuvimos en conversaciones hasta que se... y allí viví unos años, como unos doce años o algo así, quizás más.

Trasladarse en la ciudad

El desplazamiento en la ciudad era con autobuses, para ese entonces no existía el Metro de Caracas, y los carritos por puesto. Existían como hoy las paradas como la de los autobuses, pero eran eso, carritos, eran cinco o seis personas lo máximo y era muy bueno, ¿no?, bueno

normal. Los que tenían los carritos en ese entonces, ellos siempre, algunos, tenían una cabilla debajo del asiento ¡jajajaja!, sabes para la noche, para hacerle un amago por lo menos a los delincuentes que lo que más te hacían, aparte, era que se bajaran del carro y se fueran sin pagar. Siempre ha existido, lamentablemente, esa tendencia a identificarse, pues, lo muchachos jóvenes, a ser temerarios e identificarse con... pero eso es lo que recuerdo y que era como bonito. Por ejemplo, el carnaval aquí en Caracas era excelente, o por lo menos la Diego Ibarra y muchos otros lugares, Capuchinos, casi todas las plazas se hacían y bueno aquello del carnaval que pasaban las carrozas y lanzaban caramelos y, entonces, en fin, había una fiesta, pues. También para ese entonces existía el famoso carnaval temprano, que era carnaval con agua y esas sustancias y eso llegó un momento en que eso degradó porque a veces la gente abusaba, pues, e inclusive, había funcionarios militares que sacaban el arma, la pistola o la daga y le metían a cualquiera; era, claro, eventual, eso no era... pero pasaba, pues, entonces ya la gente, en fin, ya no pasaba... el que no le gustaba mejor que no saliera para evitarse problemas.

El automóvil

Mi papá como era comerciante siempre ha tenido posibilidades, siempre ha tenido sus carros. Mi otra familia acá, incluso, el medio no se prestaba para tener vehículo, porque era un barrio donde no tenía acceso de vehículos, en ese sector de la Sierra Maestra no tenía. Pero sí, mis padres tenían y más luego tuve yo. En nuestro caso no había ese culto al carro, era por cuestiones de trabajo y sí, lo disfrutábamos luego para los fines de semana ir a los clubes, ¿no? En Guarenas, en Mampote, en la carretera vieja, había clubes, no existía la autopista y había clubes allí, hay todavía, y entonces era por costumbre asistir a esos clubes. Asistíamos, tampoco es que había una membresía, ¿no? Sino que eran clubes en donde mi papá tenía alguna relación y tal y otros eran de libre acceso, ¿ves? No había, pues, tampoco una... en ese sentido. Se acostumbraba mucho ir para... generalmente eran camionetas, eran camionetas porque se utilizaban precisamente para el negocio, para venir aquí a Caracas, para comprar al mercado de Quinta Crespo; yo venía muchas veces, almorzábamos ahí en el restaurancito ese que está... uno de los restaurancitos que está a la vista. Otras veces era ir, generalmente cuando venía, generalmente solo, mucho más temprano, venía para el de Coche, entonces eran cuestiones de trabajo, ¿no? Pero, entonces, esa misma camioneta la utilizábamos para... se

llaman camionetas pickup porque tenían una cabina detrás que estaba abierta y ahí lanzas mercancía de la que quieras.

Qué te decía... que ¡ah! bueno los fines de semana acostumbábamos a reunirnos los vecinos, entonces en el carro de papá y otros carros íbamos al río. Hay un río que llamaban en Guarenas el río Recreo y el río Curupao. El río Curupao es muy frío, tiene el agua helada, fíjate que tú puedes meter ahí una botella de refresco y luego al rato eso está helado, y si tú estás metido ahí a las cinco de la tarde estás titiritando de frío, ¿ves, entiendes? Es muy, muy, muy frío. El que va para Guarenas tiene que ir para Curupao, sí, aunque eso ha cambiado mucho. Yo fui hace unos pocos años con un hermano, entonces, estuvimos por allá paseando y eso ha cambiado mucho, ha cambiado la panorámica. Pero sí, lo cierto es que lo disfrutábamos mucho, con la camioneta no solamente y nunca hubo esa relación, ese culto al vehículo y de mi parte, tampoco. Yo he tenido varios vehículos en sus diferentes ocasiones; fíjate que me ha pasado que yo, por ejemplo, tengo un vehículo, entonces me fastidio de él porque empieza a fastidiar y a sacarte plata, entonces los reales se van en el carro, entonces duro como tres o cuatro años sin carro; o sea, no tengo esa... sí considero que es necesario, pero no es indispensable; primero yo, primero el ser humano y después las cosas, porque el humano es quien permite que la cosa sea. Pero siempre ha existido eso, es parte de la dinámica.

El autocine

Bueno yo sabía de la existencia de los autocines, pero como yo nunca he sido de esos del culto a las cosas y el esnobismo y etcétera, ¿verdad? Nunca ando detrás de eso, siempre pienso que el hombre vale por sí mismo, entonces no hay ese afán. Entonces sí, sabía de la existencia de los autocines pero no... pero un día yo comenzaba a estudiar en el pedagógico y yo tenía vehículo, un vehículo blanco un Dodge Dart, entonces... un cupé deportivo, pavo, pavo el vehículo y tal; lo cierto es que entonces había una amiga, que también era del pedagógico, conocida mía y entonces nos fuimos al autocine y fuimos a parar al que está en la subida de Los Naranjos, ahí está un autocine, que por cierto eso ahora, creo que es ahora un, era hasta hace poco tiempo, no sé si actualmente, es un mercado de los corotos; bueno, entonces estuve ahí y viví la experiencia del autocine. ¡Ah! bueno y cuando uno venía de Guarenas, me estoy acordando que aquí en La Carlota uno venía en el carro, ¿verdad?, en el carro de papá, de la

familia; entonces veía que estaban pasando películas de noche en los autocines. En La Carlota estaba uno y en Los Chaguaramos tengo entendido que también había uno, pero en verdad mi relación con el autocine fue... yo creo que esa fue la única vez, porque yo soy muy selectivo con respecto al cine, a las películas.

Yo voy al cine, cuando iba con mayor regularidad yo veía tal vez tres, cuatro, cinco películas al año; yo primero te leo la crítica y también tiene que ver con mi gusto. Por ejemplo, las películas de terror no me gustan, no me dicen nada; las películas policiales tampoco me identifico con la guerra con nada de eso. Yo te he visto películas macabras y te he visto todo, pero ha sido circunstancial, pero no es que yo voy a ir a ver películas macabras; es más, me he salido del cine. Mira una vez me metí aquí en el cine Rialto, que ahora lo van a restaurar, bueno en ese cine que está frente a la Plaza Bolívar, una tarde, una noche, vinimos un grupo de... eso fue más o menos en el año setenta y dos o antes, lo cierto fue que nos metimos en el cine y éramos cuatro muchachos o cinco, bueno entonces estaban pasando una película y sale una mujer con un cuchillo y sangre y pa'cá y yo "bueno vale" y me salí del cine, yo no, yo qué voy a hacer aquí, porque era una película que era de sangre y de cuestiones sin son ni ton, entonces no es mi estilo. Las películas de esta de Rambo y aquello, ¿me entiendes? Para mí me ¡pifffffff!, me ruedan, ¿ves? Robocop ni nada de eso, porque eso es otra generación, es otra cosa, otro mundo, no es que no haya existido antes, sí existió, pero no me identifico con eso, yo era muy selectivo. Entonces, las películas que me gustan son las de Woody Allen, películas existencialistas; el cine francés, el cine italiano, pero es más liviano, más ligero, pero sí hay, sí había grandes; en fin sí he visto, pero actualmente estoy yendo mucho al cine, de vez en cuando, a ratos.

Aquí en los años sesenta y setenta había muchos cines y todos estaban activos; por ejemplo el cine Rialto, el cine... en Catia había muchos cines; mira, estaba el Venezuela, el España. Lo que pasa es que, por ejemplo, de los años sesenta a los setenta yo tenía trece años, era un adolescente, estaba pues, entrando en la adolescencia; entonces lo que estaba de moda o la tendencia, pues, o la tendencia que estaba de moda, pues, eran las películas mexicanas; entonces veíamos muchas películas mexicanas. Los fines de semana uno se iba a las tres de la tarde al cine o generalmente y veía películas mexicanas donde estaban los actores de esa época, Antonio Aguilar, Luis Aguilar, Miguel Aceves Mejías, Pedro Infante, que ya habían

desaparecido pero quedaban sus películas y, otra cosa, las películas estas de Cantinflas, también Tin Tan. O sea, el cine mexicano tuvo su época de oro, como todo, tuvo una época brillante donde se comercializaba en todo el continente y se daba a conocer todos sus artistas. Pero, claro, después vino el boom americano, en fin, y allí se metieron otros factores económicos, políticos y, entonces, fueron desplazando ese cine. Pero aquí en Venezuela había muchos cines que se dedicaban a eso, a pasar mucho cine mexicano.

En esa época no me interesaba el autocine, quizás tenía que ver con el hecho de que yo no tenía vehículo, ¿verdad? Y además era un adolescente, pero también no me motivé, sabía que existían pero no, ¿entiendes? Lo que decían era que era una novedad, que se pasaba bien pero... ¡ah! y que la gente iba muy cómoda. Yo me estoy recordando ahora... que eso era más luego, ya yo era... en los setenta, setenta y tal por ahí, yo tenía un compañero de trabajo; que yo era técnico en radio y televisión, yo había hecho cursos, etcétera, y a los veinte años me gradué de mecánico de radio y TV; bueno, y recuerdo que tenía un carrito, un Renault, un Renault 2 e iba mucho al autocine y él me comentaba que iba con la mujer; la comodidad era que la persona estaba en su casa, estaba fastidiada o no y no tenía que estar emperifollándose mucho ni arreglándose, no tenía que estar maquillándose ni arreglándose, ¿ves? Se iban en chancletas, estaban en el vehículo, en el Volkswagen o en cualquiera que fuera su carro de la familia y la gente rompía ese protocolo, se saltaba esa cuestión. Esa era una de las ventajas que tenía, la otra era que podía meter a toda la familia ahí, pues, metía a los muchachos y por ejemplo podía meter a la suegra ¡jeje!, ¿entiendes? Entonces podían pasar un buen rato y estaban en familia, era muy simpático, desde ese punto de vista era muy agradable. Yo recuerdo haber ido una sola vez así concretamente.

En esa época el acicalamiento, el arreglo personal era tanto en la mujer como en el hombre, era vital y había una preocupación por el vestir, sino por la marca, por el vestir, por la elegancia, por el buen vestir, pues, en el sentido amplio de la palabra, no tanto de la marca. Después a partir de los ochenta por ahí fue que comenzaron a salir las marcas, entonces los muchachos se preocupan más por la marca que llevan puesta que por el sentirse bien arreglado, etcétera. Entonces sí, había eso, la mujer para las fiestas, una cosa muy simpática era que por ejemplo, independientemente de tu nivel sociocultural, tú en el barrio, si tu familia, si tu madre tenía la posibilidad o hacían el esfuerzo estrenabas el 24 y el 31, por

ejemplo el caballero se ponía un flux y las niñas se ponían su vestido bien bonito comprado o mandado a hacer, pero lo cierto es que siempre andaba la elegancia por delante y eso independientemente de tu nivel sociocultural. Yo de pequeños siempre andaba... mi papá se preocupaba, entonces me ponía las corbatas de él ¡jejeje! Entonces andaba bien vestido y en diciembre se compraba la ropa y estrenabas tu flux y el 24 una ropa sport, una chaqueta o qué sé yo, entonces era muy simpático, había ese cuidado por la apariencia.

Testimonio José Ramón Rodríguez (1951)

Padres

Mis padres eran de Tucupido, estado Guárico. Yo vine con mi madre, vine cuando yo tenía ocho años a Caracas. El padre mío quedó allá en Tucupido, él murió. Él era hacendado allá en Tucupido, tenía un hato, tenía ganado, pero se quedó allá y murió allá. Hace dos años murió, murió cuando tenía 82 años. Nosotros llegamos a un barrio llamado El Observatorio, ese queda ahí en el 23 de Enero. Yo estuve ahí como cinco o seis años porque yo estaba pequeño, tenía ya como ocho o diez años, duré ahí como dos años porque después yo me fui a viví con una tía a la Morán, que es parte de la Av. San Martín. Donde queda San Martín, queda la Av. Morán, ahí me fui a viví con mi tía hasta el año 75, porque me fui al cuartel en el año 1973. Volví, salí del cuartel, estuve viviendo con mi tía unos meses y me volví a viví pa'ca, pa'l Observatorio, a casa 'e mi mamá; después me conseguí a la actual esposa que yo tengo, tengo 36 años viviendo con ella y sigo viviendo en el Observatorio.

Caracas y el espacio

En Caracas los espacios los veía como más pequeños y uno podía salir así de noche. Incluso, cuando los carnavales, nosotros íbamos y veníamos pa' las plazas y durábamos hasta la media noche; parranda, jugando carnavales, con serpentinas, papelillos y le echaban papelillo a uno. Yo siempre regresaba a la casa a las 12, a la 1, con los amigos, las amigas y nunca nos pasaba ná. Era chévere, eran carrozas que zumbaban caramelos y los disfraces y aquello. Hoy en día no es igual. Y pa' mí era diferente ¡uff! mucho años, nos vamos a poné a decí que 30, 40 años atrás, tendría yo como 12, 15 años, 14. Me gustaban mucho los carnavales pero no pa' jugá así, sino i' a las plazas y uno divertise, ahorita no, ahorita claro que no.

Yo iba mucho, aquí había una plaza que recién inauguraron, la que llaman Diego Ibarra, la que inauguraron hoy. Esa plaza era muy bonita, en aquellos tiempos tenía luces, todo, tenía como una cascada de agua, era muy bonita, me gustaba más esa plaza porque era más encerraíta y a la Plaza Miranda, íbamos mucho también a la Plaza Miranda, a la Plaza Capuchino, la que está en la Av. San Martín; nosotros nos veníamos de... de por lo menos de la Morán caminando a pie hasta llegar a la Plaza Diego Ibarra, pasábanos, porque eran como comparsas y eso de

noche era bien bonito, no había mucho carro y nosotros nos íbamos caminando y veníamos caminando, eso eran comparsas que iban y venían. Hasta se amanecía en los carnavales, los lunes, los martes, era más que todo. Nosotros, en el barrio, hacíamos una reina de carnaval, la montaban en un jeep de esos vieecijos y nos poníamos a pasear por allí con la reina; era muy bonito, los carnavales eran bonitos.

Yo estudiaba en el día, yo estudié en el barrio... la escuela no me recuerdo el nombre porque después ya cuando de hecho empecé a estudiar el bachillerato, empecé en Fe y Alegría, la que está en Artigas. Pero yo siempre, siempre me gustó ir a las plazas, iba al Parque del Este; cuando muchacho yo, siempre me gustaba ir por allá a caminar. Cuando uno tenía una novia se iba por allá a pasear y tuve bastante tiempo, iba mucho al Parque del Este. Yo me iba al Parque del Este en un autobús, yo pagaba medio o un real. Yo trabajaba, yo empecé cuando no seguí estudiando, me fui a trabajar a una fábrica donde hacían telas de ropa, pa' sueter y eso, que quedaba en Los Ruices, frente a donde está el canal 8 ahorita. Yo trabajaba con un señor, que yo y él llevaba tejidos en una maleta, entonces nosotros nos veníamos para Sabana Grande, para esas boutiques por ahí. Yo tenía como 16 años, 16-17, trabajaba con él y, entonces, yo empezaba, él se iba y él me dejaba en un carro estacionado; cuando tenía que llevar el maletín me llamaba, íbamos con el maletín así a mostrarlo y él me dejaba y yo me venía así por los Chorros, estaban haciendo lo que ahorita es el Parque... Parque Miranda que está ahí, que empezaron a construirlo hace años. Yo me venía por allí, me gustaba ver, ver las plazas, me gustaba caminar. Yo de ahí más de una vez me vine a pie a la casa, en las tardes, me venía caminando por la Francisco de Miranda, viendo las vidrieras, me gustaba ver mucho las cosas que había en aquel, aunque no compraba, porque nunca, porque lo que ganaba era muy poco, pero muchas veces me tocó venirme a pie.

Una vez me acuerdo que me fui como... me vine como a las 7 y media y llegué como a las... como a las 10 y media en la entrada; pero claro yo me paraba, me ponía a mirar y aquello. Una vez el señor que trabajaba conmigo, yo me bajé del carro y di una vuelta por ahí y él se fue y me dejó y no me dejó pa'l pasaje; entonces a mí me daba pena pedir, en ese tiempo uno "noo, me voy caminando", me vine caminando y caminando, ya me conocía la vía.

Otra cosa que hacía yo los sábados, los domingos en el barrio no me gustaba así quedarme, yo cuando estaba así muchacho, yo a partir ya de los 18 años es que comencé a hacer así relaciones con lo que son amigos y aquello de irnos juntos; entonces tomamos una cerveza. Pero antes yo llegaba los sábados, agarraba un autobús que lo llama... le decían la circunvalación que le daba toda la vuelta a Caracas, por medio me montaba ahí, y daba tó, donde mismo lo agarraba ahí mismo me quedaba. Paseaba en el autobús porque hacía trasbordo por allá por donde está el estadio, en... esa es la avenida... cómo es que se llama esa avenida... la que está atrás del universitario, por donde están Las Tres Gracias pa' enlazá con la Victoria; ahí hacía trasbordo, yo me bajaba del autobús y me montaba en el otro, pero siempre llegaba al mismo sitio. Duraba hasta dos horas dando la vuelta, me gustaba irme así, yo veía, iba en el autobús y veía por dónde pasaba el autobús, las avenidas y to'o eso. Había menos carros, menos edificios, las cosas eran pequeñas, ahora noo, ahorita no se puede dá una vuelta, la daré, me voy ahorita y llegaré en la noche, por lo menos. Y hacía otra que me gustaba, ir al cine. En San Martín había, uno, dos, cuatro cines, uno que pasaban, era el cine Royal, otro era el Diana, había el Lincoln y eso era 2 bolívares y eran cine de 10 de la mañana a 10 de la noche; yo a veces me quedaba ahí viendo, la película la veía hasta cuatro veces, la misma. Entonces, al otro día, me metía a ver otra de esas de Tin Tan. Me gustaba verlas mucho, las películas, sí... Yo iba mucho, me gustaba mucho los cines, como eran baratos en aquel tiempo, yo me venía a la casa caminando a las cuatro o entonces me venía, cuando salía de clases, me iba pa'l cine.

El trabajo

Yo empecé a trabajar en una... yo empecé a trabajar cuando tenía 15 años, en una herrería que estaba por aquí en Guaicaipuro, atrás de lo que se llaman ahorita la Contraloría que está ahí, atrás. Había una herrería y un señor, un vecino de la casa me dijo que si quería ser ayudante de él en una herrería pintando las ventanas y aquello, y yo le dije sí; si trabajo nada más en las tardes, estudio en las mañanas. Hablamos con el señor y entonces me dijo que sí, podía ir al salir de la escuela que me fuera pa'llá y ese fue mi primer trabajo. Ahí duré como 3 años, yo aprendía a soldá, a pintá y todo allí, me enseñaron ahí. Después de allí tuve varios trabajos, trabajé en, ahí con el señor en una fábrica de ropa en la Av. Monte Cristo frente al canal 8, trabajé ahí; después de allí trabajé en la papelera; trabajé en la 7up, en Antímamo, allí trabajé 8

años; trabajé en, cuando estaban construyendo la estación de Propatria, trabajé un año; trabajé también en una compañía de esas de limpieza, Indusell; en una llamada Royal, en la Fuller, antes de llegar aquí. Trabajé en esas compañías, trabajé de noche.

En aquel tiempo también para tú cargar cinco bolívares en el bolsillo también era... pero uno con un bolívar veía la película y uno se compraba, yo recuerdo que yo compraba... por la casa había un señor que vendía unos golfeados rellenos con bastante queso, a una locha; con medio hasta se compraban dos golfeados, con eso almorzaba. Había unos refrescos llamados, no sé si los estarán vendiendo otra vez, Orange, que eran de mandarina, tamarindo, de chicha; que eran un botellita pequeñita así, eso costaba medio y eso era cremosito, eso era fresco, eso no tenía concentrado y nosotros siempre comprábamos eso, la Orange, que era una botellita marroncita.

El automóvil

Yo te voy a sé franco, nosotros en ese tiempo, nunca tuvimos un amor así por andar en un carro como ahorita, noo... lo de nosotros era más bien caminá, porque se caminaba tranquilo. De hecho cuando yo vivía en la Morán, yo ya tenía 17, 18 años, que yo me acuerde; la primera moto la compró un amigo de nosotros, un conocido por ahí, una Honda pequeñita; se la compró la mamá cuando salió del colegio, que se graduó y la broma, entonces nosotros todos estábamos contentos con esa moto y el muchacho. Nos montábamos hasta tres en la moto, nuevecita se la regaló la mamá, una Hondita pequeña, me acuerdo; nosotros pa' arriba y pa' abajo en esa moto. Después llegó un señor que a él le gustaba pintá carros, entonces él trabajaba en una broma de latonería de carros y ahí fue en donde empezamos nosotros a darnos cuenta la broma de los carros, porque él empezó a traer carros que pintaba y se los, mientras él pintaba se los traía pa' la casa y entonces nosotros así en la tarde o en las noches, un sábado o un domingo, se lo traía y nos íbamos a pasear en esos carros. Eso fue en el 78, yo ya tenía como 20-21, fue que empezamos a darnos cuenta de lo que, a salir en carro pues, pero no en carro de uno, ni de ellos, porque eran carros ajenos que los pintores usaban mientras los tenían guardados pintando. Ellos le daban una semana, dos semanas, al cliente para entregarlo y los sábados y los domingos se lo llevaban pa' la casa. Bueno había uno que se llevó un jeep, de esos vieejos, antiguos y ahí en unos carnavales lo armamos, montamos la carroza y aquello

fue, aquello fue un desastre porque el jeep se volteó, se le dobló el parafango y todo; y, entonces, cuando él trajo, cuando el señor fue a buscarlo, el jeep ¡jeje! estaba esperolado ¡jeje! y lo metieron preso al latonero y aquello fue un desastre esa vez; claro él pagó, tuvo que pagar los daños del jeep, reconstruírselo al señor y pintárselo gratis, se lo dejó como nuevo, pero sí tuvo como sus 15 días preso.

El tiempo de ocio en Caracas

Yo nunca iba solo al cine, siempre iba, tú sabes que en aquel tiempo había las muchachas más, no como ahorita, más... como más... como más reservadas, pues. Nosotros nos íbanos con varias muchachas, muchachos, lo que nosotros podíamos llamar en aquel tiempo gente buena, pues, gente que no estaba pendiente de hacer cosas malas. Nosotros íbanos era a echar broma, a disfrutá; como nos íbanos, veníanos. Eran salidas entre amigos, e incluso nos comprábanos que si una botellita de esas que habían; por lo menos en la Silsa preparaban en una licorería que llamaban el “Médico Asesino”, esos hacían guarapitas de todas clases, por lo menos uno llegaba allá y les pedía “dame una guarapita de...” con las mismas muchachas “a mí no me gusta de tal” “de la otra” y eso la envolvían en un periódico y “llévatelo”. Costaba 3 o 4 bolívares, 5 bolívares la más cara y uno iba y la compraba y se tomaba aquello como friíto, como normalmente, en una esquina, en una plaza, no ahorita, no, no, yo en una plaza yo nunca llegué a tomarme lo que es una cerveza, porque nunca comprábanos cerveza así fuera del bar, nunca en una plaza. Ya cuando uno fue creciendo, que tenía más edad sí, ya nos metíanos en un bar en San Martín, incluso, no éranos mayor y llegaba la policía y nos sacaba porque éranos menor, después nos volvíanos a meté. Pero la mayoría to’os tomábanos así prácticamente era en el barrio, en una bodega, un señor que estaba ahí y nosotros le pedíanos y le íbanos pagando, pedíanos una y le pagábanos una, con una tomábanos como cuatro, porque era media jarra, de esas que existían antes, entonces eran a 2,50; entonces, unas botellas grandes así, uno se tomaba cuatro y uno ya estaba como, como mareao, porque eran graaandes y eran cervezas.

El autocine

Yo fui a un autocine que estaba por allí por La Paz en El Paraíso, al frente de mi casa había una señora que tenía tres hijas, ya así por escala, una mayorcita y una más o menos. La señora tenía un carro, un carro de esos que salían, un Pontiac, de esos vieeejos tenía, y la tía mía, porque yo vivía al frente, era muy amiga de la señora, entonces “¡ay! vamos a ir toda la familia para un autocine” que estaba en El Paraíso. Nos íbamos con la muchacha, nosotros nos poníamos a ver la película en el carro, no salíamos del carro, no podíamos salir del carro y comprábamos, antes de entrar, cotufas, todo aquello y veíamos la película ahí en el carro. Nosotros nos montábamos en el carro y por una taquilla se compraban los tickets, pero no me acuerdo si se bajaba era el chofer, pero nosotros nunca nos llegamos a bajar, e incluso a una de las compañeras mías le tocó como que ir al baño y eso fue un proceso pa’ salí al baño porque paran carro de lado y lado, aquí al ladito hay un carro, aquí hay otro y así. Era como en una pantalla como en una bajadita pa’ que se viera todo, pero no recuerdo así, como, diferente al cine normal, el cine normal tú tenías ganas de ir al baño y te parabas y ra ra ra , atravesas quien tú quisieras, querías comprar algo salías y todos volvían a entrar otra vez, no te quitaban la silla ni nada, tú tenías tu... más bien nunca estaba lleno el cine, estaba siempre por la mitad o más.

El autocine era familiar con los que íbamos ahí, pero nosotros no teníamos carro. No creo que era muy familiar porque no teníamos ambiente con los otros que estaban en los carros, porque no, la gente no se salía de los carros. Cuando terminaba la película lo que empezaban eran a salir los carros normales, entonces podía haber unos compañeros de nosotros en algún carro y nosotros no los veíamos. Las veces que fui al autocine fue con estas vecinas, fui, si acaso, como dos veces, porque no me gustó, no, porque entrar así y volver a salir, prácticamente es un carro. No ves que por lo menos tú entrarías al cine, en vez en los autocines, y salite y salí a pie con los amigos, noo, todo el mundo salía en sus carros y muchas veces. A mí me parecía, no, que más bien en el cine iban las parejas, los enamorados, nosotros no, porque nosotros fuimos dos veces que fui con las muchachas de al frente, que fuimos allá, ellas nos convidaron y fuimos, pero a mí me parecía que iban más que todo enamorados a ver su película en un carro, los que en aquella época tenían carro, pero yo ni pensaba en tener un carro, nunca, ni una bicicleta, ¡jeje!

Yo no recuerdo qué películas vi en el autocine, sé que era una de esas películas mexicanas, porque eran las muchas que pasaban, por los menos a nosotros nos gustaban las mexicanas o las vaqueras, pero no me acuerdo, en realidad no me acuerdo. Fuimos como a las 5 de la tarde, de 5 a 7 y había una función de 7 a 9, eran dos funciones. Yo tendría como 15 o 14 años, pequeño no recuerdo haber ido, si me llevaron no me recuerdo, no, no, porque el autocine primero no nos gustaba, a mí no, porque en carro, metido, no. No es como ir normalmente, uno entrar, antes de entrar ve las muchachas, ve amigos, ve a alguien y uno entra y “¡ah! que ella se sentó por allá, déjame sentarme más o menos al laíto por allá”. En cambio en un carro no, no me gustaba, o sea fui dos veces, pero con las compañeras de al frente, no porque yo tenía ganas de ir a un autocine, porque no me gustó, no me gustó. Yo nada más conocí ese autocine, y creo, creo, pero nunca llegué a ir uno que estaba en la entrada de la Cota 905, en donde está ahorita... en donde hay un centro comercial, ahí había uno y había una plaza y uno más pequeño, pero nunca fui, a ese nunca fui.

A mí me gustaba era ir al cine normal, yo si podía ir toda la semana yo iba, un bolívar la entrada y yo me conseguía y me iba. Casi siempre iba una vez, iba dos o tres veces a la semana, después que salía de la escuela me iba para allá, me metía al cine, como era continuo, yo veía la película como tres veces; me metía a la una, a las dos, entonces me venía a las 6, la veía y la volvía a ver. Me gustaban mucho las películas mexicanas, de esas de vaqueras, yo las veía, de Tin Tan, de Resorte, de los Tres Chiflados, yo veía todas esas películas. Y había... con un amigo mío que a él le gustaba mucho también ver las películas, entonces yo le decía “no, no tengo real hoy” “yo tengo veinte yo te pago la entrada, vámonos” y de ahí agarrábamos el autobús y nos íbamos a pasear. Los sábados él me buscaba “vamos a pasí” y no veníanos. Había también la Plaza, había un placita, por... lo que pasa es que no me acuerdo, en El Paraíso, que a nosotros nos gustaba mucho, pero no me acuerdo mucho el nombre de esa placita. Siempre no íbamos pa'llá porque había bastantes árboles, aquello era solo, era paz, y allí iba mucha gente... muchachos que les gustaba mucho estudiá y estaban allí, y nosotros íbamos a ponernos a jugar pelota, entonces muchas veces con los que estaban ahí también “¿jugamos con ustedes?” “bueno vamos a jugá” y nos poníanos a jugá ahí, después nos veníanos en la tardecita.

La ciudad y el cambio

La ciudad iba cambiando, había partes ya que no eran igual, no eran igual que cuando yo tenía 14 años; cuando yo tenía 14 años era diferente, se veía una ciudad, por lo menos, más pequeña. Ya cuando a los 20, veinti y pico, ya le cambió la ciudad a uno, porque uno ya creció, ya era otro modo de vida de... de uno, ya los amigos de uno algunos estaban, otros no estaban, otros se habían ido. Yo tuve un amigo que... que, bueno, ese todavía está vivo, lo que pasa es que no sé dónde vive ahorita, pero yo con ese amigo salía pa' todos laos e íbanos y tomábanos cerveza; íbanos pa... pa un, hacían mucho bailes que tocaba La Billo's, Los Melódicos, en esas plazas nosotros nos íbanos pa'llá, mucho, mucho con La Billo's, Los Melódicos; tocaban aquí en la Plaza Diego Ibarra, nunca fui a esa plaza, a la que está allá abajo, a la Oleary, nunca, nunca me llamó la atención, fuimos más a la Plaza Miranda, que hacían fiestas. Me gustaba también en Semana Santa ir a recorrer los siete templos, íbanos a pie, los viernes a recorrer las iglesias. Pero después del resto cambió todo porque con los, cuando yo cumplí 23 años, me fui pa'l cuartel y estuve dos años en el cuartel. Yo salí del cuartel cuando tenía 25 años, casi 26 años, yo me fui con 23 años ya... ya salí, estuve 24 meses en el cuartel. Ya ahí me cambió todo, es más cuando llegué a la Morán en donde yo vivía, los amigos míos, que yo... ninguno. Cuando yo llegué ahí, yo me sentí como solo, y ninguno, todos se habían mudado, el barrio casi la mitad, había desaparecido, porque se cayó, ya todo lo mudaron para unos edificios que hicieron en San Martín, la Quebraíta uno que es ahorita. Mi tía también para allá y tóo. Cuando yo llegué me decepcioné, pues, me fui pa' que mi tía en un apartamento que no... en ese momento me sentí como encerrado y no, me fui pa' que mi mamá otra vez pa'l Observatorio. Ahí conocí la señora con la que vivo ahorita y ahí me quedé, ahí tengo viviendo más de... ahorita como 45 años más o menos.

Antes de empezá, en el autocine pasaban cuñitas de cualquier producto y de negocios a donde tú podías ir a comé con la familia. Claro, de eso pasaban como media hora, pero ellos no ofrecían el servicio en el autocine, en ese autocine no, nada más cuando uno entraba sí había como algo que uno compraba, no me acuerdo muy bien, que uno compraba cotufa y aquello pero al entrar pa'llá ya no te podías bajar del carro, porque estaban todos los carros pegaos, un carrito aquí, uno aquí, uno aquí, todos viendo una película. O sea, uno no sabía si tú tenías un amigo ahí ni nada, porque así como entraste volvías a salir otra vez, de hecho no entrabas caminando que podías ver, si no entrabas en carro, no podías entrar. Pero de hecho, había una

parte de un cerro lejos desde donde se veía la película, porque como estaba en un área toda abierta, como un estacionamiento pero sin techo, sin nada, abierto, se veía la pantalla; uno pasaba la autopista, no estaba la autopista, pasaba unas calles, una carretera que estaba allí y se veía “mirá allá está el autocine”. En el barrio también había un señor que él tenía, que pasaba un cine, pero no ahorita como esos cines modernos, era... nosotros los llamábamos un carretón que él tenía, y él tenía como una maquinita que rruuuunn pasaba, ponía una sábana en un patio y cobraba un real por la película. Nosotros íbamos a ver la película porque él tenía como un altavoz, las películas vieeejas y él pasaba su película ahí, una hora, media hora y nosotros viendo la película. Eso era en la Morán, en una calle, él llegaba “hoy voy a pasar una película” “¡ah! bueno a qué hora” “a las siete”; la calle nosotros la cerrábamos, la calle por ese lado no pasaba carro durante una hora, y todo el mundo iba con su banquito. Él preparaba y ponía su sábana allá frente a una pared Blanca y ponía su broma ahí. Sí... casi todos los días iba, hasta que la máquina se le echó a perder y ya no podía hacer nada, porque era de esas viejas, que le daba así a una manilla ruuuuu y arrancaba la máquina, unos rollos, esos rollos grandes que había y pasaba las películas.

Testimonio Rafael Rodríguez Calcaño (1952)

La infancia

Mis padres eran... mi papá nació en Mérida y llegó aquí a hacer estudios universitarios ya y se quedó y mi mamá nació en Coro, pero se vinieron; su familia se vino a Caracas desde muy pequeña, o sea, que prácticamente era caraqueña de crianza. Yo nací en Caracas, pero después crecí en un campo petrolero en Paraguaná, Falcón, hasta los siete años sí... sí, porque mi papá era... mi papá era de cierta forma, estaba un poco escondido, él era médico, ¿no? Aprovechó la oportunidad de trabajar en un campo petrolero como médico para estar también un poco escondido porque él y sus hermanos estaban siendo, eran muy activos en la resistencia contra Pérez Jiménez; entonces, bueno, por eso yo crecí allí, pero hasta los siete años, de resto después me vine para acá.

Yo crecí en urbanizaciones: Los Palos Grandes, La Castellana, después Prados del Este, que fue una urbanización en aquella época un poco aislada y yo crecí de esa manera, pues, como... ¡ehmm!, cómo te diría, un poco aislado, un poco dentro de esa vida que no era demasiado, ¡ehmm!, no como en las clases... como en las zonas populares donde uno tiene mucha interacción con los demás, en liceos públicos, todo eso, yo no. Crecí en mi casa, casi que como un hijo único, ahí metido, ¿verdad? No tuve así una gran vida social y después... después vino otras cosas, pues, por ahí yo empecé y me fui de la casa y tuve otro tipo de vida realmente, tú sabes de grupo de grupo, de chamo, la pandillita de la urbanización y todo eso... y todo eso fue cambiando.

Prados del Este era como te dije, era muy aislado. Tenías que ir por una carretera porque no había ni siquiera autopista a Caracas, ¿no? Todo un viaje a Caracas. Yo no andaba mucho así con la familia, de hecho procuraba no andar con la familia, procuraba, así que no... no llevaba una vida así de actividades familiares y no había todas las actividades que hay ahora. Porque yo veo que, por ejemplo, hoy en día los padres tienen oportunidad, por ejemplo, tú vas a Los Caobos y hay una cantidad de actividades en Los Caobos, hay cuenta cuentos en los parques, hay teatro para niños, hay bueno... un sinfín de actividades públicas, privadas de todo tipo para los niños. En esa época no era así, cuando yo era chamo no era así, no había nada de eso.

La actividad familiar que yo hacía era cuando nos íbamos para la playa, que si pa' Puerto Azul, nos montaban a todos en una camioneta, a mí obligado. Bueno, yo tenía, somos cinco hermanos, entonces nos llevaban pa' Puerto Azul y yo lo detestaba bastante, no me gustaba; sabes que a mí nunca me gustó ese ambiente, a mí nunca me gustó el ambiente... vamos a llamar: burgués como el que yo tenía en Prados del Este, como ese por lo menos en Puerto Azul y los hijos, ¡ehm! No sé si es que yo andaba con una pandillita como de chicos malos, pero yo veía a esos niñitos muy, muy, este, como muy gafitos, muy sifrinitos diríamos hoy en día, o era yo que era como medio desadaptado.

Conmigo no estás hablando con una persona típica ¿oíste?, para nada. Yo era bastante desadaptado en eso, más bien solitario... Puerto Azul, entonces, claro, yo tenía mis cuatro amiguitos de la cuadra, que eran con los que yo jugaba, pero cuando yo iba a Puerto Azul no conocía a nadie y a mí se me hacía muy difícil este hacer nuevos amigos, ¿sabes? No era muy sociable por lo que te digo, lo que te dije antes, yo era como muy retraído, tuve una educación más retraída, ¿no? No así, no colectiva, ni mucho menos, mucho menos, yo me la pasaba encerrado en mi cuarto, yo leía mucho de chamo, y cuando no, era con mis amiguitos jugando en el monte, pero no tenía una vida asocial así, eso fue después. Pa' Puerto Azul era un viaaaje, como dos horas, dos o tres horas, pero no por el tráfico, sino por la carretera, eso era, me imagino yo, hoy en día, que por la carretera vieja de La Guaira, eso era un viaje, yo me acuerdo que eso era un viaje, por lo menos a mí se me hacía interminable esa vaina, con tormentas en el trayecto, una cosa bueno... una migración prácticamente.

El automóvil

En mi familia, mi papá era una persona, que aunque en ese momento tenía una buena posición, médico, él nunca fue así, ostentoso. Era una persona bastante humilde, si se quiere, y más bien pragmático. Entonces, mi mamá, como éramos cinco y tenía que repartirnos en los diferentes colegios, entonces tenía una camionetota, una lancha inmensa, para que cupiéramos todos ahí, además creo que para la época se hacían aquellos carros así, los Pontiac, que eran carros americanos, enormes todos, ocho cilindros... ocho cilindros, unos carrazos enormes. Pero no era una cuestión como de, de... porque mi papá andaba por su lado con su trabajo, entonces, mi mamá tenía su carro para llevarnos a nosotros para el colegio y hacer las compras ¡jejeje! O

sea, yo creo que era una cuestión como más utilitaria. En ese sector inevitablemente tenías que tener por lo menos un vehículo. Siempre hubo carritos, carritos por puesto, cuando eran, y después busetas, pero claro, esporádicas, hoy en día siguen habiendo las mismas busetas pero con mucho más ¿no?, con muchas más líneas y cosas, digo yo.

De chamo, bueno, déjame decirte que yo me empecé a robar el carro de la casa como a los doce años y allí aprovechábamos de dar tremendas vueltas; este, ya a esa época y después, bueno, ya un poquito más adelante, quince años, ya había amigos que tenían carro. Yo también tuve carro muy temprano. Yo tengo unos episodios de película, o sea, porque yo me robaba el carro, como a los doce años, sobre todo la camionetota de mi mamá; yo esperaba que ellos salieran, tenía duplicado y entonces me la robaba, sacaba el carro y mis papás juraban, ellos allá, que todo estaba bien en la casa. Una vez me llevé por delante, estaba con otro amiguito dándole, tú sabes, full chola, de broma nos veíamos metidos dentro de ese carro y agarré una curva a toda velocidad y había una fiesta en Prados del Este; había una fiesta, carros estacionados en las dos aceras de la calle y me he llevado cinco carros por delante, sucesivamente, ¡puuuuf! rebotaba para el otro lado, ¡punnn, puun, pun! y después me estrellé contra un cerro y eso permitió que me agarraran la gente de la fiesta, que salió por el estruendo, se asomó y vio que yo me había, me estaba estrellando contra un barranco que había ahí, un cerro, y me agarraron y, entonces, cuál es la sorpresa de mi papá cuando lo llaman -“Mire, ¿usted es el papá de fulanito de tal?” -“Bueno sí, sí” -“¿Usted tiene un carro así...” -“Sí, sí” -“Bueno acaba de chocar a cinco carros -yo no sé qué- tiene que venir” -“Pero si eso es imposible, si mi carro está en el garaje, mío, yo estaba durmiendo” -“No señor está aquí” ¡Jajajaja! Tú te imaginarás “está aquí” así, te imaginas el lío aquel. Yo creo que por eso fue que me compró un carro más o menos rápido, como a los 15 o a los 16, ya pa’, pa’ que no le siguiera robando el de ella, sí... Cuando me robaba el carro era para dar vueltas, para paviá con los otros amiguitos y tal, ir pa’ casa de las amiguitas.

El autocine

En esa época sí, síii me recuerdo haber ido al autocine. O sea, yo empecé a ir al autocine como a los 16 años más o menos, sí... 16 o 17 años en carro de nosotros, pues, este, de amigos. Pero nosotros íbamos al autocine era realmente a echar vaina, era a echar vaina. Íbamos una bandita

a, buuueno mira, a tomar caña, fumar marihuana, este... ya claro, y esporádicamente con una amiga a date latas ahí en el autocine, sí, sí, bueno más que todo besos y tú sabes ¿no? hasta ahí. Pero, el autocine, no sé si esto es una nueva versión o ya otros te lo habrán dicho, pero nosotros por lo menos íbamos al autocine, porque el autocine te permitía, como estabas dentro de un carro, te permitía una privacidad que no te permiten las salas de cine convencionales. Como nosotros vivíamos en casa de nuestros padres, donde tú no puedes hacer ciertas cosas y en la calle era un poco... Entonces, nosotros por lo menos íbamos al cine, al autocine, a fumar marihuana, a fumar marihuana, nosotros cinco ahí cerrados en el carro y aquello salía ¡piif! por las rendijas, aquel olor y aquella vaina y pasaban los mesoneros pero no sabían de dónde venía exactamente y después nos bajábamos todos, porque los autocines también tenían su, como una sillitas donde tú te podías sentar afuera, como una fuente de soda con unas sillitas, donde tú también podías ver las películas afuera del carro. Entonces, después de que estábamos todos bieeen sonados, todos bien, bien hasta las gorras, como dicen, nos íbamos a sentar en la fuente de soda, y ahí entonces era, entonces, hacer, ¡buehh!, realmente lo que menos hacíamos era ver la película, ¿no? A hacer ruido, a echarle broma a tal, o sea, a meterse con los que estaban ahí.

Yo no me acuerdo así exactamente cuándo fue la primera vez que fui al autocine, pero debió haber sido una novedad, toda una novedad, creo yo. Con familia no fue, definitivamente no, siempre fue con amigos, a esa edad yo no salía con mi familia, pero ni a palo.

Déjame hacer un aparte. Yo me imagino que hay familias con niños pequeños, la familia completa pa' un autocine debió haber sido terrible. No se lo recomiendo a nadie, nunca lo hice, pero yo me imagino que debe ser terrible: metido en un carro, con tu esposa y los niños “y quédate tranquilo, y no brinques, y déjame ver la película” y el niño que se quiere pasar pa' lante y el otro que se quiere pasá pa' trás y el otro que quiere la ventana, aquel rollo. Eso debió haber sido una experiencia realmente psicotomimétrica y traumática además, traumática totalmente, porque por lo menos, ahora para nosotros sí era... íbamos al autocine por el aspecto de la privacidad más que por la película.

Pa' que tú veas, era el aspecto de la privacidad, de la privacidad que te da el carro, yo creo que eso era súper importante. Porque el que no era porque iba a fumar marihuana, era porque

iba a hacer el amor dentro del autocine o por lo menos un latazo con la novia que, coye, en un autocine, en una sala convencional, bueno, estás muy limitaaao; puedes una agarradita de mano y un besito, pero nunca como el autocine; es más, en el autocine la gente ponía, este... tú sabes el parabán en frente para que prácticamente se convirtiera en un apartamentico y salía más barato que pagá un hotel y de hecho que en muchos hoteles no te dejaban entrar por la edad; cuando tenía 16, 17 años, o la novia, tú tenías 18 pero la novia tenía 15 o 16, entonces ese era el sitio, ese era el sitio. Por eso es que... pero cuando uno le decía a sus papás, las muchachas le decían a los papás “¡ay! que voy al autocine con unos amigos y...” nooo, buuueno, lo pensaban diez veces, es más seguro que te clavaban un chaperón ahí, ¿ah? Seguro... “¿ir al autocine solo con tu novio?” Noo, por favor, misión imposible; al primo, al hermanito, la hermanita, la tía, a alguien le clavaban ahí; entonces qué hacías tú, la mandabas pa’ la fuente de soda, mandabas al chaperón a la fuente de soda, que era donde estaban los asienticos esos, ¿tú los llegaste a ver, no? Al Cafetal yo llegué a ir una que otra vez, pero al que yo iba siempre era al de Santa Fe, que fue uno de los primeros y a veces llegué a ir también a ver alguna película de mala muerte en el de Los Chaguaramos, el Autocine de Los Chaguaramos, ese era más de mala muerte todavía.

No estoy seguro si en Los Chaguaramos había servicio al carro, pero en Santa Fe sí y en El Cafetal creo que sí, y los mesoneros que te llevaban las cosas, la bandejita que la ponían ahí en la ventanita del carro. El autoservicio era un modalidad que era común, aunque al final no sé si lo habían suspendido porque la gente se iba con la bandejita, no estoy seguro, no me acuerdo muy bien. Una de las gracias del autocine era esa precisamente, que te traían las cosas al carro y la gente qué hacía pa’ llamá al mesonero, adivina qué hacían pa’ llamá al mesonero; había dos maneras: algunos cambiaban luces en la pantalla “tac tac”, entonces se veía en la pantalla cuando un carro, chic chic, prendía los chic chic, los faros, tac tac, o en algunos sitios también había un botoncito, había una cosa así donde tú podías... un botoncito.

El audio en el autocine, eran unas cornetas, que tú las, que estaban en el postecito, en un postecito que estaba en el sitio donde tú te parabas, como un parquímetro, ahí estaban las dos cornetas; tú las sacabas y ponías una en cada ventana, ¿no? Y subías el vidrio y, bueno, ahí sonaba bien, pero te imaginarás que no era como el sonido ese súper e... round yo no sé qué, que tienen hoy en día las salas, una sala de cine, ¿no? Unas corneticas así, chama, por favor,

yo creo que hasta con una televisión; hoy en día oyes mejor que con eso, pero uno se conformaba.

Nosotros íbamos a las funciones de ocho y pico, porque obviamente era una película que comenzaba cuando oscurecía, creo que un autocine era siempre después de las siete, tenía que estar de noche, sí... me imagino que íbamos a esa, a la primera. Esa era otra de las gracias del autocine, tú podías ir a ver películas censura C, porque estás metido en tu carro y yo creo que no te decían nada. Creo que era una de las gracias, donde podías ir a ver películas censura C era en un autocine, a los chamos, coye, era importante. El autocine era un, para nosotros, era un sitio de rumba, prácticamente, prácticamente era un sitio de rumba, de desahogo, de mini barranco controlado.

No se puede comparar lo que es la función que tiene una sala de cine, socialmente, y desde el punto de vista de cine... de ver cine con el que tenía un autocine. Son dos cosas distintas, dos funciones sociales muy distintas, que una no puede sustituir a la otra; uno no puede decir "bueno, o sea, porqué en vez de ir a un autocine no vas a un ver un cine convencional" porque la gente iba pa' un cine porque si las salas convencionales, de repente, te ofrecen, incluso, hasta mejor sonido, mejor visión de la pantalla, aire, más comodidades, de repente, claro, pero también poder llegar al cine, en carro, sin bajarte... bueno, es como el autobanco o Farmahorro cuando vas a comprar desde el carro, porque tú llegas al autocine sin bajarte, no tienes que hacer la coola, haces la cola pero dentro de tu carro, sentado; bueno, eso pudiera ser una forma de comodidad. Pero sí, digamos que en general e... sí las películas de ahorita, sí en una sala de cine es más cómo en ese sentido, la sala, el aire acondicionado, el sonido, se ve mejor la película, pero son dos cosas totalmente distintas, el propósito es distinto, el propósito porque la gente iba a uno o a otro como ya hemos visto, pues. Tú podías hacer en el autocine mil cosas que jamás podías hacer en una sala, podías crear tu propio espacio, que para los jóvenes es súper importante. Fíjate que el joven, porque el joven se... no es lo mismo el espacio de los adultos, el espacio en el que juega; ya el niño crea su propio espacio en el recreo, donde es un espacio distinto al de los adultos, ahí no entra el adulto, en su juego, en su imaginación, ellos tienen su propio espacio. Igual los jóvenes, y el autocine permitía en cierta forma esto, desde el punto de vista de los jóvenes, porque yo no sé qué puede decir alguien que iba desde el punto de vista de un papá con su esposa al hijo, e... los hijos; yo me atrevo a

opinar que debió ser catastrófico, eso debía ser “¡ayy! cuando vamos pa'l autocine” la novedad pa' los chamos “¡ay! sí vamos al autocine” y después aquella tortura china... y entonces hay que llevar al chamo a hacer pipí, ¿ah?

Entonces yo me atrevería a decir que desde ese punto de vista que, no es, no es, a lo mejor te lo querían vender así, pero no es un espacio familiar, por excelencia no es. Yo no lo vería así, así familia al cine en un carro... ¿y los que iban atrás? Los que iban atrás no ven película, qué película vas a ver sentado allá atrás, tenías que bajarte, ¿sabes lo que hacían los que iban atrás? Precisamente para eso era el espacio de butacas que había en la fuente de soda, pa' los que iban atrás, todos los que iban atrás se bajaban y se iban a ver la película pa' llá, sólo se quedaban cómodamente los que iban sentados adelante. Que yo me acuerde no había espacio para dejar a los niños, a lo mejor pudo haberse creado, ya más adelante, en la década de los ochenta y pico, noventa, ya más evolucionado a lo mejor, pero no.

Era un espacio fundamentalmente urbano y para jóvenes y enamorados de todas las edades, por supuesto, porque ahí cumple ese espacio de privacidad también, si no tiene plata pa' un hotel bueno, ¿cuánto cuesta un hotel? Si hoy en día hubiera un autocine y costara ochenta bolívares la entrada por carro, ajá ¿cuánto cuesta un hotel? Es más, el más barato, un hotelito, un matadero, esos de Sabana Grande, cuánto puede costar, no sé pero puede costar trescientos bolívares, doscientos cincuenta bolívares, siempre va a ser más barato. Entonces, lo que menos hacen es ver la película, entonces yo ya le estoy dando una función utilitaria. Después te preguntaban “mira qué te pareció la película” y tenías que inventá, y el papá “¡ayyy! mi amor qué te pareció la película” “este bueeeno, tú sabes...” jejeje.